

Las vidas que me habitan

El Viejo Almacén de Buenos Aires

Patricia Sánchez-Cutillas

INCIPIT
EDITORES

Primera edición: abril, 2007

© Patricia Sánchez-Cutillas, 2007

Incipit Editores. Tel.: 91 532 73 31. Fax: 91 532 43 34

ISBN: 978-84-8198-691-4

Depósito legal: M-11.711-2.007

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, conocido o por conocer, comprendidas la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Prólogo

La idea de escribir este libro surge con el fin de contar las cosas que aquí pasaron, la gente, las anécdotas, la vida de sus creadores..., pero fundamentalmente porque no imagino en un futuro, cuando ya no exista El Viejo Almacén de Buenos Aires de la calle Villaamil, a mi hijo Pablo ajeno a todo lo que en este libro se cuenta. Le ayudará a conocer y querer este lugar que siempre llevaré dentro. Es ejemplo de cómo con cariño, sacrificio y fidelidad a una idea y a unos principios se pudo crear un lugar inolvidable.

He oído rumores. Creo que mis días están contados. Todo tiene un principio y un fin. Y los edificios nuevos que han aparecido por el barrio parecen abalanzarse sobre mí reclamando mi espacio. Cada vez son más y crecen sin que nadie les pare los pies. Pero no son más que un montón de ladrillos hechos en fábricas, que no saben nada de la vida. Se piensan que el mundo es suyo porque son más jóvenes y me miran con soberbia porque me van a sobrevivir.

Como si eso tuviera algún mérito.

Saben que mi estructura, mis materiales desaparecerán un día, pero no saben que mi alma se quedará viviendo entre la letra impresa de una biografía. Cuando ellos mueran, a su vez reemplazados por otros ladrillos más jóvenes, mi biografía, mi alma, latirá en los estantes y en la mente despierta de sus lectores.

Sí, porque me he enterado que el Ayuntamiento tiene planes de derribarme. Pero también me he enterado de que mis dueños me tienen tanto cariño que quieren escribir mi vida.

A partir de hoy, he oído comentar a mis dueños en la cocina, todos los martes durante unos meses va a venir una biógrafa para grabar las historias que todos llevan dentro. Historias sobre hechos que han ocurrido dentro de mí e

historias sobre Julio y América, el matrimonio que me transformó en el Viejo Almacén de Buenos Aires.

Ya veo venir a la biógrafa, cargado con su libreta y su grabadora. Entra por la puerta, América la recibe y se saludan, y se sientan a la mesa, hace unas preguntas y América empieza a hablar, hablar, hablar y yo oigo cómo cuenta su vida mientras el sopor de la tarde de verano me adormece con sus murmullos.

América

Nací en Asturias en 1930, en un pueblito perdido en la montaña, llamado Prieres. Yo entonces pensaba que eso era el mundo: el pueblo, los vecinos, las montañas, mis hermanos, mi padre y mi madre. Sobre todo mi madre. Mi casa era de piedra, como lo eran las casas de los pueblos de la zona. Había una escalerita, una entrada, la cocina con la chimenea en medio. No teníamos baño ni agua corriente... Todo el mundo vivía así, no éramos solamente nosotros.



Prieres (Asturias).

Prieres (Asturias)

Hasta que estalló la guerra y todo ese mundo se quebró. Los hombres del pueblo se fueron a luchar, incluido mi padre, que se marchó con los rojos y volvió con los nacionales victoriosos. Tuvo que cambiar de bando y de ideas para salvar su vida.

Durante la guerra en el pueblo no había hombres, sólo mujeres y niños. Sólo se quedó un anciano que no podía combatir, y andaba siempre muerto de miedo, escondido por arroyos, por minas abandonadas y por establos.

La Guerra Civil, como todas las guerras, transformó nuestras vidas. Yo, como era muy niña, sólo recuerdo fragmentos: explosiones, huidas, y un miedo urgente y constante que nos servía para ponernos a salvo mientras intentábamos llevar una rutina.

La primera escena que he encontrado registrada en mi memoria es un ataque al pueblo. La aviación llegó por sorpresa. Era un día normal y corriente. Tan normal y tan corriente que todos los niños estábamos en la escuela, y las mujeres trabajando en el campo. Aún no entiendo por qué nos enviaron a la aviación si en nuestro pueblo no había soldados. Creo que a mis años aún no entiendo la guerra.

La maestra nos estaba explicando algo en la pizarra cuando empezaron a caer las bombas. Todos los niños salieron despavoridos. Creo que ni ellos mismos sabían a dónde, porque, en realidad, en ese momento no había ningún lugar seguro en el pueblo, ni dentro ni fuera de los edificios.

Yo me quedé quieta dentro de la escuela. Yo y la maestra, nadie más. Con mi entendimiento de niña, pensaba que si no me movía, los aviones no se iban a dar cuenta de mi presencia. De repente, entremezclado con el polvo y el ruido de las explosiones, empecé a oír mi nombre: ¡América!, oía entre el miedo y el desorden. Tardé un poco en darme cuenta de que era mi madre. Nuestra casa estaba enfrente de la escuela y cuando mis hermanos habían llegado corriendo,

mi madre los había metido a todos debajo de un carro de madera situado a la puerta de la casa. Un acto un poco ingenio, porque el carro nunca les hubiera protegido de los aviones. Como sólo faltaba yo, mi madre no paraba de llamarme entre el caos. Y yo no le contestaba, a pesar de su desesperación. Pensaba que si lo hacía, los aviones me oirían y me matarían.

Cuando la aviación se fue, a todos nos costó salir de nuestros escondrijos. Y las escenas que acuden a mi mente son las de mi madre, mis hermanos y yo andando por los caminos. El pueblo ya no era un lugar seguro y había que abandonarlo.

Encontramos muertos. Eran los primeros que yo veía en mi vida. Yo era tan pequeña que ni siquiera recuerdo la impresión. O quizá era tan pequeña que la muerte aún no me impresionaba.

Recuerdo ver los cadáveres de unas monjas en la vereda del camino y también que encontramos el de una tía de mi madre. Era una señora mayor y completamente sorda. A nosotros el miedo nos había salvado, nos había empujado a escondernos. Pero a mi tía, que había ido a recoger patatas a su campo, no le había dado tiempo a sentir miedo. La aviación había llegado sigilosa y por detrás. Tenía la espalda y las patatas del saco llenas de metralla.

Y el recuerdo del ruido de la metralla me lleva también hasta una mina.

Un día, cuando nos empezó a atacar la aviación un grupo numeroso de gente nos refugiamos en una mina abandonada. Confiábamos en que la aviación no se acercaría. Pero entre nosotros había una mujer que tenía fama de bruja.

La mina empezó a echar agua por los costados y, a eso de las tres de la tarde, la mujer empezó a decirnos que teníamos que irnos, que la mina se iba a hundir. Ninguno le hicimos caso, porque el escondite era bueno y nos mantenía a salvo de la aviación. Oíamos el ruido de los disparos de los aviones afuera. Pero, de repente, otra mujer como si la descubriera, dijo:

“Ésta es medio bruja, hay que hacerle caso”. Y al momento empezó a entrarnos miedo de esas palabras. El pánico empezó a crecer entre nosotros y al final salimos todos del escondite. Fuimos hacia el pueblo corriendo y escondiéndonos mientras la aviación nos atacaba. Llegamos al pueblo y la aviación seguía sobre nosotros, no sabíamos dónde meternos. Pero en ese mismo ataque, bombardearon enfrente de la mina, y del impacto ésta se hundió. Lo que la mujer dijo, ocurrió.

El final de la guerra

La mina tuvo su fin pero, por fortuna, también lo tuvo la guerra. El día que terminó fue extraño. Tardamos en enterarnos. Mi madre fue por agua a una fuente. Cuando estaba llenando los cubos, se percató de que en una loma había gente armando mucho barullo. Aguzó la vista y vio unos hombre muy extraños, muy morenos de piel, que vestían unos pantalones extrañísimos y muy anchos. Uno de ellos tenía una cabra atada con una cuerda. Mi madre no había visto nada igual en su vida y se dio tal susto que se volvió corriendo y sin el agua.

Ese mismo día nosotros estábamos escondidos en un pajar. La guerra era eso: esconderse, huir, buscar un lugar seguro donde no te mataran... Apareció de repente un hombre, no sé quién sería, supongo que uno de los vecinos del pueblo. Nos dijo: “La guerra ha terminado, se pueden volver para el pueblo, no pasa nada”.

Cuando los personajes de películas escuchan eso, dan saltos de alegría, se abrazan, descorchan botellas de champán. Pero nosotros estábamos cansados, muy cansados y no teníamos nada. Y ese día no nos movimos nadie porque ya era muy tarde.

A la mañana siguiente volvimos al pueblo y nos encontramos que todo estaba tomado por los moros. Mi madre

llegó a casa y se encontró que un grupo de ellos estaban quemando algo en la chimenea de la cocina. Se llevaron todo, nosotros nos quedamos sin nada: sin colchones, sin mantas, sin utensilios de cocina... No se llevaron comida porque no había. Y lo mismo que nos ocurrió a nosotros, le ocurrió a mucha gente.

El segundo día después de que terminara la guerra llegaron más al pueblo, un batallón entero. Tomaron la escuela, la casa del maestro y el salón de baile. Ninguno de los del pueblo nos atrevimos a salir. Los observábamos a través de las cerraduras de las puertas y nos daban terror. Estuvieron pocos días, después dejaron un destacamento.

Durante ese tiempo, se hicieron los amos del pueblo. A las mujeres les obligaban a lavar la ropa, teníamos que proporcionarles cordero mientras nosotros no teníamos para comer... Violaron a muchas, muchas mujeres. Todo lo tenían permitido.

Nos llegó la noticia de que en el pueblo vecino, una mujer había ido a lavar a la fuente y un moro empezó a forzarla. Un oficial español lo vio y mató al moro. Al oficial lo desterraron porque eran los hombres de zaragüelles los que mandaban. Hacían lo que querían, lo que les daba la gana porque no tenían ningún control.

Como se habían instalado en la escuela, nosotros estábamos justo enfrente de ellos. Mi hermano era muy pequeño. Había uno de ellos que siempre lo estaba rondando y cogiendo a mi hermano, incluso le hacía regalos y a mi madre le daba pánico. Nunca pasó nada, pero mi madre vivía aterrorizada.

La posguerra

Pasé hambre durante la guerra. Y después de la guerra en el transcurso de esos años, recuerdo que pasé aún más hambre. No era hambre exactamente, pero comíamos muy mal y comíamos lo que viniera. Tomábamos mucha harina de maíz,

muchas castañas, patatas... Lo que nos daba la tierra. No había carne. El ganado había desaparecido durante la guerra. Nadie sabía dónde fueron a parar las vacas ni el resto del ganado.

La vida empezó a normalizarse o eso creíamos nosotros. Llegaron los vencedores a ocupar los cargos correspondientes. Como mi padre volvía con ellos, nos dieron juguetes. Los niños de padres perdedores no recibieron ni uno. Por fin, los moros se fueron. Pero los nacionales nos hacían salir todas las tardes de nuestras casas y cantar por las calles el Cara al sol.

Y en la posguerra también pasamos mucho miedo. En el pueblo había mucha gente partidaria del régimen, que no lo era por ideas sino por venganza. Mi madre trabajaba muchísimo para sacar a sus cinco hijos adelante. Tenía una finca que nos proporcionaba alimentos para todos, incluso contaba con una pequeña mina de carbón. En realidad era una finca muy golosa. Tan golosa que una familia del pueblo, Los Bernadores, gente partidaria de los nacionales y con dinero, se encaprichó con la finca.

A veces la mala suerte siempre tiene un punto minúsculo de luz, que nos avisa de que no todo es oscuridad. Y mi madre, a pesar de tener que luchar contra las ambiciones de otros, tuvo también su punto de luz.

Durante la guerra, mi madre había salvado la vida a uno de los miembros de esa familia, al hijo de Felipe. Uno de ellos se había escondido en un pozo para que no lo mataran. Mi madre le avisó de que un grupo de gente estaba rastreando la zona y le dijo que si permanecía en el pozo, lo matarían.

Aquella familia le hizo la vida imposible a mi madre, querían quitarle a toda costa la finca que teníamos. Para conseguirlo acusaron a mi madre de roja.

A las mujeres rojas las avergonzaban públicamente, les cortaban el pelo al cero. El acto era una humillación. Se tenían que poner en manos de otros, “castigadas” por su rebeldía.

El conocido de mi madre vino una noche a casa y le dijo: “María, te van a cortar la melena”. Recuerdo que aquella misma noche, mi madre se sentó frente al fuego con una maquinilla de cortar el pelo. Iba arrojando a la lumbre los mechones. Recuerdo la expresión de rabia con que lo hacía, pero sobre todo recuerdo la dignidad.

Al día siguiente nadie tocó la cabeza de mi madre. No pudieron cortarles el pelo.

A pesar de eso, aquella familia seguía empeñada con conseguir la finca y no pararon de idear estratagemas para hacer la vida imposible a mi madre.

Su confidente, el hijo de Felipe, se acercó otra noche y le dijo: “María, te van a pegar. La Guardia Civil te va a citar para darte una paliza. Cuando vayas, preséntate con tus hijos”.

Y en efecto, al cabo de unos días a mi madre le ordenaron que se presentara en el cuartel de la Guardia Civil a las siete de la tarde. Las tardes del mes de octubre siempre se confunden con la noche de tan oscuras que son y, además, llovía. Mi madre se presentó con todos nosotros en el cuartel, que estaba a unos cuatro o cinco kilómetros de nuestro pueblo. La miraron con desagrado y le dijeron fue: “¿Para qué viene usted tan temprano si está citada a la siete?” “Porque después se hace de noche y tenemos que volver caminando”, respondió mi madre. Por entonces no había autobús entre los pueblos y la única manera de volver a nuestra casa desde allí era a pie. La guardia civil nos dio chocolate y uno de ellos preguntó: “¿Para qué ha venido con los chicos?” “No tengo con quién dejarlos”, respondió ella.

A continuación nos intentaron llevar a la habitación contigua. Yo, como era la mayor, ya estaba avisada de lo que iba a pasar. Me negué a pasar a la otra habitación y uno de ellos me agarró para sacarme. Lo mordí, me quisieron sacar los otros... No pudieron conmigo... Mis hermanos, al ver lo que estaba ocurriendo, empezaron a llorar y a resistirse. Al final, los niños armamos tanto jaleo que desistieron y no la pegaron. Le dieron orden de que nos fuéramos y la multaron.

Y así pasaba el tiempo. Mi madre sabía que las hienas siempre la rondaban, pero que sólo atacarían cuando la vieran dormir.

Por entonces había censura con la correspondencia. Mi madre tenía un hermano en Argentina y nos escribía. En una de sus cartas, mi tío preguntó por un amigo llamado Matías. Mi madre le contestó que Matías estaba bien pero un poco aburrido. Sólo por esta frase, la censura le puso una multa.

La persiguieron continuamente; la acosaban; con cualquier excusa la multaban. Pero no pudieron con ella ni le quitaron la finca.

Estaba sola pero era muy brava. Nosotros éramos demasiado pequeños para ayudarla.

Mi padre era una persona mucho mayor que ella. Mi madre le había esperado durante la guerra, pero tuvo que separarse de él cuando llegó la paz. Mi padre intentó varias veces volver con ella, pero fue inútil. Creo que mi padre nunca le perdonó que lo dejara.

Por entonces no había acuerdos, ni pensiones, ni leyes para las mujeres separadas. Mi madre nos tuvo que sacar adelante a los cinco. A veces no había para comer o había muy poco. Lo poco que había, se repartía, Y así fuimos luchando y trabajando. Mi madre trabajaba en la finca, con el ganado, con lo que teníamos... La finca era una pradera, no estaba vallada. Era una finca de cosecha, de sembrado. Alguna vez se iba por la mañana y se encontraba con que le habían quitado dos metros porque le habían movido los mojones. Ella los volvía a colocar. Físicamente era muy pequeñita, pero poseía una gran fuerza.

Antepasados de América

A mis abuelos nunca los conocí. Tengo el vago recuerdo de una tía de mi madre que, cuando yo era muy pequeña, venía a mi casa y fumaba. Por entonces, en mi pueblo las mujeres

fumaban mucho. Sembraban el tabaco y luego lo curaban. Lo liaban con hojas de maíz. Fumaban en las casas y a escondidas. Estaba mal visto que lo hicieran. Una de ellas, Celeste, un día se encendió su cigarro en un camino y se sentó a fumar. Al cabo de un momento apareció un vecino. Ella se metió corriendo el cigarro debajo de un mandil y el hombre, que se había dado cuenta de todo, fingió lo contrario y se fue deprisa para que no le ardiera la ropa.

De mi padre recuerdo que le llevaba muchos años a mi madre. Tengo cartas de mi tío de Argentina donde le pedía a mi madre que, por favor, no se casara con un hombre que le llevara tantos años, que esperaba a que volviera él. Mi madre se casó muy jovencita, con catorce años. Él tenía veinticuatro o veinticinco.

Mi madre siempre se las ingenió para sacarnos a todos adelante. Por ejemplo, durante la guerra, no había para comer. Se enteró de que en un pueblo, en Río Seco, daban una hogaza de pan a cada persona que iba. Ella era una mujer que jamás se pintaba ni maquillaba, en eso he salido a ella. Pero cuando se enteró de lo de Río Seco, se presentaba en el pueblo disfrazada, arreglada y maquillada, después lo hacía de otra manera y en un mismo día sacaba hasta tres hogazas.

Luchó muchísimo por nosotros. Nos sacó a todos adelante. Nunca le podremos pagar todo lo que hizo por nosotros. Cuando yo volví a España, dentro de lo que pude, le ayudé. Ella estaba jubilada, ya no tenía ganado; pasaba temporadas con nosotros y nunca le faltó de nada. La llevábamos a la fiesta del P.C. No le gustaban las aglomeraciones, pero a la fiesta tenemos que ir.

Recuerdo que leía siempre los periódicos. Un día le dije: “Mamá, ¿qué tienes en esa cama? Tu cama está hecha de forma muy rara”. Levanté el colchón y tenía todos los periódicos que había leído. “Es que cuando quiero leer algo, saco uno”, me explicó. “Pero si todos los días hay un periódico nuevo, ¿para qué vas a leer las noticias atrasadas.” No los quería tirar.

En realidad eso es fruto de la gente que pasó la guerra. Yo tengo una vecina del pueblo que me dijo una vez: “Yo guardo todo, la ropa, las herramientas viejas, los cacharros. Lo tengo todo en el desván y en el hórreo por si vuelve otra vez la guerra”.

Mi madre se llevaba muy bien con Julio, aunque tenía sus cosas. Ella despotricaba contra la Argentina. Siempre estaba hablando mal de este país. Vivía ahí su hermano, yo estuve allí veinte años, tenía sobrinos, pero aún así o precisamente por eso, no le gustaba la Argentina.

Una vez estando yo en América estuve a punto de llevarla a ella y a mis hermanos, pero no pude por culpa de mi padre. Mis padres ya estaban separados. Pero mi padre se negó a darles el permiso.

Después, mi padre se fue a trabajar a unas minas. Ahí pierdo un poco el hilo de su vida. A partir de entonces lo vi muy pocas veces.

Yo, como era la mayor, tuve que empezar a trabajar muy pronto. Me gustaba la escuela y me gustaba aprender, pero la necesidad me hizo dejarla muy pronto.

Hubo una temporada en la que podía ir hasta las once de la mañana. A las once tenía que salir para cuidar la comida, atender a mis hermanos, llevar a las vacas...

Me gustaba aprender, aunque el poco tiempo que estábamos era muy mal aprovechado. Llegabas a la escuela y decías: “Ave María purísima”, “Viva Franco y viva España”, te hacían cantar el Cara al sol, y luego te enseñaban a rezar. Yo me sabía el rosario entero en latín pero no sabía leer. Aprendimos a leer porque mi madre, después del trabajo y junto al fogón, nos enseñaba el abecedario.

La disciplina de la escuela era muy dura. Si te distraías o hablabas con alguna compañera, enseguida nos ponían el libro sobre la cabeza, nos obligaban a arrodillarnos, nos pegaban con una vara... Nos infligían unos castigos insólitos. Pero a pesar de eso me gustaba la escuela.

Cuando aprendí a leer, me gustaba hurgar en el baúl de mi tío. Éste lo tenía lleno de libros y revistas que me fascinaban.

Mis primeros viajes

Tenía que ir a pagar unos impuestos a Pola de Laviana. En el pueblo había una señora que vendía mercancía de contrabando, era estraperlista. Mi madre la conocía y le pidió que viajara con ella. Yo tenía entonces diez años y seguíamos pasando necesidad.

Tuve que viajar hasta su pueblo. Primero llegué a un lugar llamado Río Seco y allí cogí un tren. Era un tren de cercanías muy lento que por entonces se llamaba La Maquinilla.

En Pola de Laviana conocí el primer retrete de mi vida. Tenía ganas de hacer pis, y entramos en un bar que tenía retrete. Cuando entré, me quedé sorprendidísima. En realidad era un retrete, pero esa fue la primera vez que tomé contacto con el agua corriente. Recuerdo que cuando terminé vi una cadena que colgaba. No sabía para qué servía pero supuse que había que tirar de ella. Así lo hice, y el agua en la cisterna corrió con el escándalo normal que hace habitualmente, pero, como yo no lo había oído en la vida, salí de allí corriendo y asustada, pensando que había roto algo.

Como era la primera vez que salía del pueblo, mi madre con mucho esfuerzo, me había dado diez céntimos para que me comprara algo. Pasé delante de unos molinillos, una especie de máquina tragaperras de la época, donde si probabas suerte y echabas diez céntimos, podías sacar un premio. Para mi sorpresa, gané un paquete de caramelos.

Mis hermanos y yo habíamos comido muy pocos caramelos durante nuestra infancia. Me imaginé lo que íbamos a disfrutar todos y decidí que los guardaría para comérmelos entre todos. Disfrutaba pensando en la alegría que se

iban a llevar. Pero esta mujer estaba dispuesta a convertir en negocio a cualquier oportunidad sin ningún miramiento.

Por la tarde estábamos esperando al Carbonero, al autobús que nos acercaría al pueblo, y ella me dijo: “¿Por qué no vas a tirar otra moneda a ver si sacas un paquete para mí?”, y me dio las monedas. Yo asentí y me quise llevar mi bolso pero no me dejó. No tuve suerte esta vez en el molinillo y volví junto a ella. Miré en el bolso y me di cuenta de que el paquete de caramelos había desaparecido. La miré, sorprendida, pero ella ni se inmutó. No tuve valor para acusarla y me tuve que volver a casa sin mis caramelos.

Ella solía venir al pueblo para intercambiar mantequilla por huevos, café por azúcar y conseguir otros productos. En una de esas veces se olvidó una pastilla de jabón enfrente de mi casa.

Cuando la vi, no me lo podía creer: “Por lo que me hiciste el otro día”, murmuré para mí misma, y decidí regalar la pastilla a mi madre.

Pero cuando mi progenitora vio la pastilla, me riñó y me obligó a devolverla. Yo no entendía a veces a mi madre. Mi madre sabía lo de los caramelos y yo no entendía por qué tenía que ser honrada con quien me había robado.

Y en el pueblo, a pesar de esos pequeños contratiempos, la vida era tranquila. Quizá yo a mis diez años no pensaba en el futuro y creía que toda la vida me quedaría allí junto a mis hermanos. Pero como me bautizaron con el nombre de América, ese hecho labró mi destino.

Todo iba cambiando con lentitud. Cualquier pequeño invento nos llamaba la atención. Un día volvió un cubano con una radio. Entonces llamábamos cubanos a los españoles que habían estado viviendo en Cuba. Llegó con una radio, y la colocó en la plaza del pueblo. Todos salimos para escuchar las noticias. En Prieres nunca se había escuchado ni visto una radio. Nos parecía mentira que pudieran salir voces humanas de aquel aparato.

Valladolid

Con doce años me fui con Severina, mi madrina, a Valladolid. Estuve dos años y medio con ella, viviendo en la plazuela de San Miguel, 6. Y después volví al pueblo hecha una señorita.

Severina no tenía hijos. Por entonces era costumbre que los parientes con muchos niños dejaran que alguno de ellos viviera una temporada con los que no tenían.

Había estado unos años viviendo con su marido en Cuba. Ella procedía de una familia con mucho dinero. Pero unos años antes, durante la guerra, los nacionales mataron a su padre. No la mataron a ella porque escapó a tiempo. Recuerdo que era totalmente atea. Pero cuando se instaló a vivir a Valladolid, se había hecho muy beata. La iglesia le había comido el pensamiento. En el período que estuve con ella me intentó meter monja.

Recién llegados de Cuba, ella y su marido vinieron a mi bautizo. Antes de empezar, el cura les preguntó: “¿Confesaron y comulgaron?” Le dijeron que no. Y entonces, el cura dijo: “Pues no la pueden bautizar”.

Cuando se fue el cura, mi madrina dijo a los demás:

—No importa, la bautizaremos camino de Prieres, que hay un río.

El cura de allí accedió a bautizarme y me pusieron de nombre América, por el tiempo que habían pasado ellos en ese continente.

Mi tío era un señor muy rico, pero en su familia se habían dado casos de locura. La locura había afectado a dos hermanas, a una sobrina y a un hermano. El hermano era abogado pero había tenido que dejar la vida que llevaba e ingresar en un psiquiátrico. Allí andaba siempre desnudo, porque en cuanto le llevaban la ropa la tiraba a los cinco minutos. Una de las hermanas había optado por vivir en un convento, y pagaba una renta para que las monjas la cuidaran.

Cuando yo llegué a Valladolid, mi tío Roberto estaba completamente cuerdo y trabajaba en un banco. Pero el trastorno se le manifestó cuando la madre, que vivía con ellos, enfermó. La tuvieron que operar, no recuerdo de qué. Mi tío se pasó noches y noches en el hospital y el agotamiento y la tensión que le provocó este hecho hizo que el trastorno aflorara. Cuando llegaba a casa, actuaba de forma insólita. Vivíamos en el subsuelo y en la casa había un ventanal grande que daba a la plazuela. Mi tío abría el ventanal y se paseaba desnudo delante de él. Y estoy hablando de la España de la posguerra, cuando el pudor era mucho más exagerado que ahora. Todo el mundo lo veía desde la plazuela. También le daba por tirar todos lo que encontraba: jarrones, fotografías, cojines... Mi madrina acabó encerrándole en un hospital psiquiátrico.

Yo era aún pequeña para darme cuenta de lo que estaría sufriendo mi madrina. No se la veía triste, se la veía tranquila, pero una vez que fue a visitarlo, le dio tanta pena que se lo trajo a casa de nuevo. La convivencia con él fue otra vez imposible, empezó a repetir los mismos actos y, al final, ella tuvo que volver a encerrarlo. A partir de entonces ya no fue a verlo porque se moría de pena. Era yo la que tenía que llevarle la ropa y ver cómo estaba. La enfermedad le transformó por completo. Transformó hasta sus sentimientos y mi tío Roberto, que siempre me había querido mucho, llegó a odiarme cuando enloqueció.

Uno de esos días en los que le llevé la ropa, mi tío Roberto me encargó llamar a alguien por teléfono desde el banco. Yo me quedé muy sorprendida. No sabía lo que era un teléfono, y mucho menos cómo funcionaba. Pero él me aseguró que uno de sus antiguos compañeros me ayudaría. Fui al banco, conté lo que pasaba y me trataron con mucha amabilidad. Pasé a un despacho donde había un tubo de metal colgado y una rueda con números. Uno de los compañeros de mi tío marcó el número que traía escrito en un

papel y me dio el tubo para que hablara. De repente, por el auricular oí la voz de un hombre pero su cuerpo no estaba. Me pegué tal susto que salí corriendo del despacho y del banco.

Para mí, Valladolid fue el descubrimiento de un mundo que apenas tenía relación con el anterior: una ciudad, gente diferente, los artilugios que llegaban con el progreso, una casa urbana y, sobre todo, no trabajar y aprender, aprender y aprender. Y leer.

En casa de mi madrina había muchos libros. Mi madrina buscaba siempre lo mejor para mí. El tiempo que yo estuve con ella, viví con comodidad e intentó educarme. Por eso, cuando vio lo que me gustaban los libros, enseguida se preocupó por si cogía alguno “que no fuera para señoritas”. Me dijo:

—Aquí hay muchos libros. Cuando quieras leer alguno me lo dices, porque tú no puedes leer cualquier cosa.

Y, por supuesto, en cuanto ella salía a la calle, yo cogía los que “no podía leer” para devorarlos a escondidas. Me leí dos muy gruesos sobre la inquisición. Eran unos libros muy fáciles de seguir porque tenían la letra muy grande. Leía todo lo que me parecía interesante.

Incluso a Corín Tellado. Yo compraba sus novelitas en el kiosco. Cuando compraba una, me la leía entera con mucho cuidado para no estropearla, y luego la cambiaba por otra. Mi madrina con lo beata que era, jamás me hubiera permitido tenerlas, así que tenía que esconderlas detrás del espejo del cuarto de baño. Cuando me encerraba allí, aprovechaba para enfrascarme en las historias.

Era tan beata que incluso no me dejaba andar en bicicleta porque decía que se perdía la virginidad.

Recuerdo que yo tenía una amiga, Paquita, que era la hija de un coronel. Un día, decidimos alquilar bicicletas en un negocio que estaba cercano al cuartel de la Guardia Civil de San Quintín. En ese lugar no había coches y anduvimos paseando. Yo me sentía feliz. Cuando llegó el momento de entregarlas, teníamos que pasar delante de la casa de mi tía.

Aparentemente no había problema porque mi tía no iba a estar en casa a esa hora. Pero, cuando estaba dando la vuelta a la plazuela, mi tía no sólo estaba en casa, sino también asomada a la ventana. Me pegó tal grito que del susto tiré la bicicleta al suelo y me rompí la media. El paseo acabó con un sermón larguísimo por parte de ella.

Enfrente de casa se hacían las fiestas de San Antonio. Cuando llegó el día en el que se celebraban, Paquita vino a buscarme para que fuéramos, pero mi tía Severina me dijo que si quería verlo, que lo hiciera desde la ventana. No me dejó salir. Me fui a la cama llena de rabia, con tanta rabia que hasta destrocé una muñeca y empecé a llorar mientras oía la música. Afuera y casi al lado, los demás se estaban divirtiendo y yo, que tenía tantas ganas de vivir, tenía que quedarme en casa. Mi madrina debió de oír mi llanto y siempre me acuerdo que entró, se me quedó mirando y me dijo: “Espero que en tu vida sólo tengas que llorar por este tipo de problemas”.

Aunque no le gustaba que me divirtiera con música, con bailes o con bicicletas, lo que sí que le gustaba era que yo aprendiera. Me apuntó a unas clases de corte y confección, que era lo que entonces se llevaba. Y allí conocí a otras chicas de mi edad.

Nuestra profesora era una andaluza simpatiquísima, una mujer casada con un guardia civil y madre de dos hijos. Aparentemente, tenía que ser más formal que nosotras, pero tenía más ganas de divertirse que yo y que cualquiera de mis compañeras.

De vez en cuando dejábamos la clase y nos íbamos por ahí. A veces nos reuníamos con un grupo de chicos que nos prestaban su carné de la falange para ir al cine gratis. La película terminaba más tarde que la clase y yo siempre salía disparada del cine para que mi tía Severina no sospechara.

Otras veces, cuando hacía buen tiempo nos decía: “¿Por qué no nos vamos?” Y a lo mejor nos íbamos al Pisuerga en barca. Mi madrina y las madres de mis compañeras se pensaban que me había pasado la tarde cosiendo.

Duelta a Asturias y viaje a América

Después de dos años y medio de estar viviendo con mi madrina, volví con mi familia.

No recuerdo cuáles eran mis sentimientos entonces. Tenía ganas de volver, de ver a mi madre y mis hermanos pero por otro lado había cogido cariño a mi madrina y también apego a ese tipo de vida.

Antes de emprender el viaje, mi tía Severina me advirtió de que tuviera cuidado con la maleta, porque me la podían robar. Me lo dijo tantas veces que, antes de llegar a la estación, estaba convencida de que me la iban a intentar robar.

Para colmo, el tren de Valladolid a Oviedo estaba lleno de militares. No había más que dos o tres mujeres en todo el tren. Yo viajaba sola, era muy joven y estaba asustada. Estaba tan asustada que no me atreví a ir al cuarto de baño en todo el viaje. Aguanté todo el viaje hasta que llegué al pueblo.

En Oviedo un chico joven me quiso ayudar con la maleta. Supongo que solamente quería ser galante, pero yo lo miré con desconfianza y no se lo permití.

Y ya en Prieres, después de la novedad de reencontrarme con mi madre y mis hermanos, de los cambios sobre todo de mis hermanos, de ponerme al día de lo que había pasado en el pueblo, la vida se me hizo muy monótona. Era difícil, después de haber conocido Valladolid, adaptarse a la rutina de un pueblo de la montaña. Yo veía muchas montañas, mucha naturaleza pero no veía futuro.

Trabajaba la tierra, hacía algún recado, cosía algunos vestidos de niño por encargo... A eso me dedicaba cuando llegó una carta de mi tío José María, el hermano de mi madre que vivía en Argentina. Corría el año 1947, y yo legalmente era menor de edad. Mi tío nos contaba en la carta que una amiga suya, una española afincada en la Argentina,

llamada María “La Mechera” se venía a España por el período de unos meses o un año para vender unos terrenos. Luego volvería otra vez a la Argentina. ¿Por qué no aprovechábamos alguno de nosotros —nos proponía mi tío— para viajar a Argentina con ella?

Cuando leí la carta, no me lo podía creer. Por fin una oportunidad. Podría dejar esa vida monótona de trabajar en la finca, coser un poco..., esa vida enclenque que no me iba a llevar a nada. No sabía lo que me podría encontrar en Argentina, de lo que estaba segura era de querer dejar la vida del pueblo.

Enseguida le dije a mi madre que yo me quería ir. Y enseguida mi madre me dijo que no. Pero yo seguí insistiendo y, al final, ella accedió. Supongo que el que yo quisiera irme le causaba bastante dolor. Pero mi madre era una mujer inteligente y generosa. Había tenido la generosidad de haberme permitido vivir en Valladolid dos años y medio, porque sabía que mi madrina me iba a dar lo que ella no podía. Y era lo suficientemente inteligente para darse cuenta de que después de Valladolid la vida del pueblo se me había quedado pequeña.

Mi tío envió una carta de reclamación para que yo pudiera empezar todo el trámite. Los trámites me llevaron mucho tiempo y al final no me fui con María La Mechera.

María La Mechera era una señora mayor, ya retirada, que cobraba su pensión en Argentina. Allí tenía una hija casada y con tres hijos. Mientras ella estaba en España vendiendo las fincas, la familia de su hija cobraba la pensión en Argentina y se beneficiaba de ella. María cayó de repente enferma y su estancia en España se prolongó más de un año. Según las leyes argentinas de esa época, si su ausencia sobrepasaba el año, ya no podría volver, al menos que le reclamara alguien desde Argentina. Cuando María se repuso para viajar, escribió a su yerno y a su hija para que la reclamaran. Pero ellos se negaron porque querían quedarse con su jubilación. Tuvo que escribir a mi tío pidiéndole

ayuda para que la reclamara y mi tío accedió. Pudo volver a Argentina.

En cuanto María llegó a España, yo ya empecé a tramitar papeles con la intención de viajar con ella a Argentina. Pero la huella de la guerra emergió en mi destino. Yo no existía en el registro civil, porque durante los bombardeos se había quemado el libro del año en el que yo nací.

Tuve que empezar el papeleo por la fe de bautismo. Otro problema que tuve fue que mi tío me reclamó con el nombre de América y me puso un año más para que constara como mayor de edad. Pensó que así me hacía un favor. Pero en la fe de bautismo yo figuraba con un año menos y como María América. En el consulado se pensaron que eran dos personas distintas. Mi padre y mi madre tuvieron que firmar un documento en el que aseguraban que América y María América eran la misma persona, y también tuvieron que dar su consentimiento porque yo era menor de edad.

El cónsul me contó que mucha gente viajaba con documentación falsa, incluso con documentación de gente muerta.

Tardé un año en tener todos los papeles arreglados.

Mi padre

Recuerdo que fumaba mucho y que nunca nos pegó. Supongo que a mi madre le impresionaría un hombre como mi padre, que había estado en la División Azul.

Ella era la que nos sacaba adelante. Él era un poco inconsciente. Por ejemplo, ella tenía guardada el azúcar morena para sus necesidades, con el propósito de venderla y sacar algún beneficio o de utilizarla para nuestro consumo. Él sacaba el azúcar y nos hacía en una sartén caramelos. Luego llegaba mi madre y lo ponía verde.

Ella acabó echándole de casa.

Después de eso, un día entró mi padre en casa con la guardia civil detrás. Cuando se fueron los guardias civiles, mi madre dijo: “Como en cinco minutos no salga, vivo no sale de aquí”. Mi padre no se atrevió a marcharse por la puerta y lo hizo por las escaleras que daban al corral. Salió por allí y jamás se atrevió a entrar.

Cuando me iba a ir a Argentina, yo lo tuve que buscar para que me firmara el expediente donde declaraba que América y María América eran la misma persona. Tuve que ir a la mina donde estaba trabajando. En realidad, él no se ocupó nunca de nosotros, fue mi madre. Él vivió su vida como un soltero. Había que darnos de comer, vestirnos, ir a la escuela... Y todo eso lo pagaba mi madre.

Mi madre tuvo que vender fincas para pagar deudas de él. Ella había heredado pequeñas fincas, unas de mi tío el que se quedó en la Argentina y otras de mis tías. Hasta tengo papeles en casa de fincas que pagó mi tío por quinientas pesetas, el equivalente a unos tres euros.

Antes de marcharme a Argentina, él estaba trabajando en una mina de carbón en Río Seco. Tuve que subir por cable hasta la mina. Vivía allí. Estaba tan apartado aquello que les daban viviendas a los trabajadores. Tuve que pedirle que me firmara el permiso y el expediente de mi existencia para poder anotarme. Cuando me despedí de él, no sabía que era ya para siempre.

Después yo me fui a Argentina y ya nunca volví a ver a mi padre. Mis hermanos me contaron que cuando enfermó, ellos lo quisieron traer a casa y mi madre se negó. Dijo que si él venía para casa, ella se iba.

Él murió y no sé ni que de qué murió.

Tengo dos fotos de él. Una cuando vino de la guerra vestido de soldado. Está con todos nosotros que aún somos muy pequeños. Y otra que rescató mi cuñada en el ayuntamiento de Campo de Caso. Él está haciendo madreñas, zuecos de madera

La travesía

Me fui a la Argentina en barco. No quise que nadie de mi familia me acompañara hasta el puerto. No me gustaban las despedidas. Por entonces, si viajabas sola y eras muy joven te solían “encomendar” a otra persona mayor que tú. Te ponías bajo su protección. Una vecina de otro pueblo me encomendó a otra chica de un pueblo cercano que viajaba a Argentina porque se había casado por poderes. Nos fuimos a Vigo juntas y nos acompañó su padre.

De la estancia en Vigo no tengo buen recuerdo. Primero porque nos trataron como apestados y tuvimos que esperar cinco días para vacunarnos. Y segundo, porque esta chica y su padre no paraban de hacerme desplantes. Incluso a veces, se ponían a comer delante de mí y ni siquiera me ofrecían comida.

Después de cinco días en la pensión Josefina y de las vacunas, llegó el día del embarque. Cuando el barco empezó a zarpar, me entró una pena tremenda porque yo era la única persona que estaba sola. En ese momento me arrepentí de que no hubiera venido mi madre o alguno de mis hermanos a despedirme.

Yo embarqué el 18 de agosto de 1950. Siete días antes, el 11 de agosto, había sido mi cumpleaños. Cumplí veinte años. La travesía fue muy mala, entraba agua por todas partes, hacía frío y llovía mucho. Duró dieciocho días. La comida era malísima, recuerdo las patas de cerdo que nos daban que eran asquerosas.

No volvería a España hasta el 11 de noviembre en 1971, veintiún años después.

Cuando bajé al camarote de mujeres, me quedé muy decepcionada. Era una sala grande llena de literas. Vi literas por todas partes y me di cuenta de que íbamos a viajar hacinadas como los animales.

No me equivoqué, incluso había a veces que el olor era horrible. A mí me tocó una de las literas de arriba y eso fue

una suerte, porque durante la noche muchas mujeres se mareaban y vomitaban. También hacía muchísimo calor. Tanto que hubo viajeros que no durmieron en los camarotes ni una sola noche de la travesía, preferían hacerlo en cubierta.

En el trayecto, todos los asturianos empezamos a formar un grupo: éramos unos veintiocho. Yo empecé a entablar amistad con la gente de ese grupo y así ya no necesité depender de la mujer a la que me habían encomendado. Además, ésta durante el trayecto se lió con otro hombre. Me hice muy amiga de un matrimonio, Marisa y Manolo, que viajaba con sus dos hijos.

A partir de entonces el viaje fue muy agradable para mí, no sólo por la amistad de este matrimonio, sino también por lo bien que me trataba la gente. Yo era la persona más joven después de los niños. Me trataban bien los viajeros y la tripulación.

Nos daban siempre café con leche condensada y a mí no me gustaba. Una mañana pregunté al camarero delante de los demás, si podía tomar el café solo. Me dijo que no. Pero a partir de ahí todas las mañanas me daba mi taza de café sin leche condensada. Cuando yo me sentaba en uno de los extremos de la mesa, siempre me dejaban dos o tres piezas de fruta.

Recuerdo que había un señor que todos los días se sentaba en un banco en cubierta, echaba agua en un cacharro y luego lo tomaba. Y yo lo miraba desde lejos. Más tarde me di cuenta que lo que hacía ese hombre era el mate.

En Canarias hicimos una parada con el tiempo suficiente para poder comprar bananas. Recuerdo que los dejé sobre la cama y me los robaron.

Y por fin, la otra orillas del Atlántico, Brasil. El barco atracó en Santos.

La gente se acercaba al barco para pedirnos comida o monedas. Empezó a formarse alrededor de él una pequeña muchedumbre muy alegre. Un chico joven que estaba en el muelle, me lanzó una revista para que le escribiera la dirección hacia donde iba. Pero en ese momento en el barco, nos dimos cuenta de que era una de mujeres brasileñas medio

desnudas. Veníamos todos de la España de la posguerra, del Cara al sol, de las misas, del rosario...

Enseguida se organizó un gran revuelo sobre el puente, bromas, chistes y carreras, porque los chicos nos la querían quitar y nosotras la queríamos hojear. Yo no quería darle la dirección porque no conocía la casa adónde iba. Sólo conocía a mis tíos por foto. Pero la gente de mi grupo empezó a insistir. Marisa me decía: “No seas tonta, dásela”. Al final lo hice y un mes más tarde, en la nueva dirección, recibí una carta suya. No le contesté.

Unos días después, cuando ya estábamos a punto de llegar a Argentina, me salió un grano enorme en la cara. Cuando llegué a Argentina llegué con el grano y con el brazo escayolado.

Argentina

Cuando atracamos en Argentina, la gente de allí tenía prohibido subir al barco, pero era la época del peronismo y mi tío José María tenía credenciales. Subió a buscarme y cuando me vio por primera vez en la vida, con mi brazo escayolado y el grano en la cara dijo: “¡Piba, la guerra de España hace mucho que terminó!” Yo no sabía lo que significaba piba, era la primera vez que oía esa palabra.

En el barco yo había conocido a un chico que andaba detrás de mí. Pero mi madre y las vecinas de Prieres me habían prevenido de que no tuviera ninguna historia con ningún hombre durante la travesía. Yo seguí las indicaciones al pie de la letra. El chico, Héctor, era un argentino que se había criado en La Rioja. Él se las arregló para meterse en el grupo de los asturianos y poder entablar amistad conmigo. Cuando llegamos al puerto de Buenos Aires, todos nos dimos las direcciones antes de despedirnos. De modo que Héctor se quedó con mi dirección.

Yo apenas conocía nada de España. Sólo había conocido Valladolid y Asturias. No sé si Buenos Aires era muy diferente a España, porque desconocía mi propio país. Lo que sí que recuerdo es que me costó mucho adaptarme a las costumbres. Siempre subía por la puerta equivocada en el autobús, o no entendía bien los giros de los argentinos.

Cuando llegué a casa de mis tíos por primera vez, mi tía, Dolores López, me dijo:

—¡Ah, pero llegaste, no sabía que venías hoy!

Yo me quedé preocupada, preguntándome qué pasaba. Había cruzado el Atlántico y dejado atrás otra vida, y me encontraba con ese recibimiento. Más tarde me enteré de que ese día se había peleado con mi tío por algún asunto entre ellos.

Mi tía Dolores era una gallega de armas tomar, era la que mandaba en aquella casa. Trabajaba en una portería y él en el Ministerio de Relaciones Exteriores. A él lo habían querido enviar de agregado cultural a España pero tenía un gran sentido de la ética y se negó, diciendo que mandarían a otra persona que estuviera mejor preparada que él. Era muy honesto. Tenían un sólo hijo y mi tío, como estaba metido en el peronismo, podría haberlo librado del servicio militar, pero mi tío se negó, porque le parecía injusto.

Héctor, el riojano, un día se presentó en casa de mis tíos. El chico empezó a interesarse por mí y a venir. Su familia me empezó a invitar los fines de semana a una casa que tenían fuera de la capital y nos hicimos novios. Lo presenté a mis tíos. Ellos lo querían mucho porque era un chico muy trabajador. Sobre todo mi tía, lo veía con muy buenos ojos. Pero yo empecé a salir con una chica que se llamaba Felisa y con su novio Manolo a los bailes que había en las federaciones gallegas. A mí me gustaba bailar con el alma y Héctor no sabía. Íbamos las dos parejas y yo sólo bailaba alguna vez con Manolo. Yo me desesperaba. Al final, lo planté. Mis tíos se enojaron, sobre todo mi tía Dolores. Él me dijo que me

iba a matar. Evidentemente no lo hizo, aunque me pegó un buen susto.

Amalia

Continué viviendo con mis tíos un tiempo, pero ella me insistía en que trabajara. Como estaba escayolada, no pude empezar a hacerlo hasta finales de 1951. Mi tía me contaba que, cuando había llegado a Argentina, se había tenido que meter en una casa a trabajar y, por esa razón, yo debía hacer lo mismo. Cuando ya estuve bien, me buscaron un lugar, la casa de un médico. Era un matrimonio sin hijos que vivía enfrente de mis tíos. Cuando yo me asomaba al balcón, veía la casa de mi tío. Fui a la primera entrevista con mi tía Dolores y ya me quedé allí. Cuando entré en aquella casa me quería morir. En la vida había visto una casa tan inmensa y tenía incluso tres consultas de médicos. Cuando llegó la señora, Amalia, me preguntó: “¿Estás asustada, verdad?” Me entraron ganas de decirle que sí pero no me atreví por mi tía. Cuando mi tía se fue, Amalia me dijo: “No te asustes, porque aunque la casa te parezca muy grande, sólo somos dos personas. Viene una señora a limpiar las consultas.” Además de eso había un hombre que venía todos los días a limpiar los pisos. Amalia también me dijo: “Lo que no sepas hacer, me lo preguntas que yo te lo voy explicando.”

Fue amable desde el principio y amable hasta el final. De hecho, Amalia pasó a ser mi madre en Argentina. Con el tiempo, yo me convertí en la hija adoptiva de ella. No legalmente, pero sí de hecho. Al cabo de unos años, me cogió tanto cariño que yo continué viviendo en la casa pero ya no trabajaba allí. Vino otra persona a limpiar. Mis funciones cambiaron y consistieron en llevar las cuentas, el control sobre las compras...

Amalia trabajaba en un ministerio, en el Registro Nacional de las Personas. Con ella y con su marido conocí

los mejores lugares de la ciudad, los mejores restaurantes. Su familia también me quiso como una más. A partir de ahí me pude considerar una mujer afortunada.

El vínculo entre nosotros y ellos se mantiene hasta hoy. De hecho, ahora vive con nosotros un sobrino de Amalia.

A mi tía, en cambio, no la pude considerar como una de la familia. Fui a verla con el primer sueldo que gané y le dije:

—Tía, me gustaría mandar este dinero a mi casa.

Y me contestó:

—Paga lo que debes y ya tendrás tiempo de mandarlo.

Me pidió el dinero del pasaje. Lloré como una loca. Ellos estaban bien económicamente. Lloré y lloré por la rabia y por no poder enviar ese dinero a mi familia. Era injusto. Cuando vino Amalia, me dijo:

— ¿Por qué lloraste?

Yo sólo llevaba un mes trabajando con ella. Me daba vergüenza que me viera llorar.

—No lloré —le dije.

—Lloraste, —insistió.

Hasta que le conté la verdad. Me dijo:

—¿Cuánto es lo del pasaje?

—Son dos mil quinientos pesos.

Cogió dos mil quinientos pesos y me dijo:

—Te cruzas enfrente y se lo das a tu tía. Algún día me lo pagarás.

Mi tía Dolores, cuando vio que yo llegaba con todo el dinero, se imaginó que me lo había dado Amalia.

—Esto se lo tendrás que pagar a ella algún día.

Y cogió el dinero. Al día siguiente Amalia me llevó a un banco español. Abrimos una cuenta para que yo pudiera mandar dinero a mi casa todos los meses por el banco Herrero de Pola de Laviana. Yo ganaba trescientos veinte pesos y mandaba doscientos veintiocho a mi casa. Y Amalia nunca me cobró el dinero del pasaje. Nunca quiso que se lo pagara. ¿Cómo yo me voy a olvidar de esa mujer?

Y además de no cobrarme ese dinero, desde el primer día que llegué, me compró los cuadernos de primer grado y a partir de ahí todas las tardes pude estudiar y escribir. Más tarde Amalia también me apuntó en clases de corte y confección y en una academia de peluquería para que me pudiera sacar un título. La vida da muchas vueltas y el tiempo cambia muchas circunstancias pero yo jamás pude olvidar a esta mujer, ni con doce mil kilómetros, ni con diez años que yo tardé en volver a Argentina, jamás perdí el contacto con ella ni nada. En el año 82, ella ya estaba separada del marido y cuando estalló la guerra de la Malvinas, le dije a Julio:

— ¡Cómo me gustaría traerla a Madrid!

Recuerdo que estábamos sentados a la mesa comiendo y que era jueves. Conocíamos a un amigo que tenía una agencia de viajes, y Julio me dijo:

—Llama a Neira a ver si tiene pasaje y si lo tiene, la traes.

Éste tenía pasajes a partir del martes. Yo llamé a Amalia y le pregunté:

—Amalia, ¿tienes el pasaporte hecho?

Y ella me contestó que sí.

—Pues entonces, el martes te vienes a España.

Al principio se negó alegando que no tenía nada preparado, pero yo insistí:

—Tú no te preocupes, mete cuatro cosas en la maleta que te van a llamar para el pasaje.

Estuvo nueve meses aquí y se fue porque estaba enferma. Cada tres meses se iba a la policía a renovar el visado para justificar que estaba mantenida por mí. Y aquí, en la terraza, festejamos su setenta cumpleaños. Nunca jamás la pude olvidar. A pesar de que a veces era muy firme conmigo, fue una madre para mí.

Después de sacarme el título de peluquera, me dediqué a esta actividad y se me daba muy bien. De hecho, uno de los mejores peluqueros de entonces, Daniel Romano, me propuso

que fuera a trabajar con él de ayudanta. Pero para hacerlo, tenía que abandonar la casa de Amalia y no me decidí.

Empecé a trabajar en una academia de peluquería y también a tener una clientela fija. Peinaba a gente muy variopinta, incluidas dos ancianas que vivían en el Palace. Una de mis clientes un día me comentó que iban a aumentar los puestos de trabajo de la fábrica textil donde trabajaba. Amalia había intentado meterme en un ministerio, pero como yo era extranjera no me admitieron.

Me presenté en la fábrica, pasé la revisión médica y me aceptaron. Trabajé unos siete años. Al principio me tuvieron que enseñar el manejo de las máquinas, pero luego acabé como encargada del departamento de pantalones vaqueros, que allí se llama sesión.

Las condiciones de trabajo eran pésimas, por lo que me metí en el sindicato de los trabajadores del textil. Además de eso, nuestro jefe directo tenía una amante que nos hacía la vida imposible.

Tuve que estar de baja porque me resentí del brazo. Y cuando volví, la amante del jefe estaba sentada en mi puesto. Yo me negué a sentarme en el que no me correspondía.

El jefe empezó a excusarse pero yo le dije que me iba a ir directamente a hablar con Vinelo, el jefe de personal. Me presenté en el despacho de Vinelo y le expliqué lo que pasaba. Él no estaba muy satisfecho con lo que estaba ocurriendo, así que me mandó al médico para que me dieran la baja de nuevo mientras él arreglaba el asunto.

Me fui a casa y cuando se lo conté a Amalia, me dijo:

—Ve mañana y renuncia. Ahora ya tienes los papeles. Yo puedo hacer que entres en el ministerio.

Me quedé más tranquila, y al día siguiente me dirigí al jefe de personal y le conté que iba a renunciar. Él me respondió:

—No seas loca, no le des el gusto. No renuncies.

Empezó a convencerme y al final me quedé a trabajar. Estuve dos días trabajando en otro puesto, y al final, me dieron el mío.

Mis actividades sindicales

En unas elecciones sindicales, me eligieron delegada del Sindicato del Vestido. A partir de ahí pudimos reivindicar mejoras y conseguimos bastantes. Una de ellos fue echar a nuestro jefe directo. Para ir al cuarto de baño teníamos que ir dos o tres trabajadoras juntas y había que decir en voz alta nuestros nombres. Nos sentíamos humilladas. Un día, decidimos que no se pedía más permiso. Fuimos de una en una al cuarto de baño. Primero fue la otra delegada sindical, Nelly, y luego me levanté yo.

El jefe nos llamó a su despacho a Nelly y a mí para tratar de imponer su autoridad, pero no le sirvió de nada.

Nos exigían demasiado. Teníamos que hacer al día cuatrocientos cincuenta pantalones y en nuestra jornada laboral sólo llegábamos a trescientos. El resto del trabajo lo teníamos que sacar en horas extras que no nos pagaban. Nos propusimos cambiar esto también. Nos costó más tiempo pero lo conseguimos. Para ello tuvimos que tomar un ministerio. Nos metimos todas dentro para que nos recibiera el ministro. No nos recibió pero ya no nos presionaron tanto.

Mis compañeras y yo éramos demasiado revolucionarias, de modo que las mejoras que conseguía el sindicato nos parecían pocas. Incluso me echaron del sindicato por repartir una revista.

Por fin, un sindicalista llamado Juan Carlos Vidal, fundó una agrupación llamada El Tábano. Corría el año 1967, las condiciones laborales seguían siendo pésimas a pesar de los cambios que ya habíamos introducido. El Tábano surgió con ese nombre porque tenía el objetivo de incordiar hasta conseguir grandes mejoras. Nos apuntamos sin vacilar.

Mientras estuve en El Tábano, nos ayudaron mucho el Sindicato de Petroleros, el del Calzado y los Gráficos, porque nosotros no teníamos nada. Petroleros nos dio el local, un piso entero para nosotros; el Gráfico nos hacía toda la

propaganda. Pero dos días antes de las elecciones, en 1969, mataron a Alonso, representante del sindicato del vestido.

Lo hicieron dos asesinos a sueldo. Se acercaron a su coche y le dispararon. Nunca se supo quiénes dieron la orden. Se supone que fue “desde arriba”.

Cuando llegué de madrugada a casa de Amalia, una hermana de ella me llamó y me dijo:

—América, ¿viste lo que pasó? Mataron a Alonso.

—Menudos chistes me cuentas a estas horas de la mañana —respondí.

—Lo mataron en la avenida Cabildo.

—Me voy al Sindicato Petroleros.

Para entonces, yo ya había conocido a mi futuro marido, Julio. Éste me cogió y me dijo:

—Tú no vas.

Amalia me dijo:

—Tú no vas.

Y les dije:

—Si me buscan, van a venir a buscarme aquí. Quiero saber lo que está pasando.

Ya en el sindicato me enteré que habían arrestado al segundo sindicalista más importante. Me quedé impresionada, porque la tercera era yo. Las noticias que daban en la televisión eran muy confusas. Teníamos gente muy importante que nos apoyaba, abogados, periodistas... Recuerdo que por otro lado era un día señalado en la familia, el cumpleaños de la madre de Amalia. Yo no había dormido la noche anterior y ese día había pasado muchísima tensión. En ese cumpleaños se juntaba a comer toda la familia y yo era familia. Y me dijo Amalia: “Pase lo que pase tienes que venir. Después haz lo que quieras, pero tú a la comida tienes que venir.” Después de haber estado tanto tiempo en el sindicato sin poder averiguar nada, tuve que dejarlo todo e irme a la comida. Y después de la comida, a comisaría. Allí me enteré que a los otros compañeros que habían arrestado, los habían soltado ya y estaban sanos y salvos. Todo volvió a la normalidad.

Llegaron las elecciones sindicales. En esas elecciones nos hicieron la vida imposible para que no pudieran votarnos. En una de las fábricas estaban utilizando carnés de gente que ya estaba muerta para votar. Cuando yo me enteré, me presenté en la fábrica, agarré la urna, me fui a la calle y les dije: “Aquí no vota nadie más.” Y así fue.

1969 fue un año muy conflictivo. El gobierno estaba muy acomodado con el sindicato oficial. Nosotros ganamos las elecciones, pero no nos las dieron. Fue un gran fraude porque no permitieron que la gente de la agrupación nuestra, de El Tábano, entrara al recuento de votos.

Nos hicieron la vida imposible. Antes de las elecciones sindicales, se convocó una asamblea. Era muy importante y determinaría lo que ocurriría después. Los jefes de la fábrica recibieron órdenes para que nos prohibieran salir a votar. Yo me las organicé para sacar a todas las chicas y llevarlas de votantes. Una vez allí no nos dejaban entrar. Julio me proporcionó un carné falso y me introduje en la asamblea. Pero uno de los matones que había llevado el sindicato oficial, me reconoció y me pateó hasta robarme toda la información que yo llevaba encima.

Por haber sacado a las empleadas de la fábrica en horas de trabajo, me expulsaron quince días, y luego, la misma dirección, quiso pagarme el sueldo correspondiente a ese período. Pero yo me negué porque sabía que en el fondo intentaban comprarme.

En realidad, la dirección de la fábrica me respetaba y me temía. Yo sacaba siempre adelante el trabajo y aporté también bastantes acciones positivas.

El día 13 de octubre era el Día del Vestido. Había un club muy bonito donde ese día se reunían las fábricas del Vestido, celebraban una fiesta, llevaban una Miss y jugaban un partido de fútbol. Nuestra fábrica nunca había intervenido. Yo logré llevar una Miss, formar un equipo de fútbol, que les concedieran a los jugadores el tiempo suficiente para entrenar, que nos proporcionaran la ropa para la Miss

y para el equipo... Todo lo que pedí, me lo dieron.. En el fondo a mí me querían mucho.

Por todo lo que hacía dentro de la fábrica, me respetaban. También traté de crear un buen ambiente entre las personas que estábamos dentro. Una de las chicas de la fábrica estaba un poco desequilibrada. No tenía familia, vivía en una pensión muy pequeña, era muy beata y tenía su habitación llena de santos... Organicé una colecta para ayudarla y que acudiera a un centro de salud mental. Con el dinero pudimos pagar su pensión mientras ella estaba en el hospital. Los jefes de la fábrica también fueron solidarios. Pero no se curó e incluso empeoró. Después ya la tuvieron que internar definitivamente. Por lo menos logramos que tuviera un sitio digno donde vivir, ya que si no, muy probablemente hubiera terminado como una indigente.

En general hubo mucho movimiento social y, además, cada dos o tres había un presidente nuevo. Derrocaban a uno, ponían a otro, había mucha inestabilidad política. Ya habían llegado los militares.

Las horas de agosto van pasando mientras yo oigo el murmullo de América. Me gusta sestear mientras imagino cómo fue la vida de ella en Argentina. No en vano, estoy preñado de fotos argentinas, canciones argentinas, carne argentina, estoy lleno de Argentina por todas partes, sobre todo por las noches, cuando la voz del cantante de tango hace vibrar todo el suelo de mi terraza, y, sobre todo, cuando las voces de los clientes se unen a la de Omar, a la de Carlos del Mar, o a la de Carlitos para cantar tangos con ellos. Entonces es cuando de verdad me emociono y me creo que yo, El Viejo Almacén de Buenos Aires, he estado allí alguna vez, quizás en una vida anterior.

Ahora la biógrafa le ha pedido a América que le hable de Él, de mi descubridor, de mi creador. Del hombre que nada más verme tuvo fe en mí. Fue el único que la tuvo y tengo que añadir, con orgullo, que no le decepcioné.

Yo lo recuerdo moreno, silencioso, con su mirada viva, casi como un padre, siempre pensando en mí. Pensando en cómo mejorarme, pensando en cómo hacer que mis clientes disfruten, pensando en cómo decorarme y en cómo hacer de mí un lugar carismático.

Guardo entre mis tejas todo el tiempo que hemos pasado juntos en el despacho, en la parte de arriba de mí, donde tengo las ideas. Lo recuerdo escribiendo sobres. Escribiendo a mano cada sobre, hasta cinco mil. Lo recuerdo comprándome mil artilugios y miles de caprichos extraños. Lo recuerdo clavando fotos en mis paredes para llenarlas de contenido.

Ahora él ya no está. Hace mucho tiempo que se fue. Pero su nombre se pronuncia muchas veces entre mis paredes.

Julio

En 1965 yo había conocido ya al que fue mi marido, Julio. Lo conocía porque en la casa de Amalia, como ya he contado, había unas consultas de médicos. Estos médicos se fueron y Amalia las quería alquilar para oficinas. Julio apareció un día para verlas, pero ya estaban ocupadas. Yo fui quien le atendí. La verdad es que me causó una impresión malísima, como si se llevara a todo el mundo por delante. Me dijo:

—Quiero ver las oficinas.

Y yo respondí:

—Ya están alquiladas.

—Las quiero ver igual.

Se las enseñé y cuando vino Amalia, le entregué la tarjeta que había dejado.

Pero ocurrió que el nuevo inquilino se fue al segundo mes sin pagar. Volvimos a poner el cartel, y un día que yo regresaba de trabajar de la fábrica, Amalia me dijo:

—Ya están alquiladas las oficinas.

Le pregunté:

—¿A quién?

—¿Te acuerdas de un tal Julio Ruda? ¿El que vino de parte del abogado Daniel?

—Ah, no, ese loco no.

Con el tiempo, terminó siendo mi marido.

Cuando empecé a salir con él, sin que yo lo supiera, Amalia lo citó en una cafetería. A Amalia no le gustaba ningún chico para mí, no le gustaba que se me acercaran. Sin embargo, Julio la apreciaba mucho. Cuando ya estaban en la cafetería, Amalia sacó tranquilamente el revólver de su marido, se lo enseñó a Julio y le dijo:

—Si alguna vez haces daño a América, te mato.

Así era Amalia de protectora.

Julio nació en Polonia en 1925. Cuando él tenía dos años y sus padres emigraron a Argentina. Él era más argentino que polaco. Era judío. Su madre murió antes de que yo lo conociera. Su padre trabajaba en una fábrica de ropa. Era una bellísima persona. Cuando nació César, nosotros lo íbamos a traer para que conociera al niño. Pero César nació en enero y mi suegro murió en julio.

Recuerdo que cuando yo le llenaba a Julio mucho el plato, o le preguntaba si quería más comida, él se enojaba porque eran actos que le recordaban a su madre. No se llevaba bien con su única hermana. De hecho, no se hablaron durante un tiempo. Yo me enteré que ella, cuando supo de mi existencia, no quiso ni conocerme. Con el tiempo nos hemos convertido en grandes amigas y nos llamamos cada cuatro o cinco días por teléfono, a pesar de la distancia que nos separa, ya que ella vive en Buenos Aires. Tengo también mucho trato con sus hijos, sobre todo con Fabián, quien vivió en casa durante un año. Estando en Israel, le sorprendió la Guerra del Golfo, y se vino a casa a vivir unos meses. Cuando voy a la Argentina, voy a casa de ellos. Mi cuñada

es muy trotamundos. Sale por las mañanas y se pasa el día en la calle, está metida en obras sociales. Cuando me voy con ella a Argentina, no descanso, voy a cansarme más. Pero estar con Esther, la hermana de Julio, y su marido Hugo me encanta porque les quiero mucho.

No tengo muy claro porqué se pelearon Julio y su hermana. Alguien me dijo que él había sido el niño mimado de su madre hasta que nació la hermana y que fueron sentimientos que persistieron siempre. No sé cuál fue la causa. Yo le solía decir: “Julio, por favor, es la única hermana que tienes. ¿Por qué estáis siempre peleados?”

Y un día, ya en el local de Saconia, una mujer se me acercó y me dijo: “Soy Ester la hermana de Julio”. Casi me quería morir. Salí corriendo a ver si encontraba a Julio en la parada del autobús. Oyó que César me llamaba mamá y ella preguntó: “Pero, ¿tienen un hijo?” Hasta ese momento, no lo sabía. Y ahora, a César lo adoran. Ella tiene más familia, y, sin embargo, dice: “La única familia que tenemos son ustedes.”

En ese momento las cosas se arreglaron un poco y Julio quedó en encontrarse más adelante en Israel con su hermana y cuñado para solucionar un problema de una herencia. Al final Julio no pudo ir y quedaron en encontrarse en París. Pero cuando se encontraron de nuevo a los cinco minutos volvieron a discutir y Julio, que estaba sin dinero, tuvo que esperar tres días en París para tomar el vuelo de vuelta. Paseó por París comiendo baguetes y pudo vender en un bar español unas botellas de brandy que había llevado. Cuando llegó la hora de pagar en el hotel, se escapó dejando todo, la maleta, la ropa... No teníamos un duro ni siquiera en Madrid.

Cuando yo conocí a Julio, éste tenía una asesoría del gremio de la construcción. Desde el comienzo quería que nos viniéramos a España. Yo estaba muy a gusto ahí, con la vida muy hecha. Yo era una más en la familia de Amalia. Era una

familia muy unida. Cuando yo llegué aquí, me encontré con la familia desperdigada. Cada uno tenía su vida y a cada uno le daba igual la vida del otro. Yo me encontraba un poco rara, aunque reconozco que mi madre y una de mis hermanas me ayudaron muchísimo. Pero no había ese acercamiento o ese calor como en la familia de Amalia. Yo traté de usted a mi madre durante toda su vida. Mi hermano me llamaba paisana, vieja, como algo cariñoso y aquello me sonaba muy mal. No te olvidas de las cosas, pero veinte años son veinte años.

El padre de Julio, durante la guerra española, había estado trabajando en Suistil, una fábrica textil. Por entonces hacían las cazadoras para los militares de la República. A Julio, de pequeño, le encantaba el plateado de las chaquetas de los militares españoles. Ya desde entonces se le despertó la curiosidad por España. Él decía que quería conocer España, incluso mucho antes de conocerme. Yo volví a España por él.

Nunca volvió a Polonia. Siempre decía que teníamos que ir a Polonia, pero al final nunca lo hicimos.

El final de mi vida en Argentina

Resumiendo mi vida en Argentina, Buenos Aires me encantaba, me gustaba el baile, me gustaba salir, me gustaba la gente, me gustaba mi vida, mi gente... También me relacionaba con muchos españoles. Ahí pasé los mejores años de mi vida. Respecto a la cocina, aprendí allí a cocinar comida argentina, pero comida casera y eso es lo que me servirá más adelante.

Mi estancia en Argentina, en general, fue muy buena. Gracias a Amalia, pasé unos años excelentes, los mejores años de mi vida. Yo quiero a Argentina tanto como España.

A mí nunca me trataron como extranjera, nunca me llamaron gallega. Tan sólo me llamaban cariñosamente la petisa. A todas las que éramos pequeñas nos llamaban así. Yo tenía una relación muy buena con los demás.

Estuve en Argentina desde 1950 hasta 1971, desde los veinte hasta los cuarenta y un años.

He conservado el contacto con mucha gente, a pesar del paso de los años. Incluso con mi compañera Nelly, la delegada sindicalista. Le perdí la pista y un día la volví a encontrar. Encargué a un detective argentino que vino a comer a El Viejo Almacén que la buscara, y la encontró. Vive en Nueva York. Una tarde estábamos en casa y sonó el teléfono, atendió César y era Nelly veinte años después... Hemos viajado a Nueva York a visitarla y ella y su esposo Jorge han estado también aquí en Madrid, en casa.

La llegada de César

Cuando llegamos a España, pasamos cuatro años en Asturias y en enero de 1973 nació nuestro hijo César. Lo tuve con cuarenta y dos años. No había conseguido quedarme embarazada en Argentina. Yo siempre había querido tener un hijo. Llegó en un momento muy duro, pero yo estaba encantada.

Tuve a César con cuarenta y dos años, trabajé hasta el último día, hasta el último minuto. Me tomaba la tensión un médico de cabecera. Nosotros no teníamos seguridad social ni ningún seguro. Habíamos llegado con lo puesto. El médico nos había recomendado que fuéramos a Oviedo porque dijo que yo era primeriza, mayor y pequeña. Nos dio un volante para que, el día que llegara la fecha, fuéramos al Hospital General. Un vecino nuestro, llamado Lelo, se ofreció a llevarnos a Oviedo cuando llegara el momento. Cuando rompí aguas, yo estaba sirviendo una mesa.



América, Julio y César en Muñera.

Recuerdo que fui a la cocina porque estaba mi madre allí y se lo dije. Mi madre avisó a Julio y éste cerró el bar. Le comenté a mi madre que tenía mucha hambre.

—Ni se te ocurra comer —me dijo.

—Pues lo voy a hacer —le dije.

Ella había hecho un guiso de patatas, arroz y carne, no me olvidaré nunca. Me senté y me comí un plato.

Tuve suerte porque no tuve dolores. Lo único que sentí fueron picores en la barriga. Me rascaba y parecía que me iba a arrancar la piel. Me picaba el vientre con intensidad.

Cuando llegué allí, todo eran médicos barbudos y jóvenes, los “progres” de la época. Me llevaron de un lado para otro, me hicieron mil pruebas, mis recuerdos son confusos. Tengo la sensación de que estuve toda la noche dando vueltas. Al final me metieron en una habitación. En Argentina era la época de las canciones de protesta y cuando oyeron mi acento argentino se me acercaban hasta con la guitarra.

A la mañana siguiente, ya estaba acomodada en una habitación y vino un médico mayor. Me revisó y escuché que dijo: “Dentro de veinte minutos, una cesárea.”

Recuerdo que la reacción de mi madre fue hablar y hablar sobre el miedo que le daba que nos cambiaran al niño cuando éste naciera. Empezó a decir que alguna vez había ocurrido, que tuviéramos cuidado y nos lo repitió tanto y tanto, que me quedé dormida del agobio. Cuando desperté estaba en un pasillo y escuché decir a Julio: “Es un varón y tiene un lunar en el cuello”

Julio había apostado con sus amigos que sería un varón. Todos estaban convencidos de que iba a ser una niña, excepto Julio y yo. Yo también tenía ganas de niño. Y cuando escuché a Julio, me llevé una gran alegría.

El médico había dicho que César nacería entre el 25 de diciembre y el 1 de enero. Lo hizo el 20 de enero.

Después de la cesárea, me llevaron a la habitación donde estaba otra señora. Ella ya había dado a luz y me preguntó:

—¿Qué tuvo?

—Un varón.

—Pues si nació bien, mañana por la mañana se lo traen. Si ven que tiene algún problema, no.

Me produjeron tanta inquietud esas palabras que no dormí en toda la noche. A las diez de la mañana aparecieron con él. Estaba completamente sano.

Recuerdo también que me pusieron suero y mientras lo tenía, no podía darle de pecho. Cuando ya pude, el niño se había acostumbrado al biberón y no quiso mamar.

Pero sobre todo, lo que recuerdo es la alegría de que viniera.

Ese enero había caído tal nevada que nadie pudo venir a visitarme. Por la noche se lo llevaban a dormir con los demás bebés. Yo tenía miedo de no saber manejarlo con mi recién nacido. Pero como estuve doce días en el hospital, cuando saqué a César, las enfermeras me habían enseñado a bañarlo, a manejarlo y ya estaba más criado. Las enfermeras se habían

encariñado mucho con César. Como lo bautizamos en el hospital, ellas representaron a sus padrinos: un amigo nuestro que era un taxista comunista y una amiga que era enfermera.

Cuando llegó la hora de salir de ahí, teníamos un gran problema: pagar. Nosotros recién veníamos de Argentina, lo habíamos invertido todo en un negocio. No teníamos nada. Julio habló con un asistente social y lo arregló: lo pagaríamos a plazos, cinco mil pesetas al mes.

Recuerdo que en el hospital había comido muy mal y que toda la comida era fría. Cuando salimos, le dije a mi marido:

—Julio, en el primer restaurante que veamos yo me quiero meter a comer.

Y así lo hicimos.

El bebé había nacido muy blanquito y con el pelo rubio y rizado. Tanto es así que hasta unos meses más tarde algunas personas que venían por el negocio me decían: “¡Qué linda nena!” Yo siempre contestaba: “No es una nena, es un nene”. Un día me cansé de esos comentarios, lo cogí y lo pelé, en pleno invierno.

Le habíamos elegido ya el nombre de común acuerdo. El nombre de César era Rodrigo. Pero cuando Julio volvió del Registro, me dijo:

—Ya está anotado. Pero le puse César.

—Pero, ¡qué dices! Si en la vida yo he querido llamarle César. ¿Por qué le pusiste César?

—Como nació por cesárea...

Y le quedó César. Tiene el nombre de Rodrigo también, pero empezaron a llamarle César y se quedó en César.

Nuestra llegada a Asturias

Antes de que César naciera, habíamos llegado a Asturias en diciembre de 1971. Nevaba. Julio nunca había conocido la nieve. Empezó a llorar de la emoción. Tenía cuarenta y ocho

años. Estuvimos dos días en Gijón en la casa de mi madrina, porque había mucha nieve y no podíamos llegar al pueblo. Tuvo que venir mi hermano a buscarnos. Llegamos con todas las peripecias posibles, Julio no sabía andar por esos caminos y era de noche. No tenía el calzado adecuado y tuvo que esperar a que mi hermano le comprara unas botas en otro pueblo. Julio estaba loco de alegría por estar ya en España. Años más tarde, cuando nos vinimos a Madrid, llegó a conocer la ciudad mucho mejor que yo. Julio había querido durante toda su vida venir a España. Yo, en cambio, durante los dos primeros años aquí fui aún ciudadana argentina, porque soñaba con volver. Pero luego fuimos a Madrid, estaba César, cogimos este local, ya se complicaron las cosas y pensé que era mejor quedarse. Al final, recobré la ciudadanía española.

El día que llegué a mi casa, estaba mi madre a la puerta y lo primero que me dijo después de veinte años, fue:

—¡Ah!, ¿ya llegaron?

A continuación, se abalanzó sobre mí y me abrazó pero su primera reacción fue ese comentario.



América y César en Muñera.

Estuvimos allí unos días, después ya nos bajamos a la casa de mi hermana Hilda que vive en El Entrego. Julio buscó trabajo de contable porque él en la Argentina tenía una asesoría del gremio de la construcción. Pero al ser extranjero, no encontraba nada. Empezamos a pensar qué hacíamos y qué no hacíamos y decidimos poner un restaurante. En esa época en Asturias corría mucho el dinero. Los mineros gastaban mucho en bares y restaurantes. Mi hermano Ismael, que era también minero, nos dijo: “Lo mejor que podéis hacer es poner un bar.” Pero nosotros no queríamos un bar.

Llegamos a Asturias en diciembre y estuvimos mirando hasta marzo dónde poner el restaurante. Encontramos uno y nos metimos en Muñera. El pueblo era muy pequeño, pero la gente de Oviedo y de Gijón pasaba por ahí en dirección al puerto, sobre todo los fines de semana.

Julio estaba legal pero no tenía permiso de trabajo. Yo recobré mi nacionalidad a los seis años de estancia en España, y en Madrid. Durante ese tiempo fui ciudadana argentina en mi propio país.

Nadie nos daba crédito. Nos tuvo que avalar mi madre. Nos metimos en el negocio sin ninguna experiencia. No sabíamos ni cómo se servía una copa. En Argentina, yo había aprendido a preparar la carne sólo de verlo, de una forma casera. Con lo que me acordaba y con un libro salimos adelante. Pero había muchas cosas que no sabía hacer: yo nunca había cortado un pedazo de carne, nunca había limpiado una trucha (allí se comían muchas truchas del río). Se comía mucho cordero asado. El día que me trajeron un cordero entero yo lo cogí y lo miré por todos lados. “¿Qué hago yo con este animal?”, me pregunté “¿cómo lo parto?” No tenía idea de nada, pero la vida te enseña. Y ahí es cómo empezamos.

Lo peor para mí eran las truchas. Yo las cogía para limpiarlas y se me escapaban. Las odiaba. Venían los pescadores en la época en la que estaba levantada la veda y que tenía que comprar todas las que traían, porque si no, no te traían

más. Me las arreglé para vender a otros bares las que no necesitábamos.

Recuerdo que íbamos a abrir un domingo de febrero de 1972. El sábado estábamos mirando desde la carretera cómo había quedado el restaurante y empezó a entrar gente. Tuvimos que empezar ese día y ni siquiera teníamos dinero para el cambio. Los caseros habían tenido un bar hasta que nos lo alquilaron y la única ayuda con la que contábamos fue la lista de precios que nos dejaron. De esa forma empezamos.

El local tenía una pequeña vivienda y ahí nos metimos.

Además de comidas, allí llevábamos barra. Se consumía mucho coñac, anís, cubalibre. Un café y una copa de coñac costaban por entonces ocho pesetas. Y a Julio le encantaba que tuviéramos cerveza de todas las partes del mundo.

Julio puso un cartel en la carretera donde se podía leer “La futura ciudad de Muñera”. Tuvo una gran visión, porque era un pueblo muy pequeño, pero con el tiempo se ha convertido en una ciudad. También anunciaba el cordero a la cruz y se formaban grandes atascos, porque ponía a alguien vestido de gaucho junto a la carretera y a los anuncios. Cuando pasaba la policía, le obligaban a quitar el cartel.

Allí nos fue bien, a excepción de los meses de invierno. Durante esta estación apenas venía gente, excepto los mineros que subían el jueves y las noches del fin de semana. También venían unos ingenieros alemanes de una fábrica llamada Ensidesa. Era impresionante la cantidad de cerveza que se tomaban.

Una vez seis de ellos vinieron a comer un cordero a la cruz y entre los todos se tomaron noventa y seis botellas grandes. Y no estaban borrachos. Estuvieron todo el día, tomando de vez en cuando el líquido de unas botellitas que llevaban, quizá para evitar emborracharse.

Un día nos sacaron del restaurante a un chico joven porque decían que había repartido propaganda comunista. La policía entró en el local y preguntó: “El coche blanco que

está ahí afuera, ¿de quién es?” El chico dijo que era suyo. Se lo llevaron al cuartel y allí le pegaron. Luego le pidieron disculpas porque se habían equivocado. Pero la paliza se la dieron. Por lo visto, la policía había ido antes a dos pueblitos donde él había estado y revisaron casa por casa y hasta los establos para ver si lo encontraban. Era peor que en la guerra.

Julio se adaptó muy bien a la vida de España. Recuerdo que mandé un día a mi hijo a la casa de mi madre y que, de repente, Julio desapareció. Había ido al pueblo caminando doce kilómetros y había cogido al niño porque lo extrañaba. A veces Julio se iba a los pueblos de alrededor y luego volvía siempre con gente. Julio era buenísimo para las relaciones públicas.

La vida de mi familia, en general, era tranquila. Mi madre me ayudaba, se venía sobre todo los fines de semana a cuidar a César y luego se volvía al pueblo. Mi hermano vivía aún en el pueblo y tenía cuatro hijos. Mi hermana Violeta vivía en Suiza, M^a Dolores en Pola de Siero y Hilda en El Entrego.

Violeta, era joven y recuerdo que se quedó un período con nosotros. Julio se enfadaba porque, cuando un minero veía una mujer detrás de la barra, no había nada que le moviera de allí. Cuando llegaban, preguntaban por mi hermana Violeta. Violeta salía y le decían: “¿Me pones una pinta?” A Julio le irritaba esto porque en Argentina no ocurría, había una mentalidad más abierta.

Una sobrina mía, María del Carmen que tenía unos catorce o quince años, vino una temporada a visitarnos. Yo no la tenía en la barra pero a veces, cuando había mucha gente, se quedaba a ayudar. Cuando ella estaba en la barra, los mineros no se movían de allí. Y se emborrachaban sólo por ver a una mujer.

Algunas veces venían dos o tres matrimonios al bar. Llegaban a la barra y sólo pedían los hombres. Julio siempre preguntaba: “¿Usted, señora, qué va a tomar?” En la

España de esa época, el hombre siempre estaba por delante. Reconozco que en la Argentina la mentalidad era mucho más abierta. Tanto en el trato a la mujer como en el regateo.

Como necesitábamos muebles para el dormitorio, estuvimos mirando anuncios de ventas de muebles de segunda mano. Quedamos con una señora y fuimos a verla. Nos acompañó mi hermano. Cuando Julio llegó, empezó a regatear. Lo hacía con bastante gracia. Le decía: “Mire señora, nosotros recién vinimos de la Argentina”. Al final la señora nos regaló los muebles. Pero mi hermano se enojó muchísimo por el regateo y se largó dejándonos sin el coche. Estaba mal visto regatear.

Mi hermano Ismael nunca iba a hacer alguna compra para la casa, ni llevaba alguna bolsa a su mujer, ni siquiera cuando ésta estaba embarazada. Eran esas las costumbres de la época. Asturias era entonces muy cerrada.

Estuvimos en Asturias unos cuatro años. Cuando César cumplió dos, nos vinimos a Madrid.

Mi madre después de Argentina

Cuando ya nos instalamos en El Viejo Almacén de Buenos Aires, a partir de 1977, mi madre pasaba algunas temporadas aquí. Yo nunca solía tener tiempo para mí, pero cuando llegaba la fiesta del Partido Comunista en la Casa de Campo, tenía que llevarla.

Yo hice por mi madre todo lo que pude mientras vivió. Tenía una vitalidad increíble. Se movía por todos lados, bajaba de su pueblo para cuidarme al niño. Se llevaba muy bien con Julio. A lo mejor ella preguntaba a Julio: “¿Dónde puedo encontrar una lecherita?”... Y le hacía la descripción de la lechera que quería. Al poco tiempo Julio aparecía con eso. No sé de dónde lo sacaba pero aparecía.

A ella le gustaba moler el café. Cuando ya estábamos en Madrid y ella venía a vernos, comentó una vez: “Tenía que

haberme traído el molinillo de Asturias”. Y Julio apareció al día siguiente con un molinillo.

Recuerdo que mi madre, cada vez que venía a Madrid, lo hacía en autobús o en tren. Un día, que íbamos a ir las dos juntas a Asturias le propuse hacerlo en avión.

—¡Qué va! —contestó—. Yo no me subo en un bicho de esos.

—Mamá, pero si va todo el mundo.

—No, pero yo no me voy, no me voy para allá arriba.

Al final pude convencerla y le demostré que subía mucha gente en avión.

—Bueno, si se sube toda esa gente, yo también.

Hizo un viaje, le gustó, y a partir de ahí sólo quería viajar de Madrid a Asturias en avión.

—Ahí te subes y no te enteras —solía decir.

Alguna satisfacción le di dentro de lo que pude, porque ella en toda su vida no había hecho viajes largos, ni siquiera a Madrid, hasta que yo volví de Argentina.

Un día mi hermana me llamó y me dijo que mi madre estaba muy mal. Me dijo que estaba perdiendo el habla, le habían hecho un escáner y que tardaría muy pocos días en morir. Julio me dijo: “Vete a buscarla, si puedes hoy mejor que mañana.” Fui por ella y me la traje. Me acuerdo que llegamos el 1 de mayo, no había médicos. Tuvo una recaída, la llevamos a la Clínica Puerta de Hierro y los médicos le dijeron que había que abrirle la cabeza porque tenía un tumor.

Llamé a mis hermanos para decirles que había que compartir la responsabilidad, ya que había que firmar para la operación. Vinieron, firmaron, operaron a mi madre y a los catorce días murió.

Recuerdo que después de la operación, teníamos una ambulancia a la puerta del hospital para llevársela a Asturias. El conductor no paraba de fumar Farias. Hicimos el viaje de un tirón, porque mi madre estaba muy grave.

Murió mi madre, nos dejó a cada uno una pequeña herencia: unos terrenos, una casa dividida por la mitad y la

finca que le intentaron quitar y que nunca pudieron. La mujer, que tanto luchó por nosotros, descansó por fin.

La herencia de mi madre era difícil de repartir porque tenía terrenos muy pequeños. Todo el pueblo pensaba que nos íbamos a tirar de los pelos entre los hermanos. Yo propuse que hiciéramos lotes y luego los sorteáramos. Mi hermano pidió una finca concreta y se la dimos. Ni nos tiramos de los pelos, ni nada. A mí me tocó la mitad de la casa de mi madre. La otra parte pertenece a mi hermana. Es una casa de piedra antigua y madera. Yo la arreglé por dentro y la hicimos toda nueva. Prieres es un pueblo perdido en la montaña y precioso. A Julio le encantaba.

Mis hermanos después de Argentina

Por aquel entonces cuando aún vivíamos en Asturias, mi hermano empezó a tener problemas. Le gustaban las juergas. No era un bebedor pero le gustaban mucho las mujeres y andaba siempre de picos pardos. Cuando nosotros montamos el restaurante, su mujer y él nos dijeron que se venían como socios nuestros. Él seguiría en la mina y la mujer vendría a trabajar con nosotros. A la tarde, cuando terminaba la mina, vendría a trabajar. Pero cuando estaba él, no quería cobrar a los conocidos y los invitaba a todos... Hasta que le tuvimos que decir que no se podía seguir así. Mi hermano es muy buena persona pero era lo que se llama en Asturias muy boca sucia, muy bruto, decía muchas palabrotas. También le decía muchas palabrotas a la mujer y yo le preguntaba: “Maruja, ¿cómo es posible que aguantes eso?”

Un día entró preguntando si había pinchos morunos. Yo precisamente estaba cortando los pinchos morunos y le contesté que sí. Se fue y al rato volvió y preguntó:

—¿Y los pinchos morunos?

Yo le contesté:

—Me preguntaste si había pero no me dijiste cuántos querías.

Y me dijo:

—Anda, vete con la puta que te parió.

Yo tenía el cuchillo en la mano. Salí detrás de él y le dije:

Por la puta que me parió, que es la misma que te parió a ti, ésta es la última vez que me dices algo así.

En realidad yo llevaba el cuchillo porque estaba cortando la carne, no porque fuera a hacerle nada. Pero él se puso completamente blanco.

Ismael tenía cinco hijos. Me gustaba darle a mi madre algún dinero para que se comprara algún capricho. Me enteré un día de que el dinero que le daba, se lo gastaba en los hijos de mi hermano. Les compraba objetos que necesitaban como ropa, zapatillas... Yo no sabía nada hasta que un día la dueña de la tienda me dijo:

Estuvo tu madre aquí, para comprar zapatillas a los chicos de tu hermano.

Mi hermana M^a Dolores vivía en Pola de Siero y también tenía muchos hijos. Hilda vivía en El Entrego. Su marido también era minero. Cuando volvimos de Argentina, coincidió que hubo una serie de accidentes durante dos o tres días en la mina donde él trabajaba. Uno de esos días tardó mucho en volver y creíamos que le había pasado algo. Al final apareció, pero mi hermana lo había pasado muy mal. Era una vida muy dura.

Recuerdo que otro día que volvíamos de visitarla, el autobús no pudo continuar el viaje. Había llovido muchísimo y hubo un corrimiento de tierra sobre la carretera. Era de noche y el conductor nos dijo que bajáramos. Tuvimos que subir por un prado para llegar al otro tramo de la carretera donde nos esperaba otro autobús. Julio, que en la vida había andado por ese tipo de terrenos, perdió un zapato y nunca lo encontró. Él nunca había andado por un lugar así. Cuando íbamos a la finca de mi madre, se caía con frecuencia. Era un hombre de ciudad. Y, además, de Buenos Aires, que es completamente llano.



La Pista Argentina.

Cuando llegué de Buenos Aires, al día siguiente me ofrecí a ir al prado para ordeñar las vacas. Toda la familia se quedó asombrada y me dijeron que ya se me habría olvidado ordeñar. Les dije que eso no se olvida y me fui tranquilamente a hacerlo. Cuando volví, mis hermanos me contaron que habían estado oliendo los baúles, y me dijeron que la ropa argentina olía de forma diferente a la española. Huele muy bien.

El acoso

En Asturias nos persiguieron mucho. A mí me consideraban extranjera. Desde fuera la gente veía a nuestro restaurante como un negocio puesto por dos extranjeros. Había un brigada de la Guardia Civil que nos hacía la vida imposible. Se llamaba Vallejo. Había que cerrar a las doce de la noche. En cuanto nosotros nos quedábamos más tiempo, venía y golpeaba la puerta y empezaba a gritar: “¡Argentinos, sé que están ahí!” Era algo increíble. Una vez vino al local un chico

argentino llamado Carlos, y nos dijo que quería cantar. Era la época de las canciones de protesta. Julio le dijo: “Yo no te voy a pagar. Si lo quieres hacer, tienes que sacar el permiso en la Guardia Civil con lo que vas a cantar y si traes el permiso, yo no tengo problema que lo hagas. Rifaremos una botella de coñac y con eso te pagamos”.

El chico se fue y no vino. Un día por la noche entró una pareja de la Guardia Civil y uno de ellos preguntó:

—¿Dónde está Carlos?

—¿Qué Carlos? —pregunté.

—¿Qué es lo que le dieron, qué es lo que dejó?

Caímos en la cuenta de que el tal Carlos era el cantante. Julio le explicó que había pasado un día por el local y lo que él le dijo.

—Aquí no volvió más —dijo Julio— ni dejó nada, ni le dimos nada, ni volvimos a saber de él.

Nos hicieron muchas preguntas y dijeron:

—Si aparece por aquí algún día, ustedes tienen que llamar al cuartel y decir “el pájaro está aquí”.

Teníamos miedo porque nos preguntábamos quién era el tal Carlos, y si lo denunciábamos qué vendría detrás.

Pasaron los días y Carlos no volvía. Un día vino Julio y me dijo:

—Carlos está fuera.

A mí me empezaron a temblar las piernas, ya no sabía qué hacer. Era el mediodía y había bastante gente en el local. Yo dije:

—Voy a hablar con él, le voy a decir lo que pasa y luego voy a llamar al cuartel.

Julio salió y se lo contó. Carlos le respondió:

—Llama, que no pasa nada.

Julio llamó y luego se sentó con él a comer. Pasaron así toda la tarde y allí no apareció nadie. Yo estaba asustadísima. Al final resultó que le habían confundido con otro.

En general, era una época de mucho miedo en la que tenías que medir lo que hacías y lo que decías. Julio había

puesto en la pared un cartel que ponía “Aceptamos monedas de la República Argentina”. Un día vino un alto mando de la policía y preguntó:

—¿Qué significa eso?

—Pues mire —le contestó Julio— lo que dice ahí.

Ésta persona contestó:

—Ustedes sacan lo de República.

Nos perseguían. En Asturias se toma el vino en unos vasos de caña muy finitos, les llaman pintas. Como eran todas iguales, sobre la mesa o la barra muchas veces se confundían y nadie sabía cuál era el suyo o el del otro. Julio me comentó un día:

—Voy a comprar unas calcomanías para los vasos.

Compró unas de las banderas del mundo. Llegó y pegó todas las banderas en los vasos, hasta la de la Unión Soviética. Al local solían venir dos chivatos, que entonces se llamaban somatenes. Uno de ellos vino, pidió una pinta y Julio le puso la de la Unión Soviética. Y le dijo:

—¿Y esto?

—¡Ah, perdone, este lo tengo reservado para mi amigo el brigada Vallejo!

No habían pasado dos horas cuando vino un guardia civil y le dijo que tenía que bajar al cuartel. Cuando se fue Julio, mi madre y yo nos pusimos muy nerviosas, queríamos saber qué pasaba y qué no pasaba. Entonces caí en la cuenta que le habían llamado por la bandera rusa. Agarré un cuchillo y la rasqué toda, la quité del vaso. Lo más curioso era que, mientras yo rascaba la bandera del vaso, presa de miedo, la orquesta Filarmónica de la Unión Soviética actuaba en Oviedo.

Cuando Julio volvió, nos contó que Vallejo no estaba y que Fernando, un guardia civil conocido nuestro, le había dicho que volviera a casa. Lo iban a citar otro día. Yo le conté lo de la bandera y Julio volvió a pegar la de la Unión Soviética en el vaso.

Un sábado por la noche, el local estaba lleno. Vino Vallejo. Traía su tricornio y las manos cruzadas por detrás. Dijo:

—Vengo por lo que tienes reservado para mí.

—Yo no tengo nada reservado para usted aquí.

—Sí, ahí detrás de la barra.

—Pase usted a ver si hay algo. Pero yo no me responsabilizo de lo que dicen algunos al otro lado de la barra y bebiendo alcohol.

No pasó y no ocurrió nada.

Y así nos acosaba. Hubo una huelga de mineros. El sindicato les pidió a los mineros que no entraran en los bares para que les durara el dinero. Por la noche se metían casi a escondidas en el local, entraban al comedor, jugaban a las cartas... Y siempre pasaba Vallejo y golpeaba.

—¡Argentino!, sé que estás ahí. Abre la puerta.

También había otro somatén que se llamaba Piedras. Ése incluso iba armado con una pistola. Pero se había hecho muy amigo de nosotros, hablaba mucho con Julio... Al local venían muchas veces estudiantes de otros pueblos. Muchos de ellos acababan cantando canciones de protesta, y yo temblaba porque pensaba que cualquier día se iba a armar una pelea. Una noche vinieron estos chicos y Julio les pidió que no cantaran lo que acostumbraban, porque estaba Piedras. Estos empezaron con canciones de otro tipo, pero a medida que se consumía la noche, volvieron con las canciones de protesta. Al final, Piedras, terminó cantando con ellos la Internacional. Y esa misma noche, el Vallejo golpeó la puerta y Piedras le abrió:

—¿Qué haces aquí? —le dijo Piedras—. Aquí estoy yo.

Y el Brigada Vallejo se fue.

Pero Vallejo nos acosaba, nos acosaba y nos acosaba. Hasta que el 12 de octubre, el Día de la Raza, gente del banco invitó a Julio a ir a Oviedo. Se sacó fotos con el yerno de Franco, con la nieta de Franco y con otras personalidades de la época. Cuando volvió Vallejo, le enseñó las fotos.

—¿Usted? —dijo al verlas—. ¿Usted?

Y ya nunca más nos molestó.

Antes de eso, cada tres meses nos enviaban a otro guardia civil. Querían enterarse si trabajábamos y eso que

estábamos todo el día metidos en el local. A mi hermano le apodaban El Casino. Un día vino el guardia y me preguntó:

—¿Es usted hermana de El Casino?

—Sí.

—Y, ¿por qué se fue a la Argentina?

La respuesta me salió del alma:

—Por hambre.

—Y, ¿por qué volvió?

—Mire, las autoridades españolas nunca me preguntaron por qué volví a mi país y mucho menos usted me lo tiene que preguntar.

Por esta respuesta se armó bastante revuelo. No estaban acostumbrados a ellas. Teníamos dos personas que nos avalaban como extranjeros, fueron a las casas de estas personas a interrogarlas, a preguntarles por la relación con nosotros...

Pero después de mostrar las fotos no pasó nunca nada. Ya podíamos tener abierto, cerrado... Nos dejaron completamente en paz.

Adiós a Asturias

En general fueron tiempos duros. Yo tenía el niño pequeño y cuando empezó a caminar, estaba preocupada por la carretera. Mi madre bajaba a cuidarlo. También tenía enfrente unos vecinos que eran tres solterones, un hombre y dos mujeres, que querían mucho a César y me lo cuidaban mucho. Pero yo vivía aterrorizada con la carretera al lado y el niño tan pequeño. Teníamos un campo grande para colgar la ropa enfrente del local. Fui a recogerla y le dije antes a Julio que cuidara al niño. César se escapó a la carretera y vino un coche de cada dirección. El niño se quedó en medio, clavado. Yo cuando vi aquello, tiré la ropa y me fui corriendo a la casa porque pensé que lo habían atropellado. Y así vivía, aterrorizada.



Traslado a Madrid.

El contrato de alquiler era por cuatro años. Cuando estábamos a punto de renovarlo otra vez, nos visitó Lombardía, un pintor muy famoso. Lombardía pintaba muchas escenas y cuadros sobre mineros. Era muy amigo de Ana Belén y Víctor Manuel. Se había hecho muy amigo nuestro también. Y empezó a decirnos:

—Y ustedes, ¿qué hacen aquí?, ¿porque no se van a Madrid? Madrid tiene más posibilidades.

Cuando estábamos a punto de renovar, sonó el teléfono del vecino (nosotros no teníamos), y era una llamada para Julio. Era un señor que habíamos conocido por medio de Lombardía. Le dijo a Julio:

—Hay un local en Madrid que es muy pequeño. Lo llevaba un argentino que se ha ido y ahora necesitan una persona. Está en Saconia. Se llama El Cafetín de Buenos Aires.

Eran cuatro socios. El presidente de la Fiat fue secuestrado y asesinado en la ciudad argentina de Córdoba. El argentino que había regentado el local estaba implicado en ese asesinato. También había asaltado un furgón que llevaba el dinero para pagar los sueldos de los empleados de una policlínica. En el juicio este hombre declaró que no era político, que él tenía dos hijos nacidos en España y que había estado regentando un negocio que ya no era suyo. Dio el nombre de El cafetín de Buenos Aires.

Julio fue a Madrid a verlo, y cuando volvió, me contó cómo era el local. Trabajaban con menú, que entonces costaba ochenta pesetas. Era el año 1975. Me propuso que fuera un día al local a ver si me gustaba. Me dijo:

—Si te gusta, alquila una casa y nos vamos.

Estuve un día, vi cómo trabajan, lo que hacían y me pareció que era el lugar adecuado, por lo menos para dar el salto. Alquilé un piso, volví a Asturias y ya nos vinimos a Madrid.

En el Cafetín teníamos que compartir las ganancias con tres socios capitalistas. Cuando el argentino huyó, su madre



El Cafetín de Buenos Aires.

y su suegra se quedaron trabajando en el local. Nosotros fuimos a trabajar y además teníamos que poner un dinero.

Nos vinimos. Empezamos a trabajar el menú. A la una el local se llenaba de gente de obras, de colegios... Julio empezó a meter otros platos, a meter chuletones y empezó el negocio a cambiar de ambiente. Los socios, que venían todos los domingos a comer, no estaban muy de acuerdo. Pero como funcionaba bien, lo aceptaron.

Estuvimos ahí dos años. Una vez un crítico escribió que para comer buena carne había que ir a Argentina. Entonces Julio le contestó y le dijo que si quería comer buena carne, estaba invitado a El Cafetín de Buenos Aires. Y un día se presentó con doce personas más, a las que tuvimos que invitar. Pero nos vino muy bien porque a los tres o cuatro días salió un artículo de una página entera en El País. El local estaba situado en una plazuela en la calle San Gerardo en el barrio de Saconia, y recuerdo que ese día la plazuela estaba llena de gente haciendo cola para entrar.

Mientras tanto, nos iban llegando noticias de la Argentina. La política era un desastre. Los militares ejercían una gran represión. Yo seguía manteniendo el contacto con mi familia de allí.

Otra noche en una mesa se sentaron a cenar unas diez personas. Llevaban cámaras de vídeos, nunca les había visto antes. Me pregunté quién sería esa gente. En otra mesa había un matrimonio y, de repente, de la mesa de la pareja se levantó el hombre y se dirigió hacia la del grupo más grande. Le dio la mano a él mientras le preguntaba: “¿Qué tal te sienta la libertad?”

Al día siguiente supimos por el periódico quién era. El del grupo más grande era Blanco Chivite, un preso político de la época de Franco. Lo habían soltado esa misma noche y había coincidido en el restaurante con el director de la cárcel donde había estado.

En el local de Saconia no había baile ni música. Al final empezaron a venir un grupo que tocaba. El problema

era que todos los viernes teníamos alguna multa, porque vivía arriba un vecino italiano que nos denunciaba. La dueña del local era la viuda de un militar. Un día, Julio le dijo:

—Mire, voy a tener que dejar el local por los ruidos, nos están poniendo multas todos los días...

Y ella respondió:

—No se preocupe, que yo lo voy a arreglar.

Y lo arregló de tal manera que nunca más nos multaron.

También solían venir a El Cafetín una vez por semana los abogados de la matanza de Atocha. Los conocíamos a todos. Un día, estos nos dijeron que querían celebrar un bautizo, pero que no querían ni comida ni cena, sólo una merienda con canapés...

—Seremos unas veinte personas —nos dijeron—. Tampoco queremos sentarnos, estaremos de pie.

Nosotros no los conocíamos de nada, pero un vecino nos contó que eran gente muy importante del Partido Comunista. Por entonces, el Partido Comunista no estaba legalizado. Y nos dijo:

—Van a hacer una pequeña fiesta para entregar los carnés del partido. En eso consiste el bautizo.

Julio habló con ellos y les dijo que él era extranjero y que no se podía arriesgar a celebrar actos de ese tipo.

—Usted no se preocupe, que no va a pasar nada. Nosotros vamos a venir con un niño, habrá gente que esté vigilando, y no va a pasar absolutamente nada.

Y así fue. La ceremonia se hizo, trajeron un niño pequeño y no ocurrió nada.

Eran tiempos difíciles, el período de la represión argentina y española también.

A Julio le gustaba pegar carteles en la puerta y escribir algo en ellos. Un día, entró un chico argentino y preguntó:

—¿Quién escribió eso en la puerta?

—Lo ha escrito Julio —contesté.

—¿Cómo Julio va a escribir eso?

Nos asomamos y nos habían pintado la triple A. Nunca supimos quién lo hizo.

La vivienda en Madrid

Cuando vine a Madrid, alquilé un piso. La casera se había ido de él porque no soportaba a una de las vecinas. Prefirió irse de su casa por no aguantarla. Cuando me quedé con él, me lo advirtió. A mí me había gustado el lugar, y pensé que no tendría importancia, ya que nosotros íbamos a estar todo el día fuera. Y efectivamente, la vecina nos hizo la vida imposible. Yo llegué a Madrid en tren con César y Julio lo hizo en el camión de mudanzas. Cuando llegué, esa misma noche ya me llamó por teléfono. Me preguntó si tenía niño, si hacía ruido y sobre otras cuestiones sin importancia pero molestas. “¿Usted ha tenido hijos?”, le pregunté. “Sí, pero no hacían ruido.”

Nos hizo la vida imposible. Tan imposible que, cuando llegábamos por la noche, ponía la radio lo más alto que podía, se iba a la azotea (nosotros estábamos en el último piso) y desde ahí golpeaba el suelo con un palo continuamente. Julio se levantaba y le tiraba huevos. Nos llamaba por teléfono y teníamos que tapar el aparato con almohadones. Cuando se daba cuenta de que no se oía el teléfono, bajaba al portal y llamaba por el portero automático. Pegaba a sus hijos de veintitantos años. Era algo insólito. Un día, decidí que debía abordarla. Era un lunes, César estaba con anginas, Julio no estaba y la vecina empezó con los golpes en la terraza. La vi bajar con un palo largo. Le salí al paso con una escoba y empecé a pegarle en las piernas. A pegarle y a decirle de todo, entre otra cosas que la iba a matar. Fue retrocediendo y se refugió en la terraza. Le encerré con la llave por fuera y le dije: “Ahora voy a llamar a la policía”. Ella había llamado muchas veces a la policía para quejarse

de nosotros. Empecé a llamar a la policía, pero comunicaba. Mientras tanto, ella aprovechó la tardanza y avisó a los del kiosco de abajo de que se había quedado encerrada. Le abrieron la puerta de la terraza, yo salí de nuevo al rellano y en la escalera empezamos a discutir. Con el jaleo salieron los vecinos, y se pusieron a mi favor. Uno de ellos le dijo: “Señora, la dueña se tuvo que ir, esto no puede continuar así”. Yo quería que me dejaran agarrarla, a pesar de que era bastante grande. “Yo la mato”, le repetía. Se metió corriendo en el ascensor y yo fui escaleras abajo para intentar cogerla.

A partir de ese día estuvo un tiempo sin molestar, ya no volvió a hacer ruido. Pero otra vez empezó de nuevo. Le dije: “Mire, señora, le avisé un día y no le aviso más. Yo la mato. Yo voy a la cárcel pero yo a usted la mato. Yo a usted como sea la mato, pero usted no me fastidia la vida.” Yo estaba muy tranquila, sin escoba, sin nada. Y ya nunca más volvió a molestar.

Después de un tiempo los hijos la tuvieron que ingresar. Al final terminamos siendo amigos de los hijos.

El trabajo y el niño

Nos era difícil trabajar en el restaurante y estar con nuestro hijo. Al mediodía venía a comer con nosotros para aprovechar ese rato y poder verlo. Veíamos al niño desde que salía del colegio hasta las ocho de la tarde. Encontré una señora en Saconia que me lo cuidaba durante la noche, pero puso la condición de que lo haría en su propia casa. Yo, me acostara a la hora que me acostara, me levantaba a las ocho de la mañana para poder dar el desayuno a mi hijo en casa de esa señora, y así disfrutar de él un rato.

Solamente una vez hubo una pelea en nuestro local. Había una despedida de soltero y hasta volaron las sillas. A las dos y media de la mañana me quedé sentada para enterarme qué era

lo que había pasado y de repente vi cómo se movía la puerta. Para mi sorpresa era César, que con sólo cinco años se había escapado de casa. Era invierno e iba descalzo. Me pegué tal susto que si me pinchan, no sangro de lo lívida que estaba. Una mañana lo dejé durmiendo solo y me fui a El Cafetín a preparar unas cosas para luego ir a despertarlo. El niño se despertó antes y volvió a escaparse de casa descalzo y en pijama. Al llegar cerca de la plaza donde estaba El Cafetín, un coche patrulla lo vio y llegó a la puerta del restaurante perseguido por dos policías.

Otro día pusimos un mueble detrás de la puerta de casa para que no se escapara. Sobre el mueble había varios objetos: un cuchillo, una cuchara... El niño había intentado abrir la puerta y no pudo. Vivíamos entonces en un quinto piso. Según entramos en el salón, vimos que el balcón que daba a la calle estaba abierto. Julio y yo pegamos un grito. Teníamos miedo de que se hubiera caído por el balcón. César era tan flaco que se había tapado con las sábanas y no lo encontrábamos. Cuando entramos por la puerta, asustadísimo, el niño salió de entre las sábanas gritando, para darnos un susto.

Una vez le tuvimos que poner unas inyecciones para la garganta y no había manera de sacarlo debajo de la cama.

Empezó a andar en Asturias a los nueve meses, y al año caminaba como un gamo. No tenía un año y ya tenía un triciclo. Si se quedaba alguna copa sobre alguna mesa del salón, César iba corriendo a bebérsela. Una vez incluso se tomó pastillas de su padre. Trepó a una alacena. Se subió primero a una banqueta y luego a la mesa. Yo en ese momento estaba con una sobrina. De repente, vi los valium sobre el suelo y mi sobrina me avisó: “Tía, tía”, me dijo, “que César está tirado en el suelo”. Con el delantal puesto, salimos corriendo hacia el médico de Laviana. Eran dos kilómetros. Cuando llegué, el médico estaba comiendo pero me atendió enseguida. Entre él, su mujer y yo le hicimos un lavado de estómago. El médico al final me dijo: “Si te hubieras

tenido que ir a Oviedo, el niño se muere en el camino”. Nunca en la vida pasé tanta angustia.

Su padre de vez en cuando le ponía al lado de las canastas de las botellas. Le ponía las botellas al lado y él las seleccionaba bien y las metía en su sitio. Era travieso aunque bastante espabilado. Cuando alguien le decía “¡Qué lindo nene!”, él le daba un patada en la espinilla mientras le decía: “Hijo de puta”.

Estaba tan preocupada de su comportamiento que hasta le consulté al médico varias veces. Éste, muy tranquilo, me solía responder: “Usted no haga nada porque con el tiempo se le pasará”.

Teníamos un amigo argentino al que llamábamos el pelado. Vendía máquinas para los hospitales. Siempre hacía de rabiarse a César. Cuando el pelado se iba, César salía con piedras para tirárselas al coche.

Cuando César tenía cinco años, el cantante Rafael Amor venía mucho con su hija, que tenía la misma edad que César. Ella decía que eran novios y al niño le daba muchísima vergüenza y se ponía furioso.

No le gustaba comer. En el local de Saconia yo le daba de comer antes de la una, porque a esa hora ya venía gente. No comía nada. Un día vino más tarde, a la una y me dijo: “Quiero comer”. “Pues ahora te esperas”, le contesté, “porque hay gente”. Se me tiró al suelo en la entrada de la cocina. El salón estaba lleno de gente. “Claro,” chillaba, “les das de comer a todos y a mí me tienes muerto de hambre”. Gritaba, chillaba y pataleaba. Fue la única vez que le pegué.

Fue al colegio Puerta de Hierro, hablaban en clase y aunque no fuera él, tenía ya tan mala fama que le llamaban la atención.

Yo siempre le decía: “No me vengas con cuentos del colegio a casa. Si te peleas, te defiendes, pero no me llesves de trajín de madres y padres”. Un día tuvo una pelea con otro niño y le dio un rodillazo entre las piernas. Cuando le llevaron al director, éste le enseñó los calzoncillos llenos de

sangre y expulsaron a César dos días del colegio. El padre del chico quería enseñar los calzoncillos manchados de sangre en clase. Por fortuna, el director no se lo permitió. El director acabó reconociendo que eran peleas de niños.

De vez en cuando venía Ramón Mendoza con su mujer Jacqueline. Yo me sentaba a la mesa y hablaba con ellos. La mujer estaba encantada con César. Un día me dijo: “Si me lo vendes, te lo compro”.

De noche teníamos un camarero llamado Chango Galván que estaba encantado con César. Solía llevar las fuentes con las parrilladas mientras cantaba tangos. Él y el niño se querían mucho. Una vez a César se le cayó una persiana encima. Lloraba y lloraba y éste camarero cogió un plátano, se lo pasó por el brazo y lo calmó. Logró convencerlo de que no le dolía.

Los argentinos refugiados

Venían muchos argentinos refugiados a El Cafetín. Muchos de ellos incluso terminaban en mi casa. En esa época yo me levantaba por la mañana y por todos lados me encontraba argentinos: en el salón, en los sillones, en el suelo... A Julio se le había ocurrido la idea de notificar en el consulado que si llegaba algún argentino muy desesperado, podría comer en El Cafetín gratis fuera del horario de comida. Yo les preparaba una pila de milanesas y patatas fritas y venían encantados. Eran argentinos con problemas y sin problemas. Nosotros los domingos cerrábamos y nos íbamos siempre a comer a otros restaurantes. Pero siempre pasábamos por El Cafetín. Un domingo vimos a un chico parado y Julio se acercó a preguntarle: “¿Usted está buscando algo?” Y él contestó: “Sí, venía aquí a El Cafetín pero hoy está cerrado. Es que me mandaron desde el consulado”. Julio lo recogió y se vino a comer con nosotros. Se llamaba Ron y estuvo

viniendo varios días a El Cafetín. A veces, si podía, echaba una mano, otras veces, no. Estaba siempre muerto de hambre. Un día, hablando me preguntó dónde había vivido yo en Argentina: “En Belgrano esquina Tacuari.” Y me contestó: “Ahí tiene mi padre un negocio”. “¿Quién es tu padre?”, le pregunté. Cuando me dijo el nombre, no me lo podía creer. Era un millonario argentino. Supuse que Ron había estado metido en asuntos de política y se habría peleado con su padre. También estuvo en mi casa un amigo de Ron, el sobrino de un ex presidente de Argentina.

Un día Julio se fue al cine con César y al rato volvió con un chico alto. Ni siquiera llegaron a entrar en el cine. Me dijo que se lo había encontrado por la calle, y que acababa de recibir una carta de Argentina donde le comunicaban que se había muerto su padre. Y lo trajo a casa. Y así era su forma de actuar. La casa estaba llena de argentinos. Un día le tuve que decir a Julio ¡Basta ya!, porque la casa estaba llena de refugiados. Él a todo el que fuera argentino se lo traía. De todos los que pasaron, ninguno envió luego una carta. Ron me dijo que cuando volviera a la Argentina, me escribiría, pero no lo hizo.



Julio en Madrid.

El final de Saconia

En Saconia estuvimos dos años. Yo no soy comunista, pero pegué el primer cartel del Partido Comunista en Saconia. Me lo pidieron los abogados de la matanza de Atocha.

A Julio le gustaba escribir leyendas sobre la puerta. No me acuerdo muy bien de ellas pero sé que casi siempre eran frases sobre la Argentina. Estando en Saconia llegó desde Israel Guido, uno de los dos hijos que Julio tuvo de su anterior matrimonio y que, después de separarse en la Argentina, viajaron con su madre a vivir en Tel Aviv. Guido llegó en el año 1977 y vivió con nosotros un par de años hasta que encauzó su vida. Él también trabajó y colaboró en los comienzos de El viejo almacén de Buenos Aires. Debora, la otra hija de Julio, vive en Tel Aviv con su madre y viene a Madrid de vez en cuando. Siempre nos visita y mantenemos un contacto telefónico continuo. Guido se casó en España y actualmente tiene dos hijas.

Estando en el Cafetín, Julio una vez puso un anuncio en el periódico que decía: “Si tenés un torino, si querés comer buena carne te pasas por Saconia en la calle...”

Un torino era un coche típico de argentina, del argentino medio. Uno de los cantantes y amigo después de veinticinco años, Omar Berruti, me contó que conoció el local porque recibió una carta con ese anuncio. Se preguntó quién sería el loco del torino y se acercó al local para conocerlo.

Con el tiempo nos fuimos de Saconia porque aquello empezaba a quedarse pequeño y decidimos buscar otro local. Uno de los butaneros que venían le habló a Julio de un negocio en la calle Villaamil. Se lo describió, vinimos y yo me quedé horrorizada. Cuando me trajo, yo le dije: “No Julio, aquí no”. Las luces eran cables colgando, el local estaba dejadísimo, era un barrio de chabolas y de casas bajas “¿Quién va a venir aquí, Julio?”, le pregunté. Pero él se empecino y al final cogió el local

Estuvimos desde mayo hasta noviembre haciendo obras para acondicionar este local. Todo lo que trabajábamos en Saconia, lo invertíamos aquí. Había mucha gente que nos decía que nunca lo íbamos a inaugurar porque parecía que nunca se terminaba. No existía la mitad de las cosas que hay ahora aquí: la cocina era muy estrecha, los baños eran comunes para hombre y para mujeres. El negocio anterior al nuestro había sido un bar. Arriba habían tenido una pista de baile relativamente famosa y bastante conflictiva.

Uno de los actuales salones era una panadería, y el del fondo era una vivienda de dimensiones mínimas. Los dueños de este bar habían hecho mucho dinero. Llegaban sus clientes a comprar y fiaban, tanto en el bar como en la panadería.

Respecto a El Cafetín, ya habíamos hablado con los socios y arreglamos todo. El Cafetín se cerró para siempre. Creo que en ese local abrieron un bar, luego una librería y actualmente hay otro bar.

La inauguración

En mi salón de baile pasaba de todo. Se puede decir que me maltrataban. Todos los sábados por la noche acababan tirando alguna botella sobre mis paredes o incluso se volcaban mesas y sillas sobre mi suelo. No es que me hicieran mucho daño, porque soy muy fuerte. Pero es que no me trataban con respeto. Nunca pintaban mis paredes, ni las acariciaban con jabón, ni colgaban cuadros hermosos. Mira que a mí, al fin y al cabo, los cuadros me duelen un poco. Es como a la persona adulta a la que le tienen que hacer un poco de daño para hacerles agujeros y poder colgarse unos pendientes. Pero estar bien adornado, bien vale un poquito de dolor.

Cuando yo era salón no me sentía bien. Me gustaban las caricias de los pies sobre mis suelos al compás de la música, los tacones alegres, las suelas gastadas, los pequeños saltos de mis visitantes. Pero nunca me gustó la violencia.

Por eso, cuando apareció él me emocioné. Me miró con ojos golosos y yo supe que cambiaría mi destino. Sabía que ese hombre iba a sacar lo mejor de mí, aunque para ellos tuviera que deshacerme por dentro y volverme a construir.

Y así fue. Continué siendo un lugar alegre, pero con respeto. Desde entonces he sentido todas las mañanas la caricia del cepillo por mi superficie, la ternura de las manos que colgaban fotos con mucho cuidado sobre mis paredes.

Reconozco que yo no tenía fe en el local, yo no tuve la visión de Julio. Ni yo ni nadie, porque la gente que conocía el sitio tomaba a mi marido por un loco. Cuando lo cogió, yo lloraba todos los días y le preguntaba: “Julio, ¿adónde vamos a ir?”

Estaba situado en un barrio muy alejado del centro de Madrid, en Peña Chica. Ni siquiera la carretera llegaba a la puerta de nuestro local. Los taxistas se negaban a adentrarse en el descampado ¿Cómo iba a querer venir la gente? La carretera se acababa y había un montículo de tierra que había que atravesar andando. Yo no me imaginaba a los clientes atravesando en las noches de invierno un descampado para cenar. Ni en las noches de invierno ni mucho menos cuando lloviera.

Además de la carretera, estaba el barrio. Teóricamente pertenecía a Madrid, pero en realidad era un pueblo. Estaba formado por casas bajas y la gente que vivía aquí no se consideraba de Madrid, vivía de espaldas de la capital y apenas había comunicación entre ellos.

Ni yo ni nadie entendíamos la fe que tenía Julio en este local.

Inaugurábamos un domingo 27 de noviembre de 1977, y yo tuve que trabajar en Saconia hasta el día anterior. Apenas teníamos dinero, habíamos gastado todo en la obra. Julio envió quinientas cartas escritas a mano a nuestros clientes. Les comunicaba dónde estaba el local y que los íbamos a invitar a chorizo, empanadas, morcillas, algo de asado, y de bebida vino o cerveza. Ese día no teníamos dinero ni en casa, ni en el banco ni en el local, ni siquiera para un paquete de tabaco, todo estaba invertido en la reforma y en la comida.

A la una de la tarde pasé un momento por El Viejo Almacén, con la intención de supervisar algo, volver a casa, y arreglarme para la inauguración. Pero a la una de la tarde empezó a llegar gente. Me puse a trabajar y no paré hasta las tantas de la noche. Ese día debí de hacer unos mil quinientos chorizos, mil quinientas empanadas, mil quinientas morcillas y no sé cuántos asados.

La gente seguía viniendo. Yo no me lo podía creer. El local estaba llenísimo. Pasaron unas mil personas.

Por la noche, nos quedamos sin pan. Yo no sabía qué hacer, ni de dónde sacar el dinero para comprar. Pensé en pedirle prestado a un amigo nuestro que estaba allí, un médico peruano. Pero el ambiente era tan familiar y festivo, que una pareja, una chica que trabajaba de jefa de sección en El Corte Inglés y su novio, se ofrecieron a ir por pan. Cuando les pregunté cuánto les debía, no me quisieron cobrar.

Cuando todo terminó, de vuelta a casa, dije a Julio: “Hoy vienen todos porque es gratis. Vamos a ver cuando abramos la puerta el martes para trabajar“. Pero el martes se llenó. Ya respiramos algo. A partir de entonces y hasta hoy todo ha ido bien.

La gente del barrio ante el nuevo local

El local había sido antes un bar al que venían todos los vecinos y, de repente, se encontraron que era un restaurante para todo el mundo. Los vecinos no lo aceptaron. Ellos querían el bar y decían que era de ellos, que era del barrio. Nosotros habíamos establecido el derecho de admisión, no se podía entrar a beber en la barra, no queríamos que se convirtiera en un bar, teníamos muy claro que iba a ser exclusivamente un restaurante.

Al día siguiente de la inauguración teníamos el cristal de la ventana roto. Tiraban piedras al local. Decían que allí no tenían que ir coches lujosos, ni mercedes ni ninguno de otro tipo porque éste era un barrio de ellos. Nos hicieron la vida

imposible. Se rumoreó que teníamos camas en el sótano, de todo se dijo. Trabajaba con nosotros un camarero asturiano, muy bueno pero muy bruto. Como aquí no podía beber, de vez en cuando se iba al bar de al lado a hacerlo. Y siempre le hacían preguntas sobre el local. Él andaba detrás de una mujer y una vez, ésta le preguntó por las camas. Él le dijo: “Un día que no estén los dueños, te voy a llevar a ver las camas.”

Hubo vecinos que se quejaron porque decían que les molestaba la música de nuestro local. Uno de ellos fue el de al lado, pero como tenía la mujer y la suegra asturiana, como nosotros, al final nos dejó en paz. Los de enfrente también se quejaban. Y muchas noches venía la policía a parar la música. Algunas veces los vecinos nos tiraban huevos. Una noche que vino Romay a cenar, estuvieron a punto de darle.

Otra vez vino un señor que tenía una tienda enfrente de nosotros. Pidió algo en la barra y, aunque no trabajamos barra, le servimos. Pero empezó luego a quejarse y a armar jaleo con las sillas, diciendo que este bar no debería estar aquí. Tuvimos que pedirle que se fuera. Con los años terminó siendo un gran amigo nuestro.

Al principio, los vecinos entraban y pedían bebidas en la barra, aún sabiendo que no servíamos barra. A algunos le poníamos algo, pero al conjunto de la gente, no.

Algunas cosas del restaurante supongo que les gustaría. Recuerdo que una vez tuvimos una boda de gitanos. Estaba La Chunga y había gente de televisión. Fue una boda por todo lo alto. Los invitados traían bolsas de almendras para tirarlas, como es costumbre gitana. Los chicos del barrio vinieron a recoger las almendras y eso les gustó.

Llegó un momento en el que, después de los enfrentamientos directos con los vecinos, decidí invitarlos a todos a un asado. Julio no lo entendía, pero yo pensé que era lo mejor. Con el asado y el equipo de fútbol que organicé con los chicos del barrio, ya fueron dejándonos en paz y quejándose menos por la música.



Racing de Argentina, año 1982.

Con el tiempo me fui haciendo con la gente del barrio. Uno de ellos, un chico llamado Maxi, vino una vez a buscar trabajo. Cuando se lo di, la gente me avisó y me dijo que me había equivocado. Maxi tenía un pasado un poco turbio, me dijeron que andaba en asuntos de bandas de barrio. Pero yo me negué a despedirlo, porque preferí darle una oportunidad. Al final, fue una maravilla de chico, atendiendo a la gente, trabajando... El tiempo que estuvo aquí, respondió muy bien. Un tiempo después falleció en un accidente de moto. Fue un chico buenísimo.

Los primeros años del local

Habíamos llegado a un acuerdo con un argentino para poner una peña en el sótano. Pero tuvimos diferencias y acabó discutiendo con Julio. Como habíamos estado casi ocho meses de obras, se enfadó por la tardanza.

El argentino había sido un bailarín de tangos muy famoso pero un accidente de coche acabó con su carrera, y, lo

que fue aún peor, con la vida de su mujer. Tenía un hijo fruto de ese matrimonio, al que trataba muy mal. Se rumoreaba que el hombre nunca se había recuperado del accidente y que estaba desequilibrado desde entonces.

Desde un principio a mí no me había gustado ese proyecto. Era la primera vez que teníamos nuestro propio negocio y le dije a Julio que éste local debía ser sólo para nosotros y para nadie más.

El día que se peleó con Julio estaba colocada hasta la alfombra de las escaleras que bajaban al sótano. Ese día el argentino sacó todas las cosas que había instalado en el sótano: taburetes, una barra pequeñita, mesas... y las colocó en la terraza. Mandó a su hijo por un barril de gasolina para prenderles fuego. Yo le dije:

—Si las quieres prender, las prendes en la calle. Pero aquí no.

Julio quería pelearse con él y yo quería mantenerlo alejado. Aprovechando un descuido en el que se metió en su despacho, lo encerré con llave. Al final, el argentino sacó todas sus pertenencias del local, vino con una camioneta y se las llevó. La parte de abajo quedó desde entonces como bodega.



Los inicios del Viejo Almacén de Buenos Aires.



El Viejo Almacén de Buenos Aires.

El Viejo Almacén en los años ochenta

A pesar de todos los problemas, este negocio funcionó bien desde el principio. Julio envió cinco mil cartas en un período en el que no se usaba el ordenador. Ya éramos conocidos en El Cafetín y fue fácil mantener los clientes.

Los primeros años no sólo la gente venía por la noche sino que también lo hacían al mediodía. El tipo de clientela era diferente del mediodía a la cena. Al mediodía venía mucha gente de la clínica Puerta de Hierro. Aún así había gente que venía a mediodía a comer, y cuando venían los chicos a montar los comedores se pasaban de un comedor a otro y se quedaban hasta la noche. Recuerdo en concreto un grupo de pilotos canarios que solían venir a menudo. Comían y se quedaban charlando hasta la noche.

En aquella época no había carne argentina. Se vendía mucho chuletón, parrillada..., carne española únicamente. Alguna vez al mediodía venía tanta gente que tenía que llamar

corriendo al carnicero para pedir que me enviara carne, porque los comedores estaban llenos. Había veces que no nos daba tiempo a comer.

Por la noche cerrábamos muy tarde. Teníamos camareros que cantaban y tocaban la guitarra. Había grupos de gente que venían a cenar y se quedaban luego de tertulia. La mayoría de los días, Julio y yo nos acostábamos a las cinco de la madrugada. Por la mañana, a las nueve teníamos que estar aquí. Vivíamos aquí permanentemente. Cuando empezamos, nos planteamos habilitar la parte de arriba como vivienda. Pero, por suerte, no lo hicimos. Al final hicimos un despacho y mi marido se pasaba la vida ahí. Escribía a Argentina, mandaba cartas, y empezó a llenar el local de fotos y de recuerdos.

Por aquí ha pasado mucha gente, hasta el presidente Calvo Sotelo. Aquí sonrió y salió un artículo comentándolo en el periódico ABC. Antes de que el entrara, vino su equipo de seguridad. Revisaron el local, estudiaron las salidas que había y se informaron de quién trabajaba aquí... Y cuando llegó y salimos con el presidente a la terraza, nos siguieron todos los guardaespaldas.

También venía mucho Ordóñez, sólo para hablar con Julio. Hablaban de política, de Argentina, de cultura. A Julio le gustaba mucho leer y se informaba de todo. Era un gran conversador.

Durante los ochenta vinieron muchos políticos, artistas, actores, famosos en general. Era un lugar que se puso muy de moda en esa época. Hoy veinte años después es un gran mérito haber continuado y habernos adaptado a los cambios y la demanda. Tenemos cientos de fotos con todos nuestros visitantes ilustres.

En esa década teníamos un humorista que hacía chistes de política, se llamaba Bocha. De vez en cuando Julio también se ponía con él a contar chistes. Cuando los dos se juntaban, la gente no paraba de reírse. Julio tenía un don especial para las relaciones públicas. Lo he dicho ya varias veces y no me cansaré de repetirlo. Sabía contar los chistes adecuados. Sabía

tener los detalles adecuados. Invitaba siempre con un licor, Parfait amour a las señoras. Mandó grabar en algunos cubiertos el nombre de los clientes más cercanos y cuando venían, se los sacaba. A la gente le gustaba este tipo de detalles. Era excelente para el negocio a pesar de que empezó ya entrado en años en la hostelería.

Cuando nos quedábamos aquí hasta las tantas de la mañana, guitarreábamos, cantábamos, y la gente no se iba. Fue una época muy linda. Teníamos camareros que salían de la cocina cantando, el Chango Galván era el que más éxito tenía. Echo un poco de menos esa época. Había más sabor. Recuerdo un día que la juerga se prolongó tanto que se fueron todos los clientes a las diez de la mañana, borrachos por supuesto.

Venía mucha gente del mundo del espectáculo. Y se grabaron muchos programas y escenas de películas: hemos salido en el programa 300 millones; también filmaron aquí una película finlandesa, una coproducción hispano finlandesa; una coproducción hispano argentina llamada *No dejaré que me quieras*; un vídeo de Diango, una serie de Antena 3 llamada *El Buscavidas*; la película *El último tango en Madrid* de Carlos Tena; y *La isla del tesoro*.



Interior del Viejo Almacén de Buenos Aires.

Es increíble, para rodar por ejemplo, diez minutos, el despliegue que hacen es importantísimo. El año pasado montaron una carpa para ochenta personas para estar dos días rodando. Afuera había un camión de comida.

También tenemos una colección de una enciclopedia que se llama Grandes Ciudades del Mundo y aparecen fotos nuestras en el capítulo dedicado a Buenos Aires. Aparecemos Julio y yo en la fachada de El Viejo Almacén, fotos y comentarios de la ciudad.

Y en cuanto a los visitantes, han pasado muchos del mundo del espectáculo y de la cultura, desde Rafael Alberti, Luis Aguilé, Victoria Abril, Almodóvar, Alberto Cortés, Aute, Alberto Closas, Sabina, Víctor Manuel y Ana Belén... Gente de la política como el ex ministro socialista Vargas, Joaquín Leguina, Ruiz Gallardón...; deportistas como Fernando Romay, Redondo, Valdano, Di Stefano...; periodistas... Hasta El Lute ha pasado por aquí.

Una revista japonesa seleccionó los tres sitios mejores en el mundo para escuchar tango fuera de Argentina, y uno era La milonga en Nueva York, otro en París, y el nuestro, El viejo Almacén de Buenos Aires en Madrid. Los otros dos están cerrados.

Sobre todo pasaba mucha gente cuando abríamos la terraza.

Antes, todos los años hacíamos una fiesta para inaugurar la terraza. Julio reunía a los clientes más asiduos. Convocaba una reunión para la gente más amiga. Nos reuníamos unas ochenta personas y hacíamos un asado. Venían músicos, a veces pagados, a veces amigos. Y estábamos todos muy a gusto.

Cuando César se hizo cargo del negocio, dijo: "Todo el que viene es cliente". Así que durante esas inauguraciones, el año que menos gente vino fueron unas cuatrocientas personas.

El tumulto de esa inauguración me hace recordar el de una convocatoria del Ayuntamiento. El ayuntamiento de este barrio, de Peña Chica, es el de Tetuán. Un año convocó una



La terraza.

fiesta en la que los restaurantes más famosos de Madrid teníamos que presentar un plato, la especialidad. Y nosotros llevamos un cordero asado a la cruz, con la cruz y con todo. Yo lo tenía que cortar allí. Era al aire libre y había muchísima gente. Pero, cuando salí con el cordero, fueron tantos los que me rodearon que me asusté. Cuando lo vieron, se me echaron encima. Tiré de un trozo, tiré de otro y se repartieron el cordero como pudieron.

Hay clientes que han seguido la trayectoria del local. La familia Plaza, Lázaro y Pilar, son clientes y amigos nuestros desde hace más de veinte años. Ellos nos visitan todos los meses. Han vivido toda la historia y evolución del Viejo Almacén. Conocieron a César con nueve años.

En los años ochenta la gente que venía era más alegre, con más ganas de vivir. Lo que le gustaba mucho a ese tipo de cliente era el ambiente. Nos quedábamos hasta las tantas guitarreando, todo el mundo participaba.

Durante los noventa y en la actualidad ha venido mucha juventud, se han celebrado cumpleaños, despedidas de

soltero... Antes la gente que llegaba aparcaba donde podía. Solían hacerlo en un campo de fútbol que había aquí al lado, o en las calles cercanas, donde pudieran. Ahora tenemos la suerte de tener un campo enfrente que utilizamos como aparcamiento. Por entonces nosotros trabajábamos mucho aquí, trabajábamos y disfrutábamos. Nos dábamos cuenta de que el negocio prosperaba. Ya llevamos veinticinco años y si hemos permanecido por algo será. Algunas veces salgo al comedor y me siento. Observo cómo disfrutan los clientes y lo bien que discurre todo. Me quedo muy satisfecha, porque esto lo creamos Julio y yo, los dos juntos. Y después, por suerte, mi hijo César quiso seguir con el negocio.

Julio en Madrid

Hoy hace menos calor que otras veces. Para mí dentro de poco empezarán mis vacaciones. Durante un mes me quedaré aletargado reponiendo las nuevas fuerzas para el invierno y, sobre todo, la Navidad. Hoy la escritora se ha sentado frente de América y le ha preguntado sobre los pequeños detalles de Julio, cómo era en su vida cotidiana. Mientras remueve su café con la cucharilla, América le habla de él, de Julio, del hombre que me descubrió y me transformó, casi mi padre, del hombre que se metía durante horas y horas en la habitación de arriba donde guardo los pensamientos.

Julio se conocía todos los rincones de Madrid, habidos y por haber. Decía que para conocer una ciudad había que patearla. Y cuando volvía de recorrerse las calles siempre se cogía un taxi y se dejaba allí las gafas. Algunos taxistas se las traían, otros no. Éramos clientes de una óptica de Francos Rodríguez. Llevaba el negocio una señora gallega y siempre tenía dos o tres pares preparados para mi marido. Una de las veces que volvimos a Buenos Aires se llevó dos pares de



Julio y César.

gafas y las perdió. Su cuñado, Hugo, le prestó otro par y lo perdió. Se volvió sin gafas. Yo a veces cojo algún taxi y el taxista aún se acuerda de Julio. Él no tenía coche y decía que tenía a su disposición los miles de taxis que hay en Madrid.

Él era muy argentino, sentía el país, el acento, las costumbres. Decía que quería ir a Polonia a conocerla. Siempre tuvimos en mente viajar a Polonia pero nunca lo hicimos.

Las costumbres argentinas son más o menos iguales que las nuestras. En realidad las costumbres son pequeños actos cotidianos que se repiten: alimentación, horario, (allí no se come ni se cena tan tarde, pero tampoco tan pronto como países europeos).

Quizá lo que destaca del carácter argentino es lo ventajoso que es. Sacan provecho de todo, unos con mala fe y otras con buena. Por ejemplo, practicando deporte a César le dicen que es muy argentino, porque trata de sacar ventaja, no es hacer trampa, sino sacar ventaja. También es muy diferente el carácter del porteño con el argentino del interior. El argentino se resigna ante la política.

Una vez Julio tenía un problema con un proveedor. Éste le mandó la factura y Julio le devolvió la factura con un supositorio.

Era un hombre muy ingenioso y venía de una gran ciudad. Eso chocaba, porque entonces la gente emigraba a otros países pero no volvía. Recuerdo que puso un anuncio en un periódico y hubo un periodista que hizo un artículo sobre ese anuncio. El periodista decía que era muy ingenioso. Vivíamos entonces en Asturias y yo estaba embarazada. La gente que encontrábamos quería tener libre el jueves, el sábado y el domingo por la tarde, y eran justamente los días de más trabajo. Y un día puso un anuncio en un periódico diciendo que buscaba una chica para trabajar. Apareció una que no tenía buen aspecto, a mi madre no le gustó, de modo que no la cogí. Pero Julio se enfadó porque le había costado encontrar a alguien que aceptara las condiciones de trabajo. Yo, que estaba limpiando pollos, acabé discutiendo con él y tirándole un pollo a la cabeza.

Salía a caminar por Madrid, se la conocía al dedillo. Entraba en un comercio y a lo mejor no compraba nada, pero sacaba su tarjeta y era raro que no vinieran. Dejaba tarjetas del restaurante en los taxis para que las encontraría el próximo viajero.

Nunca llevaba dinero. Siempre entraba en el restaurante y decía: “Que salga alguien a pagar el taxi.” Siempre le tocaba a César hacerlo, que aún era un niño. César se pensaba que el taxista se iba a enfadar y que iba a pensar que no quería pagarle o iba a escaparse.

A Manolo, el jardinero, le pedía dinero. Luego Manolo me lo pedía a mí. A Manolo le gustaba que se lo pidiera, porque se sentía poderoso. Siempre traía dinero para dárselo. Pero yo reñía a Julio aunque al día siguiente volvía a hacer lo mismo. Yo siempre le preguntaba por qué le pedía dinero prestado a Manolo. Mi hijo César tiene la misma costumbre, nunca lleva dinero.

Fumaba y tampoco llevaba tabaco.

Julio era muy bueno para las relaciones públicas. Traía gente de cualquier parte. Tenía una gran capacidad para las relaciones públicas. Se pateaba Madrid entero caminando, le encantaba caminar. Se iba metiendo en los pequeños negocios que encontraba.

Compraba muchísimas cosas y las escondía arriba para que yo no las viera: cajas de vino, artilugios extraños... Compraba y compraba. Llegó un momento en el que en el sótano no se podía entrar. Todavía nos quedan vinos comprados por él. Todo el dinero que le daba para comprar género, se lo gastaba en vinos o en objetos curiosos para el negocio. Luego puso un anuncio sobre unos vinos y se los compraron en Barcelona y en Zamora. Recuerdo que se fue con César a Zamora un día sólo a vender dos cajas de vino. La verdad es que fueron muy rentables. Teníamos una bodega muy completa. En uno de los armarios estaba toda la bebida blanca, el resto estaba en la bodega.

Una vez, volviendo de Asturias hace unos veinte años, paramos en Valladolid y allí quería comprar de todo. Se encaprichó con unas botellas de Vega Sicilia que en aquellos años costaba ocho mil pesetas. No las compró porque pensaba que yo iba a chillar. Cuando ya salía de la tienda, yo retrocedí y las compré.

En realidad sentía placer pero no por el hecho de poseer, sino más bien por el de buscar y encontrar. Iba por los almacenes viejos del centro, y toda botella vieja que veía, la compraba. Lo compraba todo.

Cuando Julio murió, la bodega no se fue regenerando. A principios de los noventa hubo una crisis económica, y no puedes tener, como ocurría en los ochenta, dos o tres millones de pesetas invertido en vino.

También hace años la gente miraba mucho las cosechas. Ahora ha cambiado, y aquí se vende más o menos lo mismo, de un precio determinado, pero lo que es bebidas caras, cada vez se consume menos. Los ochenta eran tiempos en los que la gente se quedaba a tomar copas. No era sólo el aspecto económico sino también el disfrutar.

Anécdotas sobre él hay muchas. Una vez vino un chico nuevo y a los dos días de estar trabajando, le dijo:

—Don Julio, que dice mi padre que cuánto me va a pagar, que llevo trabajando aquí dos días y usted no me ha pagado nada.

Y Julio le contestó:

—¿Y cuánto me vas a pagar tú por enseñarte?

Fue contable en un equipo de fútbol en Argentina, de Atlanta. También era contable de un negocio español, llamado López y López. A él le gustaba el jazz de los años veinte. Un día en Argentina, me dijo: “Te voy a llevar a un lugar donde yo he trabajado de contable.” Fuimos a un local situado en un sótano, y nada más entrar empezaron a agarrarlo mujeres y yo les dije: “Un momentito, que yo vengo con él.”

Salimos de allí a las cuatro de la mañana y me propuso coger un autobús para las carreras de la plata. Eran casi doscientos kilómetros. Yo al principio le dije que estaba loco, pero acabamos tomando un autobús, llegamos a la catedral y desayunamos. Un lustrabotas nos dio un nombre. Nos fuimos a Vernal, luego comimos y terminamos en las carreras. Cuando llegamos allí, se fijó en un caballo que se llamaba Español y quiso apostar por él. Apostó por el español y por el que nos dijo el lustrabotas. Luego nos enteramos que el caballo no se llamaba Español, sino Espadón. Y ganó.

Tomamos el tren para volver, y llegamos a las cinco de la tarde a Buenos Aires. Era así, le gustaba improvisar.

También le gustaba mucho ver escaparates. Una vez compró tantos objetos que llegó a decirme: “Compré todo Buenos Aires”. A mí me tenía aburrida. Cuando estábamos ya aquí, alguna vez me decía: “Ahora dentro de un rato va a venir un camión de El Corte Inglés y va a traer una cosa de cada.” Y no entendía que yo entrara en el Corte Inglés y que no comprara nada.

Era consumista pero no para él, sino para el negocio, para otros. No llevaba reloj, ni cadena, ni complementos... Lo único cartera. Siempre venía con algún producto raro:

un licor nuevo, un vaso distinto... Mi hijo César ha heredado la misma afición, porque también le encanta mirar escapates. De hecho, sus amigos, cuando necesitan algo, le llaman a él para preguntarle dónde pueden encontrar un objeto un tanto inusual.

Una vez Julio le preguntó a un cliente: “¿Qué va a beber?” “Cualquier cosa”, respondió. “No tenemos”, le contestó Julio. A los pocos días, Julio salió a la calle y volvió con un licor llamado Cualquercosa. No sabemos si el cliente lo conocía, pero mi marido trajo la botella por si acaso.

Una vez llamó una señora para hacer una reserva y preguntó cuántos tenedores tenía el restaurante. Es una clasificación muy obsoleta, y le respondió: “Mire, señora, no los he contado, pero unos doscientos.”

Cuando cerrábamos por vacaciones ponía un cartel en la puerta donde escribía: “Cerrado por vacaciones, visite los otros buenos restaurantes argentinos en Madrid.”

Con los otros restaurantes argentinos nos llevábamos bien. Julio no los consideraba competencia. El dueño del Locro, César Neyra, un famoso restaurante argentino, era muy amigo nuestro. Nos solía decir: “Os admiro por lo que habéis hecho aquí.”

Julio dijo que Fernando de la Rúa sería presidente argentino veinte años antes de que lo eligieran. Fernando de la Rúa fue elegido presidente, en 2001.

Cuando César se hizo cargo del Viejo Almacén

Cuando César me dijo que quería llevar el negocio, yo no estaba de acuerdo porque sé lo sacrificado que es. Era un chico muy joven, tenía diecinueve años cuando murió su padre. Él ya había trabajado aquí, porque yo le obligaba. En

las vacaciones venía a ayudar. A él le daba vergüenza porque era muy tímido, pero servir mesas le hizo adquirir soltura con el público. Uno de los camareros me dijo una vez: “Yo no sé por qué pone a su hijo a trabajar, si no lo necesita”. Yo le contesté: “Lo pongo a trabajar para que sepa lo sacrificado que es, no por el dinero.” Para mí era parte de su educación. En verano, él se iba a Inglaterra a estudiar un mes. El otro mes venía a trabajar aquí. No todos los días, algunos fines de semana o algún día entre semana, lo suficiente para empezar a tener pequeñas responsabilidades. Cuando murió el padre, César ya sabía lo sacrificado que era, conocía el trabajo. Aún así, yo no quería que siguiera con esto aunque me dolía deshacerme del negocio. Hasta ese momento, él había querido estudiar Veterinaria. Y yo quería que lo hiciera. Al final, le pedí que terminara la secundaria y el COU, porque si alguna vez se arrepentía, podría seguir estudiando. Buscó una escuela de hostelería. Le dieron plaza en la de Majadahonda donde estudió tres años. Supongo que habrá aprendido algo, pero los conocimientos más importantes los adquirió aquí, en este local y con la práctica.

Desde el momento en el que se hizo cargo de esto, llevó el negocio muy bien. Yo pensaba que al ser un chico joven se iba a cansar pronto, pero no fue así. Poco a poco yo también fui delegando. Yo, por ejemplo, hago las compras de cocina, pero los demás asuntos los lleva él. Los asuntos importantes me los consulta, los otros no. Es, sobre todo, un buen hijo, y muy responsable.

Yo vivo con una prima que está muy viejita, Josefa, y que adora a César. A veces pierdo la paciencia con ella y César me recomienda que tenga paciencia. Ella adora a César porque lo cuidó durante mucho tiempo, y si éste llega a casa y no le da un beso, se enfada.

Nunca lo quise tener bajo mis faldas. Fue a al colegio Puerta de Hierro y hasta los ocho años los niños no iban al campamento. Yo estaba deseando que cumpliera esa edad para que fuera al campamento, para que no estuviera

siempre alrededor de nosotros. Cuando a los catorce años, lo envié solo a Inglaterra, el padre casi me come. Yo nunca lo quise tener atado.

Un día me dijo que se quería ir a vivir solo y a mí no me pareció correcto. Me costó mucho hacerme la idea. Al final, lo acepté porque era yo misma la que había fomentado la independencia. Yo le dije: “Te vas con todas consecuencias. Te lavas la ropa, te la planchas...”

Cuando César se hizo cargo del negocio, poco a poco empezó a realizar pequeños cambios. Adaptó el negocio a los tiempos nuevos y supo dar su toque personal. Respetó siempre los orígenes y principios del negocio que años antes fundamos Julio y yo.

Los otros locales de César

A César le gustaba el trabajo, crear, innovar y pensó en poner otro negocio. Yo le dije que le ayudaría a arrancar, pero luego tendría que salir él adelante. Puso dos negocios más, uno de ellos en la calle Caracas. Era un restaurante argentino también y se llamaba también El Viejo Almacén. El local estuvo funcionando casi cuatro años. César se ocupó de todo el montaje; sufrió la obra que duró tres meses; se encargó de toda la compra de material, vajilla, maquinaria, publicidad, contratar el personal y formarlo...

El comienzo fue duro, pero después de un tiempo el restaurante comenzó a funcionar muy bien. Al mediodía estaba siempre lleno de gente de oficinas de la zona, venían mucho de CC OO. Iba Antonio Gutiérrez casi todos los días, también Fidalgo, su sucesor. Era un local muy lindo, pero muy diferente a El Viejo Almacén de la calle Villaamil. Un día me dijo que quería poner un tercer restaurante.

Consiguió un local enfrente del Banco de España, en la calle Marqués de Cubas. Montó un restaurante que no tenía

nada que ver con este. Era un restaurante de comida americana (hamburguesas, ensaladas, quesadillas, aros de cebolla...etc.). Lo llamó Alien Prision. La intención era vender franquicias con el tiempo, era un restaurante de los denominados temáticos. Contrató a decoradores y expertos en efectos especiales del mundo del cine. Creó una prisión alienígena con aliens enjaulados y efectos especiales (ruidos, sirenas, máquinas de humo...). Había música, los camareros trabajaban con máscaras y monos de paracaidismo personalizados. La vajilla estaba hecha de acero como en las cárceles. Los camareros servían bebidas en tubos de ensayo y simulaban secuestrar a algunos clientes, y luego los encerraban en las jaulas.

Estuvo buscando durante mucho tiempo el mobiliario. Me acuerdo que quería unas mesas altas para la barra y que eran bastante caras. Buscando encontró bidones de gasolina que le costaron baratísimos y los decoró y personalizó. Lo hizo todo de forma muy creativa. El restaurante quedó impresionante. Su inauguración coincidió con el estreno de la película Alien Resurrección. César se movió muchísimo, hizo mucha publicidad, intervino en varios programas de radio y consiguió que el día de la inauguración se desplazaran algunas unidades móviles de la radio para transmitir desde el local.

Cuando empezó a buscar personal, se fue a Telemadrid a un programa que hay para buscar empleo. Salió en el programa pidiendo camareros y el día fijado para entrevistarlos vinieron ¡¡Más de cuatrocientas personas!!

Este restaurante era una creación de César. Cuando lo cerró, tengo que reconocer que me dolió. Lo hizo porque tuvo muchos problemas con el personal. Terminó sustituyendo al cocinero y al mismo tiempo llevando los otros dos restaurantes.

Siempre había lista de espera para cenar... Tuvo mucho éxito pero a la vez le produjo mucha tensión. El día que se deshizo del local, lo traspasó incluso con comida. Dejó todo dentro.

Era imposible llevar los tres locales. Tenía veinticinco años. Venía a casa tardísimo y tenía pesadillas. Se levantaba temprano y volvía a las tres o cuatro de la mañana..

César decidió dejar todo incluido el restaurante de la calle Caracas, no tenía vida, no vivía como un chico de su edad.

Mientras tanto, unas personas compraron el local de al lado en la calle Caracas, y preguntaron a César sobre la dificultad para obtener las licencia y los trámites para conseguirlos. César les ofreció el local y un año después de dejar Alien pudo vender Caracas. Todo esto le dio muchas tablas, experiencia y sobre todo le enseñó a saber qué es lo que quiere en la vida y a elegir el modo de vida y lo que está dispuesto a sacrificar.

El cajero

Julio solía ir al Barclays y veía entrar a un chico joven muy trajeado que llevaba siempre el dinero de un negocio. Indagó quién era y se enteró que trabajaba en un supermercado. Julio habló con él y lo trajo de cajero.

César, que era pequeño, decía: “Papá, te está robando”. Yo le repetía lo mismo.

Estuvo trabajando aquí ocho años. Cuando murió Julio, César seguía convencido de que robaba, hasta que descubrió cómo lo hacía.

Había robado dos millones seiscientas mil pesetas sólo desde la muerte de Julio. Llegamos a un acuerdo con él, le tuvimos que dar una indemnización por despedirlo y encima se fue al paro. Además de eso intentó chantajearnos. Una de las camareras era su novia. Cuando lo echamos, ella vino y me dijo que nosotros estábamos equivocados, que él no tenía dinero, que Julio había sido un padre para él, y que sólo queríamos deshacernos de él.

Muchas veces nos había llevado a Julio y a mí por la noche a casa. Y Julio le solía decir: “Vamos en el coche de

la empresa, porque este coche está comprado con el dinero de la empresa”. Y él ni se ofendía. Él era muy frío, algo increíble. Era capaz de darte una buena puñalada y siempre muy protegido. Mientras estuvo con nosotros, tuvo un accidente y le escayolaron la pierna. Le dieron la baja, pero él se presentaba aquí con sus muletas a la hora de trabajar. Nos decía: “¿Qué voy a hacer en casa?” En realidad esa dedicación al trabajo era porque sabía que el día que no trabajaba no sacaba el dinero y podía ser descubierto. Venía a mangar. Ni los bancos ni el asesor entendieron cómo César pudo descubrir que el robo procedía de las tarjetas. Recuerdo que César se quedaba por la noche a rebuscar y a rebuscar y una de esas noches me llamó por teléfono y me dijo: “Ya lo tengo, mamá”. De lo robado los otros años no revisó nada.

El día que se fue le preguntó al abogado: “¿Me puedo quedar a trabajar hoy?” Y el abogado contestó: “No, se tiene que ir ahora mismo”. Le dieron un papel y él dijo que no firmaba nada. Se fue a Comisiones Obreras y volvió muy manso. Al final firmó.

No sabemos qué es de la vida de él. Esa sí fue el comienzo de una nueva etapa para César. De un día para otro tras la muerte de su padre y el despido de este encargado, César pasó de repente a ser quien con diecinueve años dirigía el restaurante. Fue muy duro para él, sobre todo al principio, pero poco a poco empezó a hacerse con el negocio y a hacerlo a su manera. Cambió algunas costumbres y se tuvo que hacer valer ante los empleados, que hasta hacía poco tiempo lo veían como el hijo de los dueños.

La convivencia

César es muy buen chico, siempre he tratado de hacerle ver la realidad de la vida. Toda la vida le ha gustado el deporte y yo siempre le apoyé. Yo pensaba que mientras se dedicaba

al deporte, no estaba en otras historias. Incluso organicé un equipo de fútbol aquí en el barrio. Eran chicos desde diez hasta los catorce años. Yo me iba a pelear con ellos a los campos de fútbol. Se llamó Rancing de Argentina. Cuando Julio enfermó, yo pedí ayuda a los padres de los chicos del barrio para que me ayudaran a que el equipo no muriera. Pero ninguno se ocupó y lo tuve que dejar.

Yo siempre le apoyé en el deporte, porque este barrio era tremendo, había muchísima droga. César jugó en Redislogar Cotransa equipo de división de honor, en el juvenil y el filial, también en la selección de Madrid. Sigue jugando a fútbol sala, se ha sacado el título de entrenador nacional de fútbol sala. Lo hace fuera del tiempo de su trabajo, de sus obligaciones.

Yo vivo en mi casa con mi prima Josefa y mi hermana Violeta. Violeta tuvo un problema de salud. Se le complicó con un trombo en una pierna. Al final le tuvieron que amputar la pierna. Desde entonces vive con nosotros.

Al salir mi hermana del hospital coincidió con la enfermedad de Julio. Mi hermana también estaba muy mal. Cuando yo llegaba a casa, me deprimía. Veía la silla de ruedas, las muletas... Y lo que era peor: a mis seres queridos enfermos. Mi hermana no podía subir al piso de arriba. Julio tenía que estar siempre tumbado y ella estaba convaleciente. Yo sentía mucha pena por los dos.

En uno de mis viajes a Asturias a principio de los ochenta mi hermana me pidió que le buscara trabajo a Josefa, nuestra prima porque se había peleado con su marido. Cuando volví a Madrid, me olvidé del tema pero ella me llamó a los pocos días. Le conté a Julio lo que pasaba, que Josefa se había peleado con el marido y que quería venir a Madrid. "Dile que se venga unos días," me contestó Julio, "ya vendrá él a buscarla." Se vino, de eso hace veintiún años y él aún no ha venido a buscarla. La verdad es que la quiero muchísimo, la quiero como si fuera mi hermana. Ha cuidado a César desde que era pequeño y se quieren con locura.

La muerte de Julio

A Julio lo mató un médico. Julio empezó a sentir un dolor en la pierna. Visitó a un médico que alguien le recomendó. Éste le diagnosticó que tenía una piedra en el uréter y que había que sacársela. Dijo que no hacía falta operación, que con una endoscopia se la sacarían.

Le ingresaron en la clínica Tambre. El médico intentó sacar la piedra y no pudo, le abrió para sacarle y le cortó el uréter. Fue horrible, estaba en la cama, perdía orina por el orificio, no se cerraba. Así estuvo días y días y aquello era un calvario. Un buen día el médico dijo que eso no se cerraba y que había que operar. Lo hizo de noche y le sacó un riñón sano, como luego nos confirmaron otros médicos. Después de la operación, Julio estaba peor. Estaba hecho polvo.

En la clínica Tambre incluso había un matrimonio que habían llegado de Andalucía porque el marido tenía que operarse. Vieron tantos hechos extraños que en el último momento decidieron que no se llevaría a cabo la operación.

Logré ponerme en contacto con un amigo en Argentina que conocía a un médico. El doctor Pérez Castro y el doctor Miras vinieron a ver a Julio y, cuando lo vieron, Pérez Castro dijo: “Hay que sacarlo de aquí ahora mismo”.

Llamamos a una ambulancia y en la clínica no me querían dejar sacar a Julio porque decían que tenía que pagar una factura. Yo les dije que la estaba pagando a plazos. Aún me quedaba el último plazo, pero no lo aboné nunca. Llegó a la clínica Loreto, y lo primero que se decidió fue que había que hacerle una transfusión de sangre. Pero su grupo sanguíneo era muy poco frecuente y no había sangre para él. Se hizo un llamamiento por radio y a las ocho de la noche apareció gente ofreciéndose para donar sangre. Gente que no sé ni quiénes son. Me acuerdo de una pareja que vino. Me contaron que acababan de salir del trabajo cuando escucharon la radio, y no se dijeron nada, vinieron directamente

al hospital. También vino gente de la comunidad judía. Nunca volví a saber nada de ellos ni de las otras personas que donaron sangre para Julio, pero siempre les estaré agradecidísima.

Con los años y después de muchas operaciones, no se pudo evitar su muerte.

Lo pasé muy mal después de su muerte. Yo lo pasé mal y César también. Y ocurrió algo extraño. Era como si el local se quejara de algo. Después de la muerte de Julio empezaron a ocurrir pequeños hechos insólitos, las cosas no funcionaban bien. Los electrodomésticos se estropeaban con frecuencia, todo se rompía, había cuadros que se caían... Se lo comenté a los vecinos y me dijeron que encargarían una misa por Julio. Él no había ido nunca a misa porque era judío. Los vecinos encargaron una misa por él, y a partir de ahí, no sé si fue coincidencia o qué, todo empezó a funcionar como siempre.

Cómo reaccionó el barrio ante la expropiación

Hace doce años en el barrio empezaron las expropiaciones. Estoy hablando de 1990 aproximadamente. Estaba edificado con casitas bajas pero sus habitantes no se querían ir de aquí. Quisieron crear un estado independiente llamado Cerro Belmonte. Diseñaron una bandera y la izaron en mitad del barrio, decían que querían acuñar moneda propia y pidieron asilo político a Cuba. Viajaron hasta allí e incluso los recibió Fidel Castro. Cortaron la calle por arriba y por abajo, desde las ocho de la mañana hasta las diez de la noche. Creíamos que iba a perjudicar el negocio, pero la gente seguía viniendo, dejaba los coches ante la calle cortada y

llegaba. Incluso un día los vecinos organizaron un concierto punky a la puerta del local y la audiencia era bastante peculiar. Pero nuestros clientes siguieron viniendo. Algunas veces no les dejaron pasar.

Yo no me presté a esas movidas, y empezaron a hacerme todo el daño que pudieron. Aquí, al local, venían con palos, impedían que la gente pasara. Querían que yo saliera a protestar con el resto de los vecinos. Yo les dije que no me importaba protestar, pero que no estaba de acuerdo con el circo que estaban montando. No me parecía nada serio, daba la sensación de que vivían en una juerga continua. Corrían las cajas de cervezas. Había un bar aquí al lado y en la vida vendió tantas cervezas como entonces. Debajo del puente que hay a la entrada, había un campo de fútbol. Levantaron ahí una tienda de campaña y se llenó de gente rarísima. Empezaron a venir las televisiones locales, muchas de ellas quisieron entrevistarme pero yo me negué. Solamente hice una para una televisión catalana, pero fui muy comedida porque pensé que si la entrevista salía en la radio, igual me linchaban.

Los primeros que lucharon para que no les echaran del barrio fueron los primeros en irse, y además contentos porque les daban un piso en la zona.

Nunca supimos cómo comenzó esta historia. Creo que había una abogada que tenía un terreno en este barrio y se cuenta que fue ella quien la promovió. Y de repente, un día, de la noche a la mañana se acabó todo.

Enfrente del restaurante, hay un terreno muy pequeño donde vivían cinco familias en casas bajas. Pero ellos pertenecían al distrito de Fuencarral y nosotros a Moncloa. El terreno no era de ellos. Todas las casas fueron construidas por ellos mismos durante la noche y con ladrillos robados. Allí vivían la María, la Berna y la hija de la María. Fueron trasladando a la gente poco a poco. El día que vinieron a

tirar las casas llegó la grúa y de un solo golpe las derribó todas. Un poco más abajo había unos chatarreros. Al principio era un terreno, y levantaron una tapia para separarlo de la calle. Cuando vieron que con las expropiaciones daban casa, una noche levantaron como pudieron una casa. Al final le dieron un piso a cada uno.

Debajo del puente había una mercería, la mercería de la Pili. Su hijo, Javi, trabajó en el Viejo Almacén mucho tiempo. Había una panadería, casas familiares y un bar llamado El Porrón. El barrio tenía mucha vida. Vivía mucha gente en él e incluso se celebraban fiestas en el barrio con orquesta, puestos...

Además de la vida que ha habido también está el tema de la droga. Siempre la ha habido. Agustín era el capo de la zona y era quien controlaba todo. Terminó asesinado en su casa con la cabeza destrozada con un cenicero.

Uno de los vecinos que vivían enfrente era Zacarías, estuvo trabajando muchos años aquí en el mantenimiento de la terraza después de jubilarse. Su casa la acaban de tirar. Era un hombre buenísimo. Él me contaba que cuando trabajaba se iba caminando hasta Carabanchel, no sé si porque no había transporte desde aquí a Carabanchel o por ahorrar dinero. Me contó que su patrón, él llamaba así a su jefe, le prestó el dinero para construir su casa. Él se lo pagaba con las horas extras. Me contó hasta lo que le había costado hacer la casa, una miseria.

Zacarías había trabajado hasta los domingos. Un domingo tuvo que pedir permiso para no ir al trabajo, porque todos los vecinos decían que su señora, Guadalupe, era viuda. A él nunca lo veían, salía de noche y volvía de noche. Recuerdo que cuidaba de nuestro jardín con mucho esmero. El jardín de nuestra terraza estaba lleno de rosas, pero nadie podía tocarlas. Una noche, una señora me pidió una rosa y se la di. Corté varias para otras clientes. Al día siguiente cuando Zacarías lo vio, me dijo: "Me voy". Yo le pregunté: "¿Qué pasó, Zacarías?" "Pues, que yo cuido las

rosas y luego vienen y me las cortan”. Tuvimos una conversación muy larga y le conté que había sido un compromiso, y que las rosas que yo cortaba las disfrutaba viéndolas en mi casa. Al final entró en razón y ya me dejó cortar las rosas.

También llevaba años sin hablarse con una de sus cuñadas por otro problema con las rosas. A Julio le llamaba amo, y él le respondía siempre que no era amo de nadie.

Con el tiempo vino un nieto a vivir con él, que resultó convertirse en enemigo nuestro. Casi no nos lo creíamos, después de haber estado el abuelo tantos años trabajando con nosotros.

La parte que tenemos a la espalda de nuestro local, que va desde el metro de Valdezarza hasta esta carretera, no las van a tirar. Esa parte se llama Cerro Belmonte y el Ayuntamiento está dando subvenciones para tirar las casas viejas y construir otras mejores.

Anécdotas

Sí, recuerdo bastantes anécdotas. Una vez, una empresa organizó una despedida de soltera de una de las empleadas. Todo fue muy bien, tan bien, que un grupo de gente de la empresa volvió otra noche para cenar. Después de la cena, pidieron no sé cuántas botellas de licor de manzana. Uno de ellos había estado un poco más bebido de la cuenta. A la hora de pagar, cuando vieron la cuenta, no estuvieron de acuerdo, porque no era un precio como el de la vez anterior. Se les explicó que la primera vez que habían venido, habían concertado ya un precio y un menú determinado con anterioridad. Entonces dijeron que no pagaban. Una de las chicas estaba muy nerviosa, ella decía que quería pagar, pero el que estaba más bebido dijo que no. Llamé a la policía, llegó, les expliqué lo que había ocurrido y le dijeron: “Si

usted no está conforme, primero tiene que pagar, para eso hay un libro de reclamaciones y lo puede usar.” Pero el otro siguió insistiendo en que no lo haría. La policía decidió que todos iríamos a la comisaría. Yo tuve que ir con otra persona a la comisaría de Tetuán. A nosotros nos llevaron los policías en su coche y ellos nos dijeron que nos seguirían en el suyo. Llegamos allí, nos pusimos a esperar y ellos no aparecieron. Llamaron a otra comisaría por si se habían confundido, pero no se habían presentado en ninguna. Se habían ido, nos habían dado esquinazo. La policía no les había tomado nota pero nosotros teníamos el nombre de la empresa, y el teléfono de la persona que había hecho la reserva... Estuvimos bastante tiempo esperando y uno de los policías nos dijo: “Váyanse, ya aparecerán”. Y aparecieron, ellos se encargaron de buscarlos. Pero no porque no nos pagaran, sino porque se burlaron de ellos. El dueño de la empresa vino un día a pagar aquí y nos pidió disculpas. Creo que los chicos tuvieron problemas con los policías por haberse escapado.

Pero en general hemos tenido bastante suerte, nunca hemos tenido problemas con gente borracha o gente que se haya ido sin pagar, excepto en este caso.

Respecto a los músicos, tuvimos dos intérpretes de bandoneón. Uno de ellos bebía mucho y tenía muy mal carácter. No tenía a nadie de familia. Estuvo ingresado y luego se fue a vivir a una pensión. Recuerdo que aquí le dábamos dinero para comer, hasta que la dueña de la pensión nos llamó y nos dijo que el dinero de la comida se lo gastaba en beber. Al final, lo que hicimos fue enviarles taxis para que viniera aquí a comer. Se murió y su entierro coincidió con el entierro de mi madre, estaba yo entonces en Asturias. Cuando volví, llamé a la pensión para preguntar cómo estaba, y allí me dijeron que ya había muerto solo y sin nadie, el Ayuntamiento lo había enterrado. “Aquí hay una cosa que dejó para ti”, me dijo la dueña de la pensión. Me había dejado un paraguas, unas partituras y el bandoneón.

Cuando César empezó con El Viejo

Almacén de Buenos Aires

Ya ha pasado el calor más intenso del verano. Ha pasado agosto. Septiembre ha venido caluroso, fresco, diáfano pero sin sofocos. Mis siestas suelen ser igual de prolongadas y me gusta arrullarme mientras oigo, ya no el murmullo de América, sino el murmullo de la voz de César. La biógrafa ha venido otra vez, como cada martes por la tarde después de comer, con su grabadora y su cuaderno y ha pedido que hoy hable César. César, el niño que creció entre mis paredes y mis clientes, el joven que se encargó de mí cuando Julio murió. El que tuvo que convertirse en mi otro padre cuando me quedé huérfano. El que por las mañanas se mete en la habitación de pensar a revisar mis papeles, llamar a los proveedores y por las noches se queda hasta las tantas vigilando que todo vaya bien. Oigo que cuenta lo mismo que su madre, pero de otra manera y por eso me cuenta una historia completamente distinta.

Yo tenía dieciocho años. Había estado trabajando aquí desde los quince o dieciséis. Al principio, servir una mesa me daba mucha vergüenza. Con el tiempo fui tomando tablas. Sólo ayudaba y luego fui pasando por todos los trabajos de aquí dentro: las mesas, la barra, la sala... Como mi padre murió de forma inesperada, todo lo relacionado con los papeleos lo desconocía: burocracia, bancos, relación con proveedores, derechos del trabajador, productos, trato del cliente... Y todo lo que se necesita para llevar un negocio cualquiera.

Empecé entrando en la oficina de mi padre, la que tenía arriba y me encontré perdido. Yo no sabía si iba a poder. Supongo que la necesidad y las ganas de hacerlo me hicieron descubrir cómo se lleva un negocio.

Primero tuve que conocerlo todo para controlarlo, y luego a adaptarlo a lo que yo pensaba que tendría que ser

un negocio, lo que se tenía que cambiar, no sólo los papeles sino otra forma de llevarlo. Difícil fue, sobre todo porque fue un momento muy duro. También teníamos un empleado en la caja que había sido la persona de confianza de mi padre. Los seis meses posteriores nos robó. Como me oía que nos engañaba, estuve investigando cómo lo hacía y tuvimos que prescindir de esa persona. Él siempre había marcado muy bien el territorio de su trabajo, para convertirse en alguien imprescindible en la empresa. Tuvimos que hablar con nuestros abogados y nos pudimos deshacer de él aunque llevaba ocho años con nosotros. Quizás ese fue el momento más crítico. Cuando mi padre no estaba, él continuó y yo me tenía que hacer un sitio. A mí todos me habían conocido como el niño que se había criado ahí, pero yo lo que quería es que me vieran como la persona que continuaba el negocio, y eso fue algo complicado. Cuando se fue el que nos robaba, ya no quedábamos más que mi madre y yo para continuar.

Los cambios que introduje son más o menos normales en otros lugares, pero aquí, por entonces, fueron una innovación: temas de disciplina del personal, por ejemplo. Este local en los años ochenta estaba siempre lleno, con un servicio que no ha cambiado en su concepto, pero que se ha adaptado a nuevos tiempos. No había ordenador. Informatizamos la forma de factura para evitar robos y tener un mayor control. Yo alardeo de que conozco todos los trabajos de El Viejo Almacén, excepto cantar y bailar tangos, claro. He estado en la cocina, en la barra, la sala... Sé cómo funciona toda la maquinaria de aquí... Intenté darle sobre todo mi toque personal, que en algunos aspectos es muy pequeño, pero en otros se ve con mayor claridad. He seguido la evolución de la demanda de los clientes y la he modificado después de conocerlo todo bien y sentirme seguro. También he tenido que aprender a delegar. He creado un sistema de funcionamiento sobre el que tengo control.

Prácticamente me he pasado la vida aquí. Yo no recuerdo nada de Asturias donde viví hasta los dos años. De Saconia tengo recuerdos borrosos: la guardería adonde me llevaron, luego dos chicas y una señora que me cuidaron. Sé que me escapaba de noche porque me lo cuenta mi madre. Yo me iba al restaurante descalzo y en pijama. Lo único que recuerdo es que lo hacía por miedo a estar solo en casa.

Y, por supuesto, sí que recuerdo la primera vez que llegué aquí, a El Viejo Almacén. Esto era un bar de viejos, estaban aquí reunidos alrededor de una estufa jugando a las cartas. Creo que había un futbolín. Estaba todo muy sucio.

En el barrio no nos aceptaron. Una vez que llegó mi madre en taxi me encontró rodeado de cinco o seis chicos del barrio que me estaban tirando piedras. Yo más o menos les devolvía las tiradas.

Por las mañanas yo iba al colegio, y cuando salía venía aquí a El Viejo Almacén, aquí estudiaba y a las nueve me iba a casa. Al final me hice amigo de chicos del barrio. Jugábamos al fútbol en la terraza, al escondite, a todo... Mi madre formó un equipo de fútbol. Era el equipo del restaurante. Yo recuerdo con mucho cariño esa época. Después mi padre enfermó y el equipo se tuvo que deshacer.

El equipo empezó a funcionar en 1982 y mi madre se ocupaba de comprar todo y de organizarlo. Participamos en la liga del Ayuntamiento. Veníamos a desayunar aquí dieciséis chicos. Mi madre hacía Cola cao y nos ponía galletas en invierno y nos hacía tortillas en verano. Consiguió que hubiera muy buen ambiente con la gente del barrio. Ya por las tardes, yo tampoco estaba atado al local y a mi casa, y me iba a dar vueltas en bici. En el restaurante había mucha gente o poca, pero para mí no era problema.

Pero yo era completamente ajeno al negocio, los problemas que pudiera tener el local no me afectaban. Siempre había complicaciones, empleados, la terraza llena...

Este sitio era la prolongación de mi casa. Recuerdo que las comidas familiares las hacíamos aquí, en la mesa de la

entrada. Cada uno tenía su sitio. Cuando mi padre faltó yo pasé a ocupar su lugar junto a mi madre en la mesa. Cuando volvía de Inglaterra durante las vacaciones, me venía directamente aquí con la maleta antes de pasar por casa. Era una época en la que en el barrio había muchos chicos y yo tenía bastantes amigos y conocidos en el barrio. Jugaba con amigos del barrio y también jugaba en un equipo de fútbol sala de la comunidad judía.

Amigos del equipo de fútbol no me quedan porque fue hace mucho tiempo. Hay dos o tres que se murieron por problemas de droga, uno de ellos en la cárcel. Hay gente a la que saludo pero no mantengo el contacto con ellos.

Quizá el contacto se ha ido apagando porque se fue apagando la vida del barrio. Aquí había mucha vida. Había una panadería, una tienda, una mercería... Se celebraban fiestas, había mucha gente... Tenía vida de por sí, y nosotros trajimos más vida. Pero cuando han empezado a desaparecer las casas, la vida de barrio se fue. Ahora, si alguien se acerca un lunes cuando el restaurante está cerrado, el barrio ya está muerto. Ya no hay nada, pocas casas y poca gente. Van a edificar, ampliar la carretera, remodelar la zona.

Cuando remodelen la zona, demolerán este edificio. Todas sus habitaciones con todos sus recuerdos y toda la vida de mi padre y mi madre que se ha transcurrido dentro del local. Mi madre siempre fue como es ahora, siempre estaba trabajando en la cocina y dando una buena imagen a todo el mundo. Con unos principios y una fuerza increíbles.

A mi padre lo recuerdo siempre buscando artículos nuevos para el negocio, se levantaba muy pronto y pateaba Madrid. Lo veías venir con detalles para el restaurante y para los clientes. Quizás el regalo más impresionante de mi vida sea la portería de fútbol sala que me regaló cuando yo era pequeño. Aún sigue en la terraza y la gente cuando cena en verano ve una portería al fondo y a veces pregunta o se sorprende..., yo sólo pienso en que siempre estará ahí y en lo que significó y significa.

Era muy buen relaciones públicas y a veces cogía el micrófono y empezaba a contar chistes. Recuerdo que yo no los entendía porque era pequeño, pero todo el mundo se reía y también yo sin entenderlos. Los ochenta fueron, en definitiva, unos años muy buenos. La gente venía, disfrutaba, se formaban tertulias cuando se cerraba el local... Las mesas estaban muy juntas y gente de los distintos grupos hablaban entre sí. Eran menos formales. En el servicio, por ejemplo, eran menos exigentes, venían con otra disposición. El uniforme que llevaban los camareros era la camiseta de la selección argentina o en verano una jardinera, cada camarero con un color distinto. Los camareros procedían de otros oficios. Todo eso ha ido cambiando porque los clientes ahora demandan otro tipo de servicio. La gente es más retraída y más formal... Quizá más consumista, con una actitud más frontal, sin valorar lo que aquí siempre hemos dado y es parte de nosotros, mimar al cliente, cuidarlo y en cierto punto dar mucho de nosotros mismos. A mí me gusta visitar otros sitios y a veces no entiendo por qué algunos locales están siempre llenos o por qué otros se cierran.

La experiencia da muchas tablas. Si entra alguien, ya sabes con qué actitud lo hace. Puedes darte cuenta enseguida de que se quiere quedar, o si tiene dudas posiblemente porque tiene dudas del sitio. Si tiene dudas del sitio, yo siempre le digo que está completo y que hay que llamar con una semana de antelación. Y ése es un cliente que vuelve. Algún cliente me ha llamado alguna vez y me ha preguntado si el sitio es lujoso. En esos casos, yo les digo: "Lo primero hay que saber lo que uno quiere". Le explico lo que ofrecemos. "Si quiere otra cosa, lo encontrará en otro sitio". Y si me dicen que les reserve una mesa, les contestó que no hay hasta la semana que viene. Esa gente generalmente te vuelve a llamar. La evolución del local ha sido muy buena. En los ochenta este local estaba de moda y siempre estaba lleno. En los noventa hubo unos años muy malos, entre el noventa y dos y el noventa y cinco. Luego todo se estabilizó.

En ese sentido estoy muy contento. Estoy muy orgulloso por lo que me dejaron, y también estoy muy orgulloso de haberlo podido continuar, haberlo transformado un poco y haber sido capaz de mantenerlo. Hoy en día, con la competencia y la oferta que hay es muy difícil.

Cuando yo tenía quince o catorce años, yo no valoraba todo lo que veía: la capacidad de mi padre para las relaciones públicas, la de mi madre siempre trabajando en la cocina y dando una imagen muy agradable, la de ambos para mantener siempre el negocio lleno y que todo fluyera, aparentemente sin ningún problema, porque si lo había yo no me enteraba. Yo veía a mi padre escribir con una máquina de las antiguas. Cuando era pequeño me parecía increíble la rapidez con que lo hacía. Con los años he aprendido a valorar todo lo que ellos hicieron, y sobre todo cómo. De una forma ejemplar. Aquellos que les ayudaron, como Carlos (el carnicero) con quien después de veinticinco años seguimos trabajando, fueron siempre correspondidos y siempre se les fue fiel.

Y mientras yo iba creciendo, también se iban introduciendo cambios en el local. La música también iba cambiando. Al principio había más gente espontánea, mucho exiliado político, gente que salía huyendo de Argentina por la dictadura. Yo entonces oía mucha canción protesta. De pequeño yo veía a muchos chicos melencidos con la guitarra. Luego empezó el tema del tango. Hubo una época en la que venía la tuna. Desde finales de los ochenta sólo el tango, aparte del espectáculo de la pareja de baile... A mi padre le gustaba tanto que formó una biblioteca sobre el tango. Y ya nos fuimos especializando. Cuando viene la pareja, sacan a la gente a bailar y regalamos un diploma al ganador. Repartimos las letras de los tangos que se van a cantar y la gente participa. Al que mejor canta de entre los comensales, también le regalamos un diploma. Hay gente que viene y se pone a bailar y a cantar. Se crea un ambiente muy agradable.

Los locales que abrí

Abrí otro local en la calle Caracas. Aquí ya estaba todo controlado, y me aburría. Estuve haciendo una reforma durante cuatro meses. Recuerdo y agradezco la ayuda incondicional de Eduardo Carrano un antiguo amigo de mi padre que me ayudó mucho en una época muy complicada. Al final, conseguí abrir y empezar. Al principio fue muy duro. Desde enero hasta verano fue una época más bien floja. En verano hice reformas en la decoración junto con Miguel Ángel, “El guacho de Mar del Plata”, un amigo nuestro. Lo pasamos muy bien y logramos dar al negocio un toque nuevo. Cuando tienes una idea y la materializas, te das cuenta de que hay una serie de fallos que hay que resolver y esa idea tiene que cambiar. Yo me encargué de hacer todo: la decoración, distribución, la insonorización del local... Trabajé toda la temporada de otoño e invierno y fue muy buena, luego volvió el verano, después otra temporada buena... En ese momento yo tenía veinticinco años y me pensé que era como dicen los argentinos Gardel. A mí me gusta mucho diseñar, organizar, buscar artículos, coordinar, pero luego el día a día me cuesta. Cuando vi que todo funcionaba muy bien, empecé a darle vueltas a la cabeza. Concebí la idea de hacer un restaurante temático parecido a la idea de la película *Alien*. Me puse en contacto con una empresa de efectos especiales de cine. Estuve hablando con ellos y me di cuenta de que la idea se podía materializar. Encontré un local en la calle Marqués de Cubas esquina Alcalá, cerca de Bellas Artes. Allí montamos el restaurante Alien Prisión. Era de comida americana rápida. El tema era de la película *Alien*, alienígenas. Había jaulas, extraterrestres, máquinas de humos, efectos sonoros, luces, música... Había bebidas que se servían en tubos de ensayo, con distintos sabores y colores. Las bandejas eran de acero donde se colocaban los recipientes de la comida, como en las cárceles. Los camareros trabajaban con monos de paracaidismo personalizados y

máscaras de látex. Fingíamos que secuestrábamos a gente, se apagaban las luces, los encerrábamos en jaulas. Hicimos una línea de productos alien con una tienda de productos (gorras, camisetas, polos, pegatinas...).

Empezó a funcionar muy bien, pero a la semana de abrirlo yo ya estaba deprimido, porque yo no tenía vida y los problemas me sobrepasaban. Igual que lo abrí de locura, lo cerré de locura. Llevaba los tres sitios: El Viejo Almacén, Caracas y éste. Cuando llegó diciembre, el período de Navidad, fue horrible de tanto trabajo. En enero llegó un posible comprador, hubo algún problema en las negociaciones pero todo salió adelante. El día que lo vendí cerré el restaurante, dije al personal que se pasaran por la gestoría, cerré el local con llave, con las neveras funcionando y toda la comida dentro, y me fui. Estaba muerto de cansancio. Luego estuve tres meses aquí, en el Viejo Almacén, sentado al lado de la estufa sin hacer nada. Estaba muy deprimido.

Se lo vendí a un socio de Rodríguez Menéndez. Se convirtió primero en un prostíbulo, en la que dejaron algunos objetos de diseño, luego en un bar de ambiente gay y por último en un after hours. El nuevo dueño tuvo unos impagos, pero conseguimos embargarle, acudimos a una sauna de ambiente gay con el procurador, abogado y comisión judicial con una furgoneta en la puerta. Fue una situación curiosa, porque yo llegué a la sauna para embargarle y nos tenían que llevar todo. En ese momento llegamos a un acuerdo.

Al año siguiente vendí Caracas. Desde hace cuatro años me ocupo solo del Viejo Almacén. A veces me aburro porque está todo hecho. Pero estoy bien.

Ahora disfruto más, disfruto de lo que me trae El Viejo Almacén. La calidad de vida es mucho mejor. Me gusta mucho la Navidad aquí. Viene mucha gente nueva o la misma con otra predisposición. Me gusta el verano, hay más trabajo y es duro, pero muy divertido. Trabaja mucha gente nueva, muchas veces curiosa. Es diferente.

Yo he ido evolucionando junto con el local. Si a los dieciocho años tenía un problema con un empleado, para mí era terrible. Yo me he roto un dedo a puñetazos con el lava copas, tengo este corte en la muñeca por puñetazos que di a la puerta de la cocina... Yo era un chaval, no sabía cómo reaccionar y reaccionaba como era. Con el tiempo, el cambio es impresionante. Aprendes a manejar la situación, a controlarte... Al primer cliente con el que tuve un problema en la terraza, le llamé gilipollas. Al final, se arregló todo por suerte. Hoy es al revés, le das mil vueltas al cliente y lo mismo ocurre con los empleados. Pero eso es la experiencia. En lo laboral y lo personal siento que tengo tranquilidad y experiencia.

Anécdotas

Sí, recuerdo anécdotas de gente conocida, entre ellas, la primera vez que vino Sancho Gracia. Yo, por entonces tenía seis o siete años y coleccionaba los cromos de la serie Curro Jiménez. Me agarró y me hicieron una foto con él. Yo grité: “Es de verdad, mamá”.

También me acuerdo de Víctor Manuel y Ana Belén. Mi padre les dijo que yo era su hijo y que también era asturiano. Víctor Manuel me preguntó qué río pasaba por donde nací, y yo, que entonces tenía seis años, contesté que el Manzanares. Venían muchos famosos y a mí me impresionaba, con el tiempo y el hacerte mayor eso dejó de ser tan novedoso.

Y no sólo recuerdo detalles de los visitantes, sino también de la gente que ha trabajado aquí. Cuando yo tenía quince o dieciséis años, trabajaba con nosotros un aparcacoches que no tenía carné, se llamaba Venancio. En El Viejo Almacén nadie lo sabía, excepto yo. Él cogía los coches y hacía maniobras con ellos en el campo de fútbol. Yo le decía

que o me dejaba hacerlas a mí o me chivaría. Por lo visto, él había aprendido a conducir en Orcasitas, su barrio.

Un día bajó con el coche de un cliente y se estrelló contra un coche de gitanos. Volvió con el coche y los gitanos vinieron aquí a buscarlo. Otra vez se le cayó un coche en el barro. Cogió otro coche y con los dos cinturones de seguridad lo logró sacar.

Otra vez tuvo un accidente. Un cliente llegó y aparcó el coche. Él le dijo: “Déjeme las llaves, que yo se lo aparcó”. El cliente se negó, pero el aparcacoches insistió y al final le dijo: “Toma las llaves, pero, ¡jojo con el coche! Hace tres días que me lo han dado”. Cruzó el dueño la calle y se oyó un gran golpe. Y se había cargado los faros. El dueño se enfadó muchísimo. Cuando se calmó un poco, le preguntó a Paco: “¿Tú tienes carné?” “Sí”, contestó. “Entonces, ¿no podrías hacer un parte como si te hubieras dado el golpe tú?” El aparcacoches no sabía cómo salir del asunto.

Otro día, estacionando otro coche, lo dejó atascado en el barro. El coche ni se movía. Al final consiguió sacarlo incluso con el freno de mano puesto.

Son muchas noches las que he pasado en El Viejo Almacén, y mucho lo que he visto, desde el cliente que se cayó dormido al suelo una calurosa noche de verano, hasta el que nos robó una silla y le atrapamos cuando estaba intentado meterla en su coche.

También la camarera que me pidió que le abriera la botella de cava para una mesa porque siempre se la abría su novio y ella no sabía hacerlo. Entre tantas cosas no pudo faltar una buena tormenta en el 97. La carretera que pasa por delante del restaurante era un antiguo riachuelo y aquella noche el agua volvió de nuevo. Por las escaleras de la terraza empezó a caer agua. Se inundaron los cuartos de baño, sólo funcionaba el de mujeres, se fue la luz y el teléfono. Sólo funcionaba el teléfono de la cocina. La gente empezó a hacer cola para llamar a sus

casas desde el de allí, mientras preparaban las cenas y no había extractor. Tuvimos que poner velas por las mesas. Sin embargo, se trabajó toda la noche, porque durante el espectáculo la gente estuvo muy participativa y no paraba de cantar.

Y además de clientes que vienen o del personal que trabaja aquí, también hemos tenido nuestros visitantes particulares. Uno de ellos es Perico, un vecino que le daba bastante personalidad al barrio. Había trabajado de fontanero, mecánico, carnicero, pescadero y hasta en una fábrica de cristales. Cuando empezó El Viejo Almacén conocíamos a su hermana porque había trabajado aquí. Perico era un chico que tiene un ligero retraso, el suficiente para vivir de una pensión, aunque físicamente no se le nota. Se puede decir que tiene delirios de grandeza. A veces se pasaba la vida aquí. Soñaba con los ojos abiertos y nos contaba sus sueños. Estaba convencido de que tenía un porche y un helicóptero. Había gente que cuando le oía hablar pensaba que era el dueño. Estuvo viniendo aquí unos veinte años, ahora vive lejos con una hermana. Recuerdo que se había peleado con su familia. Su familia era de grandes bebedores. Él venía aquí a ayudar y a pasar las tardes. Tenía frases hechas que repetía continuamente y eran bastante incoherentes. Alguna vez vino enfadado y le preguntábamos:

—Perico, ¿qué te pasa?

—Que estoy cabreado con mi familia.

—Bueno, pero cálmate.

—Sí, pero cualquier día saco la navaja y les prendo fuego a todos.

A veces le decíamos:

—Perico, no hables con la gente.

Y cuando la gente le preguntaba algo, por ejemplo dónde estaba el cuarto de baño, se lo tomaba tan al pie de la letra que no respondía.

Le teníamos que dar esas instrucciones porque si empezaba a hablar, se iba por los cerros de Úbeda. Le contaba a los clientes que había estado en Alemania.

Un día le comentó a un cliente que había estado diez años viviendo en Francia.

—Entonces, sabrás hablar francés.

—Ni una palabra —le contestó Perico. Y se dio media vuelta y se fue.

A un proveedor de cerveza que vino por primera vez, le dijo que en restaurante entraban diez mil personas, le respondió que unas cuantas menos... , a lo que Perico comentó que no hacía mucho casi le da una paliza a un amigo. El proveedor terminó aceptando que entraban diez mil personas, por si acaso!

Un día que venía de trabajar, se encontró que la policía estaba acorralando a un individuo en una de estas calles para atraparlo. Era un hombre que se había escapado de un psiquiátrico el Alonso Vega. Cuando pasó Perico, vio la situación y se lanzó sobre el fugitivo. Forcejearon y el otro le mordió en un dedo. La policía los tuvo que apresar a los dos y llevárselos a ambos al psiquiátrico. Al cabo de unas horas, la familia de Perico lo sacó. Éste puso una denuncia al otro loco porque le había roto los pantalones en el forcejeo. Otra vez cortando un árbol, se le cayó el encima y le partió la tibia y el peroné.

Y de otra gente que ha trabajado aquí, están los distintos camareros. Por aquí han pasado camareros muy diferentes. El que menos duró estuvo tres minutos. Entró por la puerta y le dijimos que nos acompañara a coger unas cajas de bebidas del sótano. Entonces, nos dijo: “Yo soy camarero, yo no subo cajas” y se fue. Otro camarero llegó a las escaleras y dijo: “Yo no subo escaleras”. Y se fue.

También tuvimos un camarero africano, y a las diez de la noche con el local lleno de gente no le encontrábamos. Se había ido a la bodega a rezar. Duró tres días.

También tuvimos en la barra una chica rarísima, Luz, que iba siempre muy pintada y muy tapada en verano.

Llevaba maquillaje blanco en la cara, el pelo muy corto. Se ponía en pleno verano dos o tres pares de medias, dos o tres faldones y se tapada hasta el cuello. Lázaro Plaza nos preguntó una vez si habíamos contratado un travesti. Le contestamos que no, que era una chica. Al final nos enteramos de que se tomaba seis o siete gelocatiles con Coca cola y por eso andaba siempre acelerada. A eso de la una y media de la noche le pegaba siempre el bajón. Venía a la cocina y nos decía a todos: “Mi amor, ¿te quieres casar conmigo?”

Otra vez uno de los camareros me llamó para decirme que esa tarde no iba a trabajar porque se había pinchado heroína y se encontraba mal. Le pagué y le dije que no volviera. Un camarero de aquí del barrio empezó a trabajar y le compramos unos zapatos porque no tenía. Trabajó un día, volvió al día siguiente, se tropezó en la calle y se rompió los dientes. No apareció más.

Otro, éste venía de la Ventilla, nos enseñaba a manejar los cuchillos como defensa personal. Nos decía: “Tienes que mover el cuchillo de esta manera si te atacan”. Un día, que estaba decaído, le preguntamos: “¿Qué te pasa?” “Nada”, dijo, “He tenido un mal día. Iba andando por la calle y alguien ha venido por detrás y me ha dado un ladrillazo en la cabeza”. “¿Quién ha sido?”, le preguntó Carlos, “No sé, algún enemigo.”

A lo mejor, pasaba alguien que necesitaba trabajo, veía un restaurante argentino y entraba. Si en ese momento necesitábamos a alguien, lo cogíamos, eran otros tiempos.

Había un camarero mayor, de unos sesenta años. Cuando caminaba, golpeaba a la gente con un palito, la gente se giraba y se quedaba desconcertada ya que disimulaba.

También ha habido anécdotas con músicos. A uno de los que tocaba el bandoneón, Guidi, se le saltaban las teclas del bandoneón. Incluso una vez, tocando, se le enganchó la cadena del cuello al bandoneón. Una vez fue al suelo porque se rompió el fondo de la silla.

Paco

Ahora le ha tocado el turno a Paco, cuando entró aquí sólo tenía dieciocho años, y entre mis paredes se ha ido formando, como si mi interior fuera un horno que cuece para la vida. Al principio era tímido con los clientes, y poco a poco y con el tiempo, fue dejando la timidez a un lado por el contacto continuo con la gente. Paco sabe mucho de mí y mi barrio, porque es de aquí. Me conocía incluso antes de que Julio me descubriera, cuando él aún era un niño.

La biógrafa se ha sentado enfrente de él con su grabadora. Le ha pedido que le cuente anécdotas que hayan ocurrido dentro de mí. Ella toma un café, él una coca cola. Y le oigo hablar y hablar sobre mí y tengo que reconocer que eso me gusta.

Anécdotas tenemos muchas. La mujer que se intentó meter en la máquina de los helados con la intención de comprar tabaco. Como la máquina está al lado de la puerta que da a la calle, también han intentado salir abriendo la puerta de los helados.

También tengo anécdotas de mí mismo, claro. La primera vez que serví una copa, puse antes la tónica y después la ginebra. En su momento, eso me agobió, pero ahora después de trece años me parece insignificante. Recuerdo que al principio, como una broma, me gustaba salir de la cocina cantando. Con el tiempo y para mi sorpresa, la gente me acabó pidiendo que lo hiciera. Cantaba tangos, por supuesto, y los había aprendido de escuchar a los músicos que venían por aquí. Los clientes me apodaron el camarero cantor. Mientras yo cantaba, Julio siempre se acercaba por las mesas para comprobar que sus clientes estuvieran satisfechos. De vez en cuando, yo oía cómo alguno le preguntaba:

—¿Qué lleva el chimichurri?

El chimichurri es como la Coca Cola —contestaba él—, no se sabe lo que lleva, pero está muy rica.

Y de aquí no sólo tengo anécdotas de la gente comiendo, sino también de la gente bebiendo. A una de las mesas más largas que hemos tenido en la terraza, como de unas noventa personas, teníamos que llevar la cerveza por cajas a cada extremo. Era una cena de empresa. Los comensales estaban muy bebidos y no paraban de pedir vino y cerveza. Llevé una botella a uno de ellos que me lo había pedido y vi que habían derramado el vino sobre la mesa.

—Aquí hay mucha alegría, por lo que veo —le comenté al cliente.

—Y va a haber todavía más —y cogió la botella y se la tiró a la persona que estaba enfrente. El otro estaba tan borracho que ni se enteró.

En otra cena de empresa todos pidieron flan de postre y en vez de comérselo se lo arrojaron entre ellos.

Los hay quienes han tenido sus más y sus menos con el mobiliario. Una mujer nos intentó comprar un cuadro. Entró preguntando si teníamos empanadas, porque quería llevárselas. Le dijimos el precio. Al momento cambió de opinión y dijo que se las quería comer aquí. Se sentó a la mesa para tomárselas y cuando le pasamos la cuenta se quejó de que se las habíamos cobrado más caras. Le explicamos que al tomárselas sentada a una mesa, el precio era distinto. Al final, le dijo a uno de los camareros:

—La señora debe de estar enojada —dijo refiriéndose a América—, pero dígame que yo quiero aquel cuadro, no me voy de aquí sin él, y además, tiene que ser regalado. Me lo tiene que regalar usted si no, de aquí no me voy.

La tuvimos sentada una hora y pico e insistía en que se quería llevar el cuadro. Al final se tuvo que ir sin cuadro. El cuadro es bonito, pero no tanto.

Una noche ya se había ido todo el mundo. Quedaba una mesa de veintitantas abogadas. Por circunstancias yo sólo tenía esa mesa. Pusieron la música muy alta y les avisé de que ya era tarde y de que podía venir la policía si la música estaba tan elevada. Dijeron: “No importa, somos abogadas”,

y a continuación se levantaron todas las faldas. En un momento en el que me acerqué a la mesa a llevar algo, hicieron un cuadro entre todas y empezaron a empujarme de un lado para otro. No podía con ellas. Al final, logré salir del cuadro que habían formado. Estaban muy bebidas y pidieron veintitantos caipiriñas. Les expliqué que era una bebida que había que hacer de una en una y, por lo tanto, tardaría. Entonces dijeron: “Las hacemos nosotras, ¿dónde están los ingredientes?” Y se metieron todas detrás de la barra, donde estaban las cosas y en vez de hacérselas cogieron el aguardiente típico brasileño cachaça, que es fortísimo, y empezaron a beberlo a morro.

Sobre los clientes, a veces hay gente que se inventa estratagemas. Recuerdo uno que pidió reserva para la terraza y le dije que estaba completa. A los cinco minutos llamó otra vez y dijo:

—Mire, soy el secretario de Enrique Iglesias, y quiero reservar mesa en la terraza.

—Está completo —le contesté.

—Ya, pero yo le he dicho que soy el secretario de Enrique Iglesias.

—Sí, pero si está completo, está completo para todo el mundo. Aquí han venido ministros que se han ido a su casa a cenar porque no tenían mesa, y no les ha pasado nada.

—Bueno, pues entonces nunca irá Enrique Iglesias a cenar.

Y sabes perfectamente que es el mismo que acaba de llamar, pero te tienes que callar.

A veces llama un hombre para reservar mesa y le dices que está completo. Me ha pasado más de una vez que a los tres minutos llama la mujer. Lo sabes porque el primero te pide una mesa para cuatro a las diez y media, y a los tres minutos te piden lo mismo y se oye a su marido al fondo dando instrucciones.

El trato con la gente da muchas tablas y te hace desarrollar mucha psicología. Yo muchas veces sé lo que va a pedir cada cliente. Aquí aprendes a conocer a la gente.

Recuerdo la noche que unos clientes dejaron una perrita dentro de su coche y unos vecinos se la robaron para quedársela. Vino otro vecino y nos dijo que no le delatáramos pero que él sabía quién tenía la perrita. La perra apareció y el dueño les puso una denuncia.

Y también aprendes que hay gente que se pone nerviosa o que le entra la impaciencia más insospechada en el momento menos adecuado. Una vez, una chica se quedó encerrada en el cuarto de baño. En vez de esperar a que nos enteráramos y la sacáramos, se encaramó por encima de la puerta y salió por ahí. La ropa se le rasgó toda.

Peleas o violencia, por suerte, aquí nunca ha habido. Una vez nos asaltaron, entraron unos individuos con escopetas de cañón recortado y una empleada de la cocina, Paquita, se intentó meter en la cámara frigorífica, algo casi imposible ya que era bastante gruesa.

Otra vez estaba aquí trabajando un argentino que era fotógrafo y camarero. Un día, entró en la cocina y dijo: “Señora, déme el cuchillo más grande que tenga. Voy a matar a un argentino”. Había entrado como cliente un argentino, hijo de un dirigente de Argentina y habían mantenido una discusión con nuestro camarero. Por lo visto, le habían tomado el pelo y vino a la cocina por un cuchillo. Le tuvimos que calmar.

Quien no se calmó una noche de verano, con toda la terraza llena fue Julio, que se enfadó con todos los camareros, unos ocho o nueve y los echó. Se fueron todos. Sólo quedó uno nuevo, se llamaba Blas. Por suerte, las mesas ya estaban servidas, sólo quedaba gente por pagar y recoger el restaurante. La gente pagó y nadie se enteró. Yo aún no había entrado a trabajar, me lo contaron más tarde.

De camareros han estado trabajando aquí arquitectos, ingenieros, de todos los oficios habidos y por haber... Una de las camareras de Caracas, un día hubo un cambio y vino a trabajar aquí en la barra. A eso de la una, se cayó detrás de la barra, borracha como una cuba. Era alcohólica. Por lo

visto era la segunda vez que pasaba y sus compañeros de Caracas lo habían ocultado.

Una vez, a otro de mis compañeros, Clever, le dio una descarga eléctrica con el lavacopas. Se quedó unos minutos medio electrocutado. Estaba rígido y le daban espasmos. Me lo llevé a la calle para que le diera el aire y no se movía.

En la temporada de terraza suele entrar mucha gente nueva, gente que le interesa trabajar nada más que la temporada de verano. Una temporada teníamos cinco camareros chilenos. Unos eran psicólogos, ingenieros, dentistas... Gente que venía a España que hasta que encontraban trabajo en lo suyo estaban trabajando aquí. También hemos tenido gente de Senegal, ucranianos, brasileños, venezolanos, ecuatorianos, italianos... A veces vienen directamente por aquí y coincide que se necesita a alguien, otras veces llegan a través de algún conocido, a veces a través de anuncio... El primero africano que trabajó fue Basilio, de Senegal. Llamó y nos dijo por teléfono que era negro. César le comentó que si tenía papeles y quería trabajar, no había problema. Era un hombre muy alto. Vestía muy bien, siempre con colores muy claros que a nosotros los españoles nos llamaba mucho la atención. Por ejemplo, a veces se ponía un traje amarillo, a veces un traje blanco... Era muy oscuro de piel. Él mismo decía que no era moreno, que era negro. Cuando terminaba el trabajo, se volvía a su casa en autobús, en el búho que pasa por aquí. El problema era que la parada no tenía luz y él era muy oscuro de piel, de manera que muchas veces pasaba el autobús y no lo veía. Probó a ponerse camisetas blancas para que lo viera el conductor, pero el del autobús la primera vez no lo paró, porque como le contó la noche siguiente, sólo vio una camiseta blanca moverse y se asustó. Estuvo aquí trabajando unos tres años.

También tuvimos un aparcacoches que llamaba la atención porque era un hombre muy guapo. Era modelo de ropa masculina y trabajaba con nosotros por las noches. Una noche un individuo intentó robar un coche, lo tumbó y lo tuvo en el suelo hasta que vino la policía.

Los personajes de Peña Chica

Es verano, verano tardío. Ya dentro de poco entraremos en el otoño. Voy a echar de menos las risas de la terraza, las siestas y el sol cayendo sin clemencia sobre mis tejas. A partir de ahora despertaré con escarcha cristalizada entre mis tejas. Y ya las entrevistas se están acabando. He oído como la escritora se lo contaba a César: “Tenemos ya mucho material.” Ahora se han sentado los cuatro, América, César, Paco y la biógrafa y están intentando recordar hechos que han pasado entre mis cuatro paredes o sobre el suelo de la terraza.

La biógrafa sigue tomando su café, mientras los otros delante de las coca colas hablan y hablan. Se ha formado una tertulia agradable y desenfadada, donde van trayendo recuerdos entre sonrisas y sorbos.

CÉSAR. El barrio tuvo una época conflictiva. Había un capo que se colocaba en la esquina y le daba dinero a todo el mundo para controlar, era Agustín. Al cabo de unos años, este hombre lo mataron en un ajuste de cuentas. Y es que en los ochenta eran famosas las bandas de los delincuentes juveniles, y por aquí rondaban algunas. Estaban la banda del Jaro, la del Carahuevo. Una vez pasó un coche de la policía persiguiendo a uno en moto. El de la moto se metió por el campo de fútbol y la policía no pudo entrar. El que iba en la moto era el Jaro. En realidad, no eran individuos tan peligrosos. Para la gente de fuera del barrio quizá sí.

PACO. Yo recuerdo que cuando tuve mi primer coche, lo dejaba abierto y si me faltaba la radio, sabía quién me la había cogido. Iba a su casa y le decía: “Devuélveme la radio, que es mía”. Y el otro me lo devolvía. Para la gente del barrio no había problema.

AMÉRICA. Luego estaban las mujeres que pasaban por aquí. Había una del barrio que siempre venía porque quería vendernos cosas, “La Carmen”. Llevaba siempre un abrigo de piel de zorro. Se metía en los grandes almacenes y metía de todo en el forro roto de su abrigo. Tenía la entrada prohibida en La

Vaguada y en Galerías Preciados. Ella tenía un niño pequeño y yo le daba siempre comida para el niño. Un día, yo estaba haciendo empanadas y había dejado los anillos sobre la nevera. Me metí un momento dentro y debió de cogerlos. A los pocos minutos, me di cuenta de que me faltaban y salí corriendo tras de ella. Como sería que ya los había vendido. Me pidió dinero para recuperarlos. Le dije que no apareciera más por aquí.

PACO. No sé si os acordáis de otro del barrio que se drogaba, no recuerdo el nombre ahora. Tenía un hijo al que lo cuidaban los abuelos. Cuando necesitaba dinero, se llevaba a su hijo y pedía un rescate a los abuelos. A lo mejor pedía la furgoneta al padre, y vendía las ruedas de la furgoneta. Vino aquí una vez con un billar bastante grande, robado en Galerías Preciados. Otro día nos intentó vender una bicicleta. La bicicleta era de Galerías y la había sacado de la tienda montado en ella. Apareció otra vez con una silla de oficina para venderla. A veces aparecía por aquí con el niño y América le daba comida para él.

CÉSAR. Cuando yo tenía doce años, y tenía que jugar partidos de fútbol, tenía que ir a jugarlos sin nada. Lo que llevabas, te lo quitaban tus compañeros. En pleno invierno, a las nueve de la mañana tenía que irme casi sin abrigo. La familia del Chilifú era muy curiosa. Él era un gran bebedor. Su hijo solía venir en taxi hasta la tienda, bajaba supuestamente por cambio, y escapaba por la puerta de atrás sin pagar al taxista. Un día vinieron diez o doce taxistas y le dieron una paliza. La mujer del Chilifú mientras subía la cuesta, se abría de piernas y meaba. Caía el pis y seguía andando. Dicen que había sido profesora de francés, sabía inglés... También estaba el Minupli, un hombre pequeñito, de metro y medio. Se dedica a recoger cartones y lleva unos veinte años borracho. Camina por la carretera a cualquier hora, siempre está borracho y nunca le han atropellado. Aquí a veces entraba por una botella de vino, le llenábamos una de agua y se iba sin darse cuenta.

PACO. Y acuérdate de El Pelos. Es un individuo que un día sacó un mercedes a pulso. El mercedes de un cliente se había hundido en el barrizal que se forma cuando llueve. Esto era un pueblo. Las farolas eran de madera, incluso quedan algunas. Había una vaquería donde la gente del barrio iba a comprar la leche. El aceite, la casera, todo ese tipo de productos lo traían con furgonetas. Estaban las típicas tiendas de barrio que eran casas. A la de la Pili entrabas por la puerta, sonaba la campanita y accedías directamente a la casa. Te llegaban los olores de la cocina, aparecía la Pili y le decías: “Una lejía, Pili”. Agarraba la hoja de periódico que había antes y te entregaba la lejía envuelta en la hoja de periódico. Vendía hasta juguetes.

AMÉRICA. También había una peluquería un poco más arriba. El dueño era un personaje de mucho cuidado, creo que le buscaba la justicia.

CÉSAR. Había fiestas en el barrio con chiringuitos, conciertos, juegos, carreras de bicis... Teníamos que colaborar y lo hacíamos con chorizos morcillas, comida... Los solteros y los casados jugaban a un partido de fútbol. Había un campo de fútbol enfrente y alguna vez acabó en pelea y tuvo que venir la guardia Civil. Después del partido, la excusa perfecta, todos se metían en los bares a beber, en el Porrón o en el Bar de Amado.

PACO. Hay un edificio en una de las calles de arriba donde realojaron a todos los de esta zona, que está todo destrozado y sucio. La gente vive como si siguieran viviendo en casas bajas. Algunos cuando estrenaron el piso, lo primero que hicieron fue vender los grifos de su propia casa. Otros, como no sabían dónde meter el burro, lo metieron en el portal. Aquí en el barrio, hay gente que incluso dice, “Me voy a Madrid” o “¿Hay taxi para Madrid?”

CÉSAR. Sí, el barrio ha ido muriendo pero ha ido progresando en cuanto a instalaciones. Hace unos tres años fue cuando empezaron a construir el colector porque la zona no tenía alcantarillado. ¿Os acordáis? Las obras duraron unos

ocho meses. Nos cortaron la calle. A pesar de ello la gente seguía viniendo. Paco y yo nos teníamos que ir por las noches a poner carteles en los semáforos o contenedores. Venía la policía y te los devolvía porque para ponerlos necesitas una solicitud que, por supuesto, tardan varios meses en dártela. Una vez, yo estaba subido a un contenedor, y me sorprendió la policía.

—¿Qué hace usted? —me preguntó uno de ellos.

—Poniendo un cartel.

—No se puede, eso está prohibido

—Ya lo sé, pero yo tengo un negocio aquí, y me han cortado la calle.

—Pues no lo puede poner.

—¿Se va a quedar aquí toda la noche?

—No.

—Pues cuando se vaya, lo volveré a poner.

Se montó en el coche y se fue. Al principio cuando cortaron la calle, pusieron unas vallas. Nosotros abríamos las vallas. Estuvimos así unas dos semanas. Los fines de semana los trabajadores se iban a las cinco y las quitábamos. Luego pusieron una barrera de arena, y con palas la quitábamos. Así estuvimos otras dos semanas. Después otra con vallas de cemento pegado y las quitábamos. Luego nos pusieron una montaña de piedras.

Así estuvimos un tiempo. No había calle, era todo barri-zal. Y siguieron viniendo más clientes que nunca. Es como si este sitio tuviera un ángel. En los peores momentos, la gente nos ha respondido. Si, por ejemplo, un martes necesitábamos dinero para algo, ese día se nos llenaba el local de gente. Había una zanja en la calle, de dos metros de ancho, no había calle, apenas podían venir los proveedores. Teníamos que quitar por la noche los bordillos de hormigón y la gente venía. Todavía hay gente que llama preguntando: ¿Ya está la calle arreglada?

Antes de hacer el colector, la calle se inundaba. Cuando había tormenta y saltaban las tapas de las alcantarillas y

hasta los cubos de basura flotaban. Hace mucho tiempo aquí había un riachuelo y cada vez que había tormenta el agua volvía.

La noche que se fue la luz, ya hemos hablado de ella, tuvimos que trabajar con velas, sin ordenador, sin extractor en la cocina. Fue en 1995 y cayó tanta agua que hasta el lago de la casa de Campo se desbordó. Sólo teníamos las luces de emergencia. A pesar de eso, la gente quería cenar con una vela, se puso a llover a cántaros, por la estufa empezó a caer agua que caía encima de la gente. El teléfono para el público no funcionaba. Uno de los cuartos de baño se atascó. La gente entraba a la cocina para llamar a sus familiares mientras se hacía la cena sin extractor. Hubo coches que se inundaron por completo. Tuvimos que usar champañeras para achicar el agua de los coches y hacer las facturas a mano.

26 de septiembre de 2002

¡Qué raro! La escritora hoy no ha venido a la hora de la siesta. Ha venido a cenar y ha ocupado una de las mesas. Pensé que iba a sacar la grabadora mientras cenaba, pero se ha puesto a degustar la comida con lentitud. La he estado espiando toda la noche desde la lámpara y se ha comportado igual que los otros comensales. Ha pedido carne argentina.

Cuando ha terminado de cenar y le han repartido las letras de los tangos, ella y sus amigos también se han puesto a cantar. Y no ha conectado la grabadora ni ha tomado apuntes en su libreta.

¡Ah, pero ahí está la solución del misterio! Ahora que ya ha terminado la cena y la música, se ha levantado y dirigido muy resuelta a la mesa de la entrada. Ahí le esperaban mis músicos: Omar Berruti, que está hoy con su compañera Consi (“La Flaca”), Carlos del Mar y Carlitos Echegaray.

Mis músicos, que todas las noches tocan y cantan y, lo que es mucho mejor, hacen cantar y reír a mis comensales. Me siento muy orgulloso de ellos. A veces me han hecho llorar con sus tangos y por la nostalgia de la lejana Argentina. Pero la mayoría de las veces me han hecho sonreír. Sobre todo cuando vienen los bailarines Vicente y Elisa y con sus pies no paran de hacerme cosquillas en el suelo. Antes han pasado por aquí bailarines como Marcelo y Marcela, Javier y Martina, Estela y José, Pablo y Beatriz...

Pero, atentos, también se ha sentado con ellos América y César. Mi corazón de piedra late de la emoción: se va a formar una tertulia como en los viejos tiempos. Parece que la biógrafa está un poco sedienta de información. Le interesa saber más sobre el ausente, sobre Julio, porque quiere que el protagonismo de la biografía caiga sobre dos personas: sobre mis creadores, América y Julio.

OMAR BERRUTI. Conocí a Julio porque me llegó un volante, una publicidad suya, que empezaba diciendo: “Si tenés un torino, te venís por tal calle... y si no, tomás el colectivo tal... El torino era el típico coche argentino, en España apenas se conocía.

Cuando yo recibí este volante, no lo conocía de nada, no sabía de dónde había sacado mi dirección. “¿Quién será el loco éste?”, me pregunté. Y me presenté en el restaurante, entonces era el de Saconia, para ver quién era el loco al que se le había ocurrido enviar ese volante. Empecé por acudir al restaurante y haciéndome amigo de él, y al final acabé trabajando como músico en El Viejo Almacén.

Un día, me dijo:

—Vení que te voy a llevar al local que he cogido.

Cuando me enseñó este local, me dijo:

—Me voy a quedar con esto.

—Estás loco —le respondí.

La carretera que pasa por el restaurante no existía. Había algunas casas enfrente. Era un lugar desconocido. La

pregunta que siempre me hago es cómo este hombre y América lograron convertir este lugar olvidado, donde la gente se perdía cuando intentaba llegar, en un restaurante famoso. Él sabía atraer a la gente. Por aquí han venido actores, cineastas, gente de la cultura, hasta presidentes de gobierno... Él tenía esa forma de atraer a la gente. Siempre se acercaba a las mesas para charlar un poco con los clientes pero nunca se sentaba. De vez en cuando cogía el micrófono de los músicos y contaba un chiste... Él iba creando un ambiente, que era lo que tenía el lugar. Se organizaban enseguida guitarreadas. De este local hemos salido muchas veces a las tres o a las cuatro de la mañana. Ahora desgraciadamente no se hacen. También es verdad que nos hemos hecho mayores. El famoso campeonato del mundo del 78, el día que ganó Argentina a Holanda, salimos de aquí a las siete de la mañana, casi a gatas. Realmente pasamos una época estupenda. La gente hacía lo posible para llegar aquí. Llamaban para saber cómo se llegaba. A lo mejor estaban a cuatro cuadras y unos se perdían yéndose hacia el barrio de El Pilar. La gente que venía lo hacía muy predispuesta a divertirse y a conocer a otras personas. Una vez estábamos con un muchacho de Santander, eran los setenta y hubo una discusión política. Yo fui el que menos intervine porque estaba medio dormido. No me enteré de mucho. Sé que estaba apoyado sobre la mesa y de repente nos sacaron la mesa, y a continuación hubo un vaso que voló. El vaso le pegó a Gardel, que estaba dentro de su retrato con su eterna sonrisa. A continuación vinieron los abrazos.

Julio era, desde mi punto de vista, una persona extravertida, como todos somos, muy atenta y simpática de cara a la gente. Se sentaba muchas veces aquí, en las mesas de la entrada del restaurante. Y acá hemos tenido varias charlas. Le gustaba huronear por Madrid. Ahora es más fácil encontrar productos argentinos, por entonces no era tan fácil. Siempre traía las botellas de vino más insólitas: “Berruti”, me decía, “he encontrado unas botellas de vino

chileno muy especial”. Venía gente chilena y les decía: “Tengo un vinito chileno, si usted quiere probarlo...” Y eso, claro, agradaba mucho a la gente. Yo siempre le preguntaba: “¡Che!, ¿cómo haces para encontrar todo eso?”, “Caminando”, respondía.

Él caminaba y observaba mucho. Sabía atrapar la atención de la gente porque sabía mucho.

CARLOS DEL MAR. Estaba loco por poner un cartel luminoso de El Viejo Almacén de Buenos Aires, porque la gente pasaba de largo. Hasta hace poco él tenía que enviar un mapa, porque si no, los clientes se perdían y pasaban de largo. Ahora ya no. Cuando llamaban para reservar mesa, Julio tenía que enseñar telefónicamente cómo se llegaba a El Viejo Almacén. Yo conocí a Julio en el Café de los Angelitos, un homenaje que le hicimos a alguien con Javier Paseo. El Café de los Angelitos era donde cantaba Carlos Gardel. Se llamaba Café Rivadavia, pero como iban bastantes delinquentes a ese café, solía decir el comisario: “Anda con el Café de los Angelitos”. Después se convirtió en una esquina mítica, en un café que convocaba. Hay lugares que convocan. Hay otros a los que llevas los mejores músicos pero no tienen poder de convocación. El café de los Angelitos convocaba. Era una época en la que yo tenía que trabajar desde por la mañana, colocaba los equipos, trataba que el mozo no robara... Ese lugar se caracterizaba en que los mozos agarraban a un despistado y le cobraban cincuenta o cien dólares. Yo a las doce de la noche estaba fusilado. Un día, en el que yo actuaba, había entre el público un señor con una carterita. Cuando terminó la actuación, se me acercó y me dijo: “¿Quiere venir a El Viejo Almacén?” Asentí, le dije que sí. Nos pusimos de acuerdo sobre las comisiones. También había otra cantante que vino a España conmigo.

CARLITOS. Yo guardo un buen recuerdo de Julio y aprendí muchas cosas. Yo vine aquí con veinticinco añitos recién cumplidos y me aprendí en una semana veinte tangos, porque había un problema con Alberto Silva y dejó de cantar.

Julio llamó a las seis de la mañana a casa de Carlos le dijo:” Oye, el pibe este que está en tu casa, ¿canta Tangos?” “Sí”, le contestó, “Carlitos canta de todo”. Y al día siguiente me puse a cantar. En la terraza tiraba la letra del tango al suelo para memorizarla, e iba cantando. Casi todo lo que sé de tangos lo he aprendido aquí, compartiéndolo con todos los músicos.

OMAR BERRUTI. Julio era un gran narrador, sabía pintar en un momento la viveza de un barrio argentino, cómo nació el bandoneón... Era un estudioso de la música.

CARLOS DEL MAR. Julio había nacido en Varsovia, pero era un porteño en potencia. Sabía todos los trucos, porque los argentinos del agua sacan petróleo. Siempre trabajamos a pulmón como los marineros.

OMAR BERRUTI. Promocionaba en cierta forma la idiosincrasia del porteño.

CARLOS DEL MAR. Claro, nosotros si trabajábamos en una grabación, lo que hacía el del estudio en vez de pagarnos, era meter una cuña de publicidad nuestra.

OMAR BERRUTI. La falta de medios agudiza el ingenio.

CARLOS DEL MAR. Y Julio ingenio tenía, le sobraba. Se recorrió Madrid para comprar máquinas de coser y hacer las mesas del restaurante.

OMAR. ...y manejaba muy bien el ambiente. Te ibas con la sensación de haberlo pasado estupendamente. Siempre hacía conversar a los distintos grupos de las mesas entre sí. Charlaba con una mesa por allí, con otra por allá, pero charlaba poco, lo sabía hacer muy bien. Después a lo mejor aparecíamos tres o cuatro músicos a las doce o doce y media de la noche y nos trataba muy bien. Yo aún no trabajaba aquí. Siempre nos presentaba y decía: “Éste es fulano de tal y actúa en tal lado”. Siempre anunciaba la casa donde estábamos trabajando, ya fuera un restaurante o un lugar de música hispanoamericana... Y siempre añadía: “Aprovechando que están les haremos cantar algo”. Y no te salvabas, por supuesto. Pero era como un placer, pasábamos

mucho tiempo guitarreando... De manera que provocaba en la gente el deseo de no irse. Cuando venías aquí, te daba la sensación de que habías descubierto un lugar fantástico.

CARLOS. Y se le sumaba la comida, claro. Venías hasta aquí y comías bien por poco dinero. Hoy en día, para ser Madrid sigue siendo un lugar económico. Además de eso, el día que Julio llegaba inspirado hablaba durante dos horas y media seguidas. A lo mejor le pedíamos que nos hablara de cómo nació el bandoneón y se pasaba una hora hablando. Y todo eso se completaba con la comida, claro. Si a la gente le pones a Frank Sinatra pero come mal, no quiere saber nada.

CARLITOS. Recuerdo el día que vinieron a robar. Nos lo estábamos pasando tan bien que no nos lo creíamos nadie. Mientras estaban robando, el Chango Galván salía con la fuente de la cocina hacia el salón. Otro día tuve que cortar una cadena. Yo estaba cantando y el músico del bandoneón tocaba. Llevaba una cadena al cuello. Hubo un momento en el que me volví, y vi que la cadena se había enganchado al bandoneón, y el músico se estaba ahogando. En uno de esos agachones se le había enganchado la cadena, y se había quedado ahí pegado. Le tuve que cortar la cadena sin dejar de cantar. Otro día enterró el pie dentro de una silla. Los clientes estaban muertos de risa y los demás ayudándole a sacar el pie de la silla.

OMAR. De Julio coincidimos todos en que era el motor de este lugar. También estaban las apariciones de un niño en pijama y descalzo, César, a las tantas de la noche. Era una aparición muy surrealista. También, ya de día, cuando yo aparecía y el niño estaba jugando a la pelota, siempre se le oía gritar: “¡Papá, viene el novio de mamá!” Porque siempre que llegaba yo, Julio decía: “Aquí viene el novio de América”. Yo he conocido a mucha gente, he trabajado en muchos lugares, pero realmente no he conocido a nadie que tuviera esa facilidad para encandilar tanto a la gente, sobre todo en un lugar como éste.

CARLITOS. Julio contaba que el bandoneón se había inventado para sustituir al órgano en las iglesias. El bandoneón lo llevaban por la calle, para decir misa por la calle. Siempre le pedía al bandoneísta que tocara el Ave María.

CARLOS DEL MAR. Yo, a este tipo de gente los llamo creadores de momentos.

OMAR. Él lo que consiguió fue atraer a la gente. Una cosa es que vayas por el centro al cine o a dar una vuelta y te metas antes o después en un restaurante que esté de paso, y algo muy distinto es desplazarte en concreto para ir a un restaurante. Yo, antes de conocer a Julio, la calle Villaamil no la conocía de nada. El mérito de él fue encandilar a la gente para que se desplazara hasta aquí.

CARLOS. A mí hubo algo que me llamó mucho la atención. Esto era un barrio pobre, las casas estaban sin pintar. Entonces Julio repartió pintura entre los vecinos para que pintaran las casas, para que la gente que viniera a El Viejo Almacén viera el barrio pintado.

AMÉRICA. De todos modos, aunque pintaran las casas, la verdad es que el barrio era muy pintoresco.

OMAR. Ahora por aquí viene mucha juventud y la mayoría españoles. Mucha gente aprendió a cantar *Caminito*, *Volver* y otros tangos. Hasta la española que baila bien sevillanas, baila bien el tango, porque tiene oído. Las primeras cantantes de tango fueron españolas. Iban a cantar cuplé a Argentina y volvían cantando tangos. Aquí han venido muchas chicas a aprender a bailar y cantar con nosotros. El tango se mantiene aquí en Madrid gracias a los restaurantes. Las compañías vienen quince días y luego se quedan sin público. Por eso estos lugares son los que mantienen la llama del tango viva.

CARLITOS. En realidad ya no queda ninguno, en la mayoría de los restaurantes argentinos no dan espectáculos.

CARLOS. El Viejo Almacén tiene una particularidad, que ofrece un espectáculo todos los días, haya mucha o poca gente. Nosotros trabajamos todos los días, independientemente

de que haya doscientas personas o dos. El *show* se hace todos los días.

OMAR. Se puede decir que éste es el único lugar. Por el tipo de trabajo que tengo he trabajado muchos años fuera y puedo decir que no conozco otro restaurante como éste, en el que se dé espectáculo mientras cenas.

CARLOS. También han pasado por aquí muchos bailarines que luego se hicieron famosos. Muchos empezaron a caminar acá: Pablo y Beatriz, Marcelo y Marcela...

AMÉRICA. Me acuerdo que aquí venía un bailarín cordobés, de Córdoba de Argentina; que decía que no se hacía los papeles porque había que levantarse muy pronto por las mañanas. Hasta que al final lo cogió la policía. Graciela no cantaba tangos. La verdad es que cantaba bien. Julio le dijo un día: Si aprendes a cantar tangos, tienes trabajo aquí. Y aprendió a cantar tangos. Un día que estaba ella aquí trabajando, me asomé a la puerta. Hacía mucho frío y vi una señora con una bebida en los brazos. Entré de nuevo y comenté: "Hay una señora con un bebé en los brazos que estén en la calle". Graciela contestó: "Es mi mamá con mi hija". Les dije que entraran. Con el tiempo, ella levantó el vuelo.

OMAR. Un año Julio llegó con una gente del Festival de Tango de Granada. El Festival de tango de Granada es muy importante. Julio envió a gente muy importante. También tenemos que hacer un reconocimiento a América, que está aquí presente con nosotros, que ellas es en realidad quien conoce todo y a todos los que han pasado por aquí. Pero sus dominios siempre han sido más en la sombra. En definitiva ha tenido una función más oscura; la que elige la carne, la que hace la parrillada, la que estaba apoyando a Julio... Se complementaban muy bien cada uno en su campo. Y si hablas con ella de Buenos Aires, sabe más que los porteños.

AMÉRICA. Yo no sé cuántas horas trabajo al día. Lo que sí sé es que vivo aquí. Conmigo viven una hermana y una prima. En el complejo donde está nuestra casa, en el barrio

no me conocen, nadie me veía. Todo el mundo pensaba que Josefa, mi prima, era la dueña de la casa y la mujer de Julio. Un domingo salí a la terraza que daba a la piscina y al día siguiente le preguntaron quién era la rubia esa. Me veían tan poco que todo el mundo pensaba que Josefa era la mujer de Julio. Allí nadie me conoce, porque yo no paro por allí. Ella me habla de las cosas que ocurren por ahí y yo no conozco a nadie. Yo me paso la vida aquí. Me gusta.

CONSI. Yo quiero comentar que me parece muy difícil lo que ha hecho César y que creo que tiene un gran mérito. Tuvo que tomar el negocio a los diecinueve años y romper el mito, bueno, no me atrevo a llamarle mito. Continuar el negocio que había llevado Julio, con esa edad y con otras ideas, me ha parecido siempre un reto difícilísimo.

OMAR. Julio era una excepción para los negocios. No era de ningún equipo de fútbol. Cuando se paraba y hablaba era de todos.

CÉSAR. Yo lo que tengo muy claro es que para mí es importante cualquier cliente que entra por la puerta. Hay locales donde, para promocionarse, invitan a gente conocida porque sabe que siempre los siguen los paparazzi. Se te llena el local, pero para mí eso es perder la identidad.

OMAR. En realidad en la época de los ochenta, la gente famosa entraba y se sentaba como uno más. Luego cuando te sentabas con la guitarra, los famosos que se quedaban y se sentaban en el mismo corro que el resto. Yo recuerdo que nos quedábamos y salíamos a las cuatro de la mañana, te estoy hablando de entre semana. Y otra cosa que me pareció muy bien es que Julio hizo un restaurante argentino, pero no para promover la nostalgia por Argentina. Hizo un restaurante argentino para la gente de Madrid. Que luego viniéramos los argentinos, eso es otra cosa.

CÉSAR. A mí lo que me llama la atención es que hay clientes que venían de pequeños con sus padres y me comentan que habían jugado conmigo cuando teníamos

tres o cuatro años. U otras que venían con los barbudos de la universidad y veinte años después vienen con sus maridos y sus niños. Ellas mismas me lo comentan. Y lo que me ha pasado alguna vez es que en otros lugares del mundo me he encontrado a gente que me conoce por El Viejo Almacén.

AMÉRICA. Y en Ceuta también nos pasó. Estábamos de vacaciones en Ceuta, en una terraza tomando algo, y alguien nos dijo: “¿Tú eres América, la de El Viejo Almacén?” Al fin y al cabo son veinticinco años cara al público.

CÉSAR. Una vez vinieron unos a comer y me dijeron que querían reservar una mesa para otro día. “Pero no sabemos si seremos cinco o diez.” A continuación, sacaron una foto y me la enseñaron. Era de un grupo de universitarios que había estado aquí hacía unos veinte años, de unas doce personas. Me contaron que iban a enviar la foto a todos los comensales con una nota donde pusiera: “Si te acuerdas de donde es y tienes el mismo espíritu juvenil y aventurero de entonces, te esperamos el día veintidós a las diez de la noche en este sitio”. No escribieron la dirección y el día señalado se presentaron nueve a cenar. Habían cambiado bastante.

OMAR. Lo interesante de los ochenta fue la época. En Madrid había mucho progre, sobre todo a partir del 78, gente joven que tenía mucho que dar. Recuerdo que nos pedían mucha canción de protesta, del Che Guevara. Nos pedían mucha canción de izquierdas. Aunque había unos clientes que venían todos los sábados y cuando empezaban a tocar el Che Guevara, que era la última canción de la noche, se levantaban y se iban.

AMÉRICA. Este restaurante estuvo con la época, pero nunca estuvo politizado. Los músicos venían siempre a última hora cuando estábamos a punto de cerrar. Nos solíamos sentar todos por estas mesas de la entrada. Cuando terminaban de cenar, algunos clientes se iban, otros se quedaban. Se formaba una mesa que hasta daba la vuelta de toda la gente que venía. Cuando terminábamos, eran las tantas. En las noches de verano, cuando se sirve en la terraza, yo siempre

preparaba una mesa para los camareros en el comedor interior, para que pudieran cenar tranquilos. Muchas noches, cuando los clientes terminaban de cenar, se sentaban alrededor de esa mesa buscando juerga. Un día, se sentaron veintisiete personas alrededor de la mesa preparada para los camareros. Tuvimos que decir que se iba a cerrar ya para que se fueran y ellos pudieran cenar.

Y ya es hora de que nosotros cerremos también. Mañana será otro día.

Hoy ya se ha hecho tarde. Ya se han retirado todos y me han dejado a oscuras. Mañana por la mañana, a las nueve, América me abrirá otra vez, dejará que el sol entre por mis ventanas, llegarán los proveedores a traer el pan, la carne, la verdura... Vendrá César a organizarme, a hacer cuentas, remover papeles, supervisarme... Luego llegarán los camareros. Me harán cosquillas con la escoba, me acariciarán con trapos húmedos, se respirará el vapor de la limpieza por mi cocina y mis cuartos de baño. Creo que he durado tanto por lo que me han mimado. Y creo que aún me quedan algunos años para disfrutar con las cenas, con los bailes, con los tangos, con los cuidados de mis dueños... Hasta el día que lleguen las excavadoras y las máquinas y golpeen mis paredes, mis tabiques, hasta que me conviertan en una montaña de escombros. Pero sé que no moriré porque mi alma siempre estará en el recuerdo de mis dueños y en las páginas de esta biografía.

Han pasado dos años (febrero 2007)

Han pasado dos años. Mis cimientos, que se hunden como raíces en el suelo, tiemblan. Ya la tierra no es un lugar seguro. El pequeño aparcamiento ha desaparecido y también la carretera. Están construyendo un gran túnel por donde pasarán ríos y ríos de coches.

Cada mañana me despierto con dolor de cabeza. Una parte de mi tejado se ha hundido, la que pertenece a la casa deshabitada. Los constructores me lo tiraron una mañana sin el menor miramiento. Desde que tengo esa herida, sé que mis días ya están contados.

Cada amanecer, antes de oír a las personas trabajar dentro de mí, oigo las excavadoras, las grúas, los taladros... Desde las ocho de la mañana hasta las cinco de la tarde, no paro de temblar ni un momento.

Y entre temblores y temblores he visto llegar este mediodía a la escritora, y ahora se está sentando en el lugar de siempre, mientras al otro lado de la mesa, César, mi dueño, habla y habla y no para de hablar.

Habla de todos los problemas que hemos tenido para seguir adelante, de cómo lo cotidiano se ha convertido en pequeñas batallas contra el entorno. Habla y habla a la hora de la siesta y le oigo contar mientras dormito la sucesión de anécdotas.

Un mediodía cuando estábamos atendiendo a los clientes, empezaron a temblar las paredes del restaurante. Nadie sabía lo que estaba ocurriendo. Salí y vi que unos trabajadores estaban tirando nuestras escaleras, por las que se accede al restaurante. Me metí debajo de la excavadora que estaban utilizando y tuvieron que parar. Llamamos a la policía y lo paralizamos. Durante una semana tuvimos que vigilar la escalera día a día. Enseguida conseguimos un documento oficial que nos apoyaba. Al cabo de ocho meses pudimos demostrar ante el juez y el Ayuntamiento de Madrid que ese derribo se había hecho de forma ilegal. Pero todo ese tiempo, la escalera estuvo tirada. Los clientes entraban por la de atrás, pero la primera sensación que se llevaban cuando bajaban del coche y veían la de la fachada destruida era que el Viejo Almacén estaba ya derruido.

Pero no fue lo único que hicieron. Tiraron el tejado de la casa de al lado que forma parte de este edificio. Tuvimos

que contratar a un arquitecto para asegurarnos de que no era peligroso para el resto del local. Construyeron un muro para aislarnos. Cuando llegué, di una patada y pasé. También nos dejaron escombros al lado. Hay una avería de agua cerca que no arreglan. Antes teníamos un acceso y una salida de emergencia. Nos la bloquearon. Con denuncias nos la abrieron pero la dejaron más pequeña. Hasta ahora no hemos tenido más que dificultades. Las obras también han provocado que nos quedáramos de repente sin agua o sin luz, hasta sin teléfono. Hemos tenido que pelearnos con las compañías y solucionar los problemas prácticamente día a día.

Pero no me he achantado ante nada. No hemos cedido. De cara al barrio y de cara a nosotros ha sido una satisfacción. Una batalla ganada dentro de la guerra. Resistimos en medio de este entorno que empieza ya a ser desconocido.

A veces nos hemos sentido supervivientes, como la aldea gala de Astérix y Obélix rodeados de romanos.

A pesar de todas estas circunstancias, nos hemos sentido fuertes porque hemos seguido funcionando y siempre ha habido trabajo. Si no hubiera venido gente, puede que las circunstancias o el ánimo hubieran sido distintos. Es un círculo: funciona porque no te has venido abajo y lo has peleado hasta el final. Siempre hemos tenido un ángel. Cuanto mayor ha sido la dificultad, más se ha trabajado.

¿Cuál ha sido la razón por la que ha funcionado? No lo sé. El local te da fuerzas. Por lo que sea hemos aguantado. A veces lo contamos con pena, a veces como anécdota. Nos han dado fuerza los clientes que siempre nos han apoyado. Y también ha influido el personal que trabaja aquí. Siempre hemos intentado transmitir el espíritu del Viejo Almacén a quienes han venido a trabajar. Creo que encontrar gente buena y que haga su trabajo bien es importante. No puedes pedir que se identifique con el negocio, pero sí que capten

ese espíritu. Hemos llevado a gente que ya trabajaba aquí al nuevo local, y gracias a eso, los que han llegado nuevos han entendido mejor lo que es trabajar tanto aquí como allí: hacerlo de forma laboriosa, casi artesana, mimar a los clientes, la música....

Siempre hemos tenido el apoyo de nuestros clientes. Ahora están allanando la calle de enfrente. Estos días mientras la gente comía, vibraba todo. Era como un terremoto. Cuando bajabas a la bodega todas las botellas sonaban, en la barra las tazas y los vasos. Los clientes miraban y se lo tomaban como parte del espectáculo. Aquí en este restaurante, cuando hemos tenido algún problema o han aumentado las dificultades, la gente lo ha percibido como parte de la aventura. Si esto ocurre en un restaurante en la Castellana, se lo hubieran tomado mal. Por ejemplo, la gente viene con GPS. Pero las calles de este entono cambian, están cortadas. Hay información o plazas en el GPS que aún no existen... Preguntan por la rotonda de Arce y tenemos que explicar que aún no está construida aunque aparezca en el callejero. O el GPS pedía gire a la derecha y la calle aún no existe porque todas las obras van con retraso. Y aún así, vienen.

A pesar de nuestras dificultades hemos seguido con el mismo ritmo de trabajo y mimando siempre a nuestros clientes, manteniendo el local con mimo y nostalgia. Hay gente que hace veinte años que no ha venido aquí, y se quedan sorprendidos de que todo siga igual: la decoración, el trabajo hecho de la misma manera, las mesas llenas...

Hasta los Plaza se casaron aquí. Son unos de nuestros primeros y mejores clientes, Pilar y Lázaro, ya hemos hablado de ellos. Vinieron la primera semana que abrimos y a partir de entonces han venido todos los sábados. Bailan milonga cada vez que vienen, a pesar de que él está operado de cadera. El tiene noventa y dos. Y ella no sé. Llevan

toda la vida juntos pero no se han casado por circunstancias que no conocemos. Se casaron aquí, hace dos años. Les organizamos el banquete de su boda a mediodía en la terraza y fue muy emotivo. Es increíble lo felices que estaban por el hecho de casarse después de tanto tiempo juntos.

Y también en estos dos años han venido a rodar. Se ha seguido rodando: la presentación de los discos de Coti para Antena 3, alguna película y serie de televisión. Se han tomado fotos de la revista *GQ* en la terraza.

Y mientras hemos seguido con nuestras costumbres y nuestras anécdotas, la empresa de demoliciones ha tirado las casas de alrededor. Yo grabé con la cámara el derribo por si hacían algún desperfecto. Siempre tuvimos una relación muy tensa con esa empresa, hasta que un día los trabajadores entraron a comer y desde entonces vienen todas las semanas. Nos hemos hecho conocidos y son los primeros que nos dicen que el día que lo tengan que tirar, lo lamentarán. Han sido absorbidos por el encanto del sitio. Es una situación curiosa.

También tenemos muy buena relación con los vecinos. Casi todos nos conocemos, Ellos saben que el día que tiren este edificio y que se remodele la zona, aumentará el valor de sus viviendas. Pero siempre han valorado El Viejo Almacén. Nos han visto resistir durante veinte años, no sólo por los problemas de ahora sino por los de siempre. Nos han visto salir adelante. Hasta el presidente de la Junta de Compensación siempre nos dice: ¡Qué guerra habéis dado, como habéis aguantado!, y añaden que hemos agotado todas las vías posibles para mantener el lugar.

El día que tiren esto y nos quedemos sólo con el nuevo sitio que hemos abierto, se nos hará todo más difícil. Estos últimos meses, cada vez que venimos aquí y vemos lo que ha cambiado el entorno, nos entra una pena enorme. Nos

sentimos acorralados y los movimientos de tierra hacen que la fachada esté llena de polvo. Por más que se limpie, no sirve de nada. Todo nos cuesta.

Y junto a tanto esfuerzo hemos ido manteniendo pequeñas batallas que se convertían en pequeños éxitos. Hemos hecho pequeñas guerras para prolongar nuestra estancia aquí aún sabiendo siempre el fin que vamos a tener. Ya las consideramos como parte de nuestra rutina. Otro negocio en las mismas circunstancias ya no funcionaría... Nosotros estamos aquí luchando en parte por el aspecto comercial pero sobre todo por el personal. Porque cada vez que hay un problema, no hemos podido delegar en nadie, lo hemos resuelto nosotros. Un abogado resuelve una serie de asuntos, pero las batallas diarias son para nosotros, las peleas día a día con el Ayuntamiento, la presentación de escritos, los problemas con las obras son casi una pelea cuerpo a cuerpo.

Desde hace diez años se rumoreaba el fin el edificio. Pero el cerco ha ido creciendo con el tiempo. El cerco ha sido físico y psicológico y los dos últimos años se ha intensificado más.

La conclusión es que el proceso ha sido duro pero muy satisfactorio. Defender lo nuestro ha dado buenos resultados y hemos conseguido llegar a las fechas límites. Las elecciones están en mayo, y vendrán a inaugurar el túnel que pasa por delante del Viejo Almacén. Antes nos tirarán el edificio.

También abrir el nuevo restaurante ha sido un proceso. Lo inauguramos en septiembre de 2006, en la calle Ramón Gómez de la Serna en el número cuatro.

Durante años yo había estado buscando otro lugar, visite cientos de locales por todo Madrid. Al principio yo buscaba un sitio para sustituir al Viejo Almacén, una réplica. Hasta que me di cuenta de que era imposible. Encontré un lugar que me gustaba en una zona antigua donde termina La Coma, en el límite entre lo moderno y lo antiguo. La zona tiene sabor añejo y el restaurante está en una plaza peatonal... Tiene farolas del Madrid antiguo. Es un local mediano, se puede cuidar sin que sea algo muy grande.



El Viejo Almacén de Buenos Aires. Calle Ramón Gómez de la Serna.

El local tiene techos bajos, arcos y una terraza ubicada en la plaza. Anteriormente era un restaurante llamado Mesón el Conejo, y había estado abierto durante treinta años. No es un sustituto, sino una continuación. Tuvimos que hacer una obra que duró cuatro meses. Yo quería convertirlo en un restaurante muy personal, y me involucré en el diseño de la en la decoración, en el de la cocina, en el del último rincón para que resultara lo más personal y acogedor posible. Han sido meses de mucho trabajo y que además han coincidido con las batallas que hemos tenido aquí.

El nuevo local lleva unos cinco meses abierto y siempre está lleno de gente, clientes habituales de éste restaurante y clientes nuevos. La música se puede escuchar en la parte interior. Los dos locales siempre están llenos. Los músicos están repartidos en ambos locales. Sigue habiendo el mismo ambiente. Las navidades del 2006 hemos tenido mucho trabajo.

Tiene muchísima vida. Yo estoy casi siempre allí, pero siempre tengo la necesidad de venir aquí. Me gusta estar aquí. Pero también tengo que cuidar lo nuevo.

Respecto a éste, no nos han dado una fecha, pero todos los pasos que hemos ido dando ya han agotado las posibilidades de que siga en pie. Estamos a la espera de que cualquier día el Ayuntamiento venga y nos de la orden de desalojo.

No quiero pensar en ese día. Sabemos que este local se morirá. Pero, ¿cómo va a ser?, ¿cómo se desmonta esto? No quiero ni pensarlo pero hay que pensarlo. No me lo imagino.

No me lo imagino porque además, en noviembre hicimos veintinueve años.

Hay muchos restaurantes en Madrid, unos seis mil quinientos, pero que hayan durado veintinueve años y con los mismos dueños, no tantos.

Es extraño que hace veinte años esto era una zona de casas bajas, aislada, viviendo la vida de barrio a espaldas de Madrid, y ahora desde Cuzco hasta aquí ahora sólo hay dos semáforos. Antes había gente de este barrio que decía “yo a Madrid no voy que está muy lejos” y ahora ya formamos parte de la ciudad.

Y de la misma manera que el mundo externo está cambiando, también nosotros vivimos nuestros pequeños cambios. Paco, el camarero de toda la vida, que trabajó veinte años aquí, se fue. Se marchó a Málaga a realizar nuevos proyectos. Ha habido muchos cambios de gente nueva, meses también de muchos cambios.

Y quizá el mayor cambio respecto a las personas va a ser el de mi madre. El fin del Viejo Almacén coincide con el fin de su vida laboral. Se niega a trabajar en el restaurante nuevo. Se siente muy vinculada a este restaurante. Mi madre tiene setenta y dos años y trabaja doce horas diarias. Siempre ha soportado muy bien este ritmo, podría haberse jubilado hace diez años. Sin embargo, es ahora con el fin del Viejo Almacén, cuando ella ha decidido poner fin a su vida laboral. Es como estuviera predestinado.

En cuanto a mí, trato de ser la parte más fuerte. Me imagino el futuro, trato de ilusionarme con proyectos nuevos, pero es una forma de auto engañarme o auto motivarme para no pensar en el día que morirá el Viejo Almacén. Creo que cuando me vaya, nunca volveré a pasar por aquí.

Hace dos años empezamos a recoger firmas de apoyo, clientes, vecinos, amigos... No sirvió de nada, pero recogimos ocho mil firmas. Es muy gratificante saber que hemos hecho todo lo posible y, sobre todo, lo apoyados que nos sentimos. La gente cuando viene pregunta qué va a pasar, se interesa por nosotros. No podemos decirles nada pero seguimos trabajando.

Y entre todos estos cambios del entorno, el final de este restaurante, el comienzo del otro, hace ya dos años y cuatro meses nació mi hijo Pablo. No viene mucho aquí por el horario. Una de las cosas que más pena me da es que él ha estado aquí, y no sé hasta que punto se acordará de este lugar. No será importante para él. Supongo que los recuerdos hay que hacérselos perdurar. Él oirá durante años hablar de este lugar pero no lo va a conocer. No es lo mismo las palabras de otros que el recuerdo propio. Conocerá a gente que ha estado vinculada al Viejo almacén. Le llegará el recuerdo como un mito en el que apenas habrá vivido. Pero se sentirá más vinculado al nuevo.

No sé si él continuará con el negocio familiar. Para eso queda mucho. Trabajar aquí tiene muchas desventajas y muchas ventajas. Trabajas mucho pero por algo tuyo. Independientemente de que elija su propio destino y vocación, quiero que aprenda a valorar lo que ha sido este lugar, el trabajo y lo que significa.

Mi familia, Natalia, Pablo y yo vivimos cerca del nuevo local. Mi mujer trabaja en banca en Madrid . Nos hemos trasladado desde Majadahonda aquí para estar más cerca.

Desde septiembre hay dos mañanas que llevo a Pablo al colegio, la del lunes y la del martes. Un día le puse un CD de tango y todas las mañanas cuando vamos en el coche me pide: “tango, tango”. Sabe quien es Gardel y si le pongo los 40 principales no quiere oírlos. Si le cambio de emisora, y le pregunto si es tango, dice que no, ya lo sabe distinguir. Natalia me dice es muy raro que a un niño le guste el tango. Los veinte minutos de trayecto va escuchando la música religiosamente. Un día que estuvo aquí con Natalia, había un músico y le cantó con la guitarra y el niño estaba emocionado.

El nuevo restaurante me ha supuesto dejar el fútbol. Si no, no tendría tiempo de atender también a la familia. Tengo algún proyecto; fundar una tienda con productos argentinos que se llamaría La trastienda del Viejo Almacén. Quiero moverme y motivarme con proyectos nuevos. No me imagino este sitio vacío, no me imagino vaciando este lugar. Ni quiero imaginar a mi madre viéndolo. No quiero imaginar los días posteriores. Mi idea es que mi madre se vaya de vacaciones a Argentina y que se plantee una vida diferente. Mi madre no ha sabido dosificarse. Se ha entregado completamente al Viejo Almacén.

Cuando llegue la fecha cómo serán los últimos días. Tampoco sé cómo despedirnos de todo el mundo. Tengo en mente hacer algo. Para irme y pensar el último mes ha venido gente que hace tiempo que no venía, como homenaje del Viejo Almacén. Para que la gente que hace tiempo que no viene pueda despedirse.

No todo terminará con la demolición. Iremos a un juicio contencioso administrativo, que se prolongará unos dos años. Independientemente de que ya hayan tirado el local. Pediremos indemnización no sólo por el aspecto económico sino porque yo voy a estar luchando hasta el último

minuto. El razón no es el dinero, sino el respeto a todo lo que hicieron mis padre, por todo lo que ha significado, y por mi mismo que llevo ya unos quince años, desde la muerte de mi padre, sacando adelante este local. Ningún negocio tiene que pasar por lo que hemos pasado nosotros. Ahora hay muchos negocios que por la obras de la M30 muchos han tenido que cerrar, porque les han cortado una calle, porque les han aislado,.. Este ha continuado.

El timbre ha sonado de una forma extraña. Qué raro, no es el cartero de siempre. Siento los pasos de América que va a abrir. Le entregan un papel rosado. César lo abre y debe ser algo triste. El trabajo se ha paralizado un momento. La vida que me habita se ha quedado suspendida. Se susurra una fecha. El 22 de marzo de 2007. Ya mi fin está marcado. Los pasos que he sentido durante 29 años ya no me acariciarán, y todas las vidas que me han habitado ya no serán más que vidas albergadas en las memorias.

